

¿Le salió desviada?
Autoetnografía de una disidencia sexual en un contexto heteronormativo
tradicional

María Fernanda Chavarro Cardona

Universidad Católica de Pereira
Facultad de Ciencias Humanas, Sociales y de la Educación
Maestría en Estudios Culturales
Pereira
2021

¿Le salió desviada?
Autoetnografía de una disidencia sexual en un contexto heteronormativo tradicional

María Fernanda Chavarro Cardona

Directora:
Gina Marcela Arias Rodríguez

Trabajo de grado presentado como requisito parcial para optar al título de
Magíster en Estudios Culturales

Universidad Católica de Pereira
Facultad de Ciencias Humanas, Sociales y de la Educación
Maestría en Estudios Culturales
Pereira
2021

*“Soy lo nacido entre lo natural y la conciencia.
Soy el terreno donde surca la memoria y lo clandestino.
Soy la amapola que agudiza su aroma a vinagre,
cuando un dios imaginario le grita: ¡salvaje!”*

María Fernanda Chavarro Cardona

Agradecimientos

Primero, a mi madre quien fue una de las personas que me inspiró a escribir esta autoetnografía y estuvo en todo el proceso acompañándome con su afecto.

A mis hermanos y todos los familiares que pudieron nutrir mi búsqueda.

A todas mis amigas, conocidas y ex parejas que, a través de sus experiencias, no me dejaron sola en mi reclamo por la visibilidad de lo que somos.

Un agradecimiento enorme a mi directora Gina Marcela Arias, quien con paciencia, entereza y compromiso estuvo acompañando la creación de este documento y más que nadie fue testigo de la importancia que implicó este trabajo en mi vida.

A mi compañera de maestría Claudia Monroy, por su constante apoyo e incondicionalidad.

Finalmente, un agradecimiento fraterno a la Corporación Oshún y sus integrantes Paula, Fainery y Katherine, porque gracias a su apoyo esto ha sido posible.

Resumen

La Autoetnografía es una forma de investigación cualitativa, donde a través de la literatura y las ciencias sociales, doy cuenta de las narrativas que transversalizan mi cuerpo, siendo lesbiana y mujer en una sociedad heteronormativa tradicional en Risaralda y Caldas, donde las instituciones civiles y estatales procuran de marcar la diferencia, para mantener así las jerarquías y la dominación sobre cuerpos feminizados. Dentro de este espacio de reflexión traigo a colación situaciones en las que se ponen en entredicho la misoginia, el machismo, la interdependencia, la violencia económica, entre otras, que han logrado filtrarse de una manera perversa, dentro de una estructura social y corporal de las personas. Así que, a través de un análisis procesual teórico y una narrativa en capas, acudo a autores clásicos y contemporáneos que contribuyen en el abordaje de los Estudios Culturales desde la perspectiva del "Otro", el/la sujeto(a) de conocimiento y relaciones de poder.

Palabras clave: Autoetnografía, literatura, lesbianismo, Estudios Culturales, relaciones de poder, tradición, violencia, subjetividad.

Abstract

Autoethnography is a form of qualitative research, where through literature and social sciences, I realize the narratives that cross my body, being a lesbian and a woman in a traditional heteronormative society in Risaralda and Caldas, where civil and state institutions They try to make a difference, thus maintaining hierarchies and domination over feminized bodies. Within this space for reflection, I bring up situations in which misogyny, machismo, interdependence, economic violence, among others, are called into question, which have managed to filter in a perverse way, within a social and corporal structure of people. So, through a theoretical processual analysis and a layered narrative, I turn to classical and contemporary authors who contribute to the approach to Cultural Studies from the perspective of the "Other", the subject of knowledge and relationships of power.

Keywords: Autoethnography, literature, lesbianism, Cultural Studies, power relations, tradition, violence, subjectivity.

Contenido

Introducción	7
Capítulo I	20
<i>Tradición Familiar</i>	<i>20</i>
Mi padre.....	22
Siendo niña	29
Las malqueridas.....	37
Capítulo II.....	45
<i>Sexo y sexualidad</i>	<i>45</i>
Nueva Granada.....	46
Artesanos de la vida.....	56
La universidad.....	62
Universidad Tecnológica de Pereira- “Todos los nombres”	63
Retorno	64
Capítulo III	68
<i>Sexo, mujeres y política</i>	<i>68</i>
La izquierda.....	71
El político de izquierda y el sistema heteronormativo	80
Novia de la Florida	88
Capítulo IV	92
<i>Violencia territorial.....</i>	<i>92</i>
Los Alpes.....	93
El barquito de papel.....	96
La renuncia	99
Otras experiencias de mujeres lesbianas	110
Conclusiones	113
Referencias	118

Tabla de Ilustraciones

Ilustración 1. Fotografía de mi abuela materna Aura Alicia.....	37
Ilustración 2. L'Origine du monde (El Origen del mundo).	45

Introducción

Existe una creencia hindú sobre la relatividad del tiempo lineal, en que en este preciso instante somos todas las personas que hemos sido y seremos, que nuestros pecados y aciertos están en el mismo lugar, en que el sabio y el ingenuo, el santo y el pecador están en el mismo lugar de nuestro ser y todos son parte de lo mismo, cada uno tiene algo para dar, para enseñar y lo peor que podemos hacer es negar a uno o a otro. Dentro de mi ser, está mi “yo” del futuro y mi “yo” del pasado, todos manifestándose en este momento, en el presente y siendo tangibles en el ahora.

En los Estudios Culturales esto no pasa desapercibido, al abstraer la cultura y tomarla como artefacto de análisis que permite ver a través de este ahora, lo que hemos sido y cómo nos formamos, el pasado se hace vigente, el futuro se manifiesta como un vaticinio de la reproducción cultural, aunque sin garantías, pero que no deja de ser una constituyente subjetiva del ser del ahora. Todo esto con la intersección de todos los seres que podemos ser, a través de las características culturales, sociales, económicas y políticas que nos organizan material y simbólicamente.

Así, he emprendido a través de mi cuerpo y de mi ahora, la comprensión de mi contexto y mis prácticas que dan cuenta de los bloques de poder en los que se forman las subjetividades, determinadas por un sistema heteronormativo dominante y cómo a través de mi malestar particular se proyecta el poder patriarcal que va de la mano con la hegemonía capitalista.

Haciendo memoria del árbol genealógico del cual vengo, la historia familiar está construida a base de maltrato y sumisión de todas las mujeres de mi familia, tanto por parte de mi madre, como por parte de mi padre. Recuerdo que siempre veía a mi abuela Alicia llorar sin motivo alguno, siempre le preguntaba qué le pasaba y solo me pedía que la dejara llorar, no sé cuántos pensamientos pasaron

por su cabeza a lo largo de su vida, mientras su cabello se tornaba cada vez más claro.

Al cuerpo de la mujer se le han asignado características sexuales y culturales, que a pesar de tiempos en apariencia liberales e incluso de relaciones igualitarias, las formas de cautiverio sobre el cuerpo feminizado se siguen transcribiendo. La educación y la crianza van girando en torno a ello, partiendo en la niñez con la discriminación genérica: los juguetes, las acciones y los colores específicos, incluso la música y la televisión van moldeando un prototipo específico que se reproduce de generación en generación solo que, con distintas formas, teniendo de cómplice el seno materno. Entonces, ¿qué pasa cuando ya no quepo en ese molde?, ¿y qué hacer cuando veo cómo se mueve el mundo y me genera un interminable malestar?, ¿qué tan natural es ser heterosexual cuando una norma social y religiosa lo impone?, ¿por qué a estas alturas de la vida se sigue insistiendo en que una buena mujer debe soportar injusticias?, ¿qué tanto de mis temores son parte de esta construcción social que se nos ha transmitido por ser mujeres?

Desde muy joven, he sentido el repudio por las prácticas femeninas que funcionan al servicio de la figura masculina de manera abnegada y en silencio, sin preguntar nada, hasta el punto de defender y justificar la opresión. Ya en mi adolescencia descubro mi apetencia sexual y emocional por mujeres y asumirlo me generaba espanto, así que me lo negué. De este modo, reconozco en mi cuerpo y conciencia los mismos miedos y cautiverios vividos por las mujeres de mi familia. La reacción ante esta “anormalidad” no fue solo parte de mi proceso de auto-reconocimiento, sino que tenía impactos reales en mi contexto y en las personas que fueron partícipes de mi desarrollo personal.

Así que, por mucho tiempo salí con chicos con la esperanza de ocupar el molde, no quería que mi familia me rechazara, porque, ¿quién querría que su familia y la gente que ama lo repudiase por ser la persona que es?, ¿cómo lidiar con algo que se desborda de las manos, donde el deseo es completamente

incomprensible? Cuestiones que quise eliminar de mi vida, pero aún con desespero no encontré formas de evitarlas, no hay manera de hacerlo. Así que, hasta cumplidos los 21 años, “opté” por no ser lesbiana (como si solo se tratara de una decisión) empecé a asistir a grupos que tenían un enfoque un enfoque espiritual y donde me guiaban por el camino “correcto”.

Sin embargo, asumí y dejé de negar el deseo, mi madre supo que yo era lesbiana, su decepción fue profunda. Ella es producto de la sociedad como todos nosotros, a pesar de ser mi madre representaba todo ese modelo de mujer que socialmente se impone y por más hija que por más hija que yo fuera, me salía de la normativa, y eso no estaba bien visto.

Aunque mi madre hoy día me respeta, me ama y sigue a mi lado, sé que siempre seré de las decepciones más grandes de su vida. Después de mi graduación como licenciada, empecé a trabajar como profesora en un pueblo muy conservador del departamento de Caldas. Entiendo lo que implica ser docente en un lugar tan pequeño, así que mantuve toda mi vida lo más oculta posible. Y a pesar de estar en un rincón de mundo, conocí a la chica de los barquitos de papel y me enamoré. En medio de un ambiente prejuicioso y puritano, ser distinto implica un gran perjurio a la tradición y al buen vivir. Sentir el señalamiento y temer por mi vida en cualquier lugar donde estuviera completamente sola y al aire libre, escuchar comentarios de mis estudiantes y ser juzgada por padres de familia, me llenaron de indignación y a la vez una contención que necesitaba canalizar de algún modo.

Hay violencias invisibles con las mujeres lesbianas, promovidas por las diferentes instituciones que componen la sociedad: desde lo local con la familia y las relaciones románticas entre mujeres, hasta los proyectos políticos, económicos, sociales e ideológicos con sus manifestaciones legítimas tanto legales como ilegales, que instrumentalizan nuestra sexualidad para justificar la violencia territorial y dominación masculina.

Entonces, con el fin de analizar las prácticas que problematizan los Estudios Culturales, y al reconocer las relaciones de poder que están en juego, - respecto al papel que ocupamos las mujeres que, por el hecho de nuestro sexo, somos vistas como seres inferiores y se vuelven aún más opresivas, cuando se es lesbiana- nace producto de estas tensiones, la escritura de mi autobiografía. El trabajo doméstico de las mujeres gira en torno a una sociedad patriarcal y un sistema capitalista que se reproduce y se define en entornos heteronormativos, y dentro de este espacio de reflexión traigo a colación una serie de contradicciones, que viene de una manera sistemática organizando el mundo. Situaciones en las que se ponen en entredicho la misoginia, los machismos, la interdependencia, la violencia económica, entre otras, y que han logrado filtrarse de una manera perversa, dentro de una estructura social y corporal de las personas. Por tanto, la matriz desde donde hago esta narrativa, es desde el lugar que ocupó en mi familia, en cabeza de mi madre y mis abuelas. Así que, siendo mujer y lesbiana, me pregunto ¿de qué manera se interrumpen y se reproducen las relaciones de poder en los campos familiar, sexual y territorial en el marco de un sistema tradicional heteronormativo?

Bien, ahora para abordar esta problemática desde el campo científico, acudiré a la posición de Pierre Bourdieu, respecto a reflexividad en las ciencias sociales. El concepto de reflexividad, es tomando por el autor como clave para evitar la posición reduccionista y evitar la dicotomía entre la teoría y la investigación empírica. La mejor forma para hacer investigación científica social, es asumir una posición en contra del sentido común que ha estado instaurado en la academia, donde las prenociones son abordadas como *la* verdad de la realidad. Entonces, Bourdieu toma la reflexividad para la “*objetivación del sujeto de la objetivación*”, esto quiere decir que no se debe objetivar la experiencia vivida por el sujeto, sino las condiciones sociales determinando sus efectos y límites.

Es así, que la posición de Bourdieu abre un nuevo paradigma para la investigación de las ciencias sociales, que desde hace varias décadas está en crisis,

precisamente por las prenociones que delimitan la interpretación del mundo y responden a unas lógicas estructuralistas y dominantes.

Es por ello, que desde los Estudios Culturales y en mi trabajo científico desde la posición de reflexividad de Bourdieu, aludo como objetivo general, el analizar las prácticas que interrumpen y reproducen las relaciones de poder en los campos familiar, sexual y territorial, desde mi posición como mujer y lesbiana, dentro de un contexto tradicional heteronormativo. De esta manera, he tomado como objetivos específicos:

1. Identificar las prácticas sociales ejercidas por mi familia, la comunidad y mis propias prácticas en el seno de un sistema heteronormativo, para determinar las relaciones de poder existentes.
2. Señalar las contradicciones al imponer normas genéricas en los cuerpos, especialmente en los cuerpos feminizados y sexuados.
3. Exponer la invisibilidad que producen las relaciones de poder, ejecutadas por distintos actores e instituciones sociales sobre las mujeres lesbianas.

Los Estudios Culturales desde hace varias décadas, han desplazado parte de sus estudios en aquello que se opone a la normalización y en las subjetividades que han sido consideradas “raras” y “anormales”, debido a que su posición representa una resistencia con el poder, ya sea de orden material o simbólico (Sarlo, 2005). También hace énfasis en las subjetividades ordinarias, cuando sus acciones hacen cara al poder.

Es así que se hace una alusión a “los *nuevos* sujetos del *nuevo* pasado” (Sarlo, 2005), se entiende como una modalidad del discurso no académica, que escucha los sentidos comunes del presente, que se conecta con el imaginario social contemporáneo, responde a las creencias de los seres cotidianos y ordinarios. Abren una concepción de lo social, utilizando la “vista del pasado”, donde la narrativa del pasado existe en el presente y, muchas veces, implica también el futuro. Estos sujetos y sus narrativas obedecen a los principios de rebeldía y

principios de conservación de la identidad, dos rasgos, que según Sarlo (2005), son valorados por las “políticas de identidad” por ser “autoconstituyentes”.

Actualmente, las historias de vida adquieren un valor importante en los Estudios Culturales, porque coinciden en su búsqueda de la renovación temática y metodológica sobre el presente. La historia de vida, propone reconstruir la textura de la vida, la revaloración de la primera persona y la reivindicación de una dimensión subjetiva. Es así, como el giro subjetivo surge y se entiende como un “...ordenamiento ideológico y conceptual de la sociedad del pasado y sus personajes, que se concentra sobre los derechos y la verdad subjetiva” (Sarlo, 2005, pág. 22). Aquí el sujeto vuelve a ocupar el espacio que antes había sido ocupado por la estructura.

En las historias de vida, existe una narrativa que está constituida por personajes, escenas y tramas, ya sea, a través de una linealidad continua o fragmentada, lo que también hace parte integral de lo que es una autoetnografía, que no solo aborda y utiliza estéticamente estos elementos sino que, asume la experiencia cultural a través del propio cuerpo y se constituye como una de las perspectivas que reconoce y da lugar a la subjetividad, a lo emocional, y a la influencia de la investigadora en la investigación.

Por ello, la autoetnografía es un testimonio que devuelve la confianza a la primera persona que ha decidido narrar su vida, para así conservar el recuerdo o en muchos de los casos, para reparar una identidad que ha sido lastimada.

La autoetnografía, es una forma de arte en las ciencias sociales (Richardson & Pierre, 2019), donde la investigación es proceso y producto. Se define como “una metodología cualitativa cuyo distintivo central es partir de lo individual en la investigación, para desde ahí lograr comprender el contexto espacio-temporal en el que se vive la experiencia individual, en sus dimensiones cultural, social y política.” (Bénard, 2019, pág. 9)

Esta línea de investigación cualitativa, es relativamente reciente y coincide con el pensamiento posestructuralista, donde el lenguaje, la subjetividad, la organización social y el poder se vinculan. El individuo, es el lugar y el sujeto de las luchas discursivas de identidad, donde la subjetividad es cambiante y contradictoria, no hay una estabilidad, ni rigidez, por tanto, se apuesta a la co-creación continua del *self* y de las ciencias sociales, la una se conoce a través de la otra y viceversa, esto permitirá los conocimientos históricos locales. (Richardson & Pierre, 2019)

El escribir las historias personales se toma como un ejercicio de resignificación con nosotros mismos, con nuestras experiencias y al hacerlo “buscamos mejorar y comprender nuestras relaciones, reducir el prejuicio, fomentar la responsabilidad personal y el nivel de agencia para crear conciencia y promover el cambio cultural.” (Ellis, Adams, & Bochner, 2019, pág. 27)

El trabajo autoetnográfico, parte de auto-reflexividad que trae a la conciencia las complejas agendas políticas e ideológicas que están tras nuestra escritura. Para lograr esto, se manejan cuatro tópicos fundamentales orientados desde los siguientes cuestionamientos (Richardson & Pierre, 2019):

- *Contribución sustancial*: ¿La descripción es creíble en un sentido cultural, social, individual o comunitario de la realidad?
- *Mérito estético*: ¿El uso de prácticas analíticas creativas abre el texto e invita a interpretaciones?
- *La reflexividad*: ¿Hay una adecuada conciencia de sí mismo y una auto-exposición para que el lector pueda hacer juicios sobre un punto vista?
- *El impacto*: ¿Esta pieza tiene afectos emocionales y/o intelectuales?

En esta metodología investigativa, existen diferentes formas y aproximaciones que se acomodan de acuerdo al interés investigativo de cada quien. Algunas de ellas son (Ellis, Adams, & Bochner, 2019):

1. Las etnografías narrativas: son textos presentados en forma de historias que incorporan las experiencias de los etnógrafos en descripciones etnográficas y los análisis de los otros.
2. Las entrevistas diádico-reflexivas: se enfocan en el participante y su historia, sus palabras y sus pensamientos, así como en los sentimientos del investigador. Aunque la experiencia del investigador no es el principal objeto de estudio.
3. Etnografías reflexivas: existen desde el comienzo de la investigación de la biografía del etnógrafo, del estudio de su vida junto al grupo cultural investigado, hasta las memorias etnográficas.
1. Las autoetnografías comunitarias: usan la experiencia personal de los investigadores en colaboración, para ilustrar cómo la comunidad manifiesta cuestiones sociales y culturales particulares.
4. Las narrativas co-construidas: las personas individualmente escriben primero su experiencia, y luego comparten y reaccionan ante la historia que otro escribió al mismo tiempo.
5. Las narrativas en capas: es la recopilación y el análisis de los datos se desarrollan simultáneamente.

A partir de estas posibilidades, opté por la narrativa en capas, porque se enfoca en mi experiencia, en los datos, en el análisis abstracto y en la literatura. El análisis se puede desarrollar en simultaneidad con la narrativa, dando un carácter procesual, que va mostrando los diferentes niveles del análisis y articulaciones que se van dando para dar explicación a la experiencia emergente.

La narración en capas ofrece un esquema de una percepción subjetiva que permite a los lectores una posibilidad de experiencias en las que ellos pueden llenar los espacios y construir una interpretación de la narrativa. Los lectores reconstruyen el sujeto, proyectan más de sí mismos en él, sacando del texto más provecho (Rambo, 2019).

Para escribir mi autoetnografía en capas, organicé el procedimiento en tres fases, con el fin de dar respuesta a la pregunta de investigación y a los objetivos planteados:

La *primera fase* está subdividida en tres etapas; en la *etapa exploratoria* escribí mi historia de vida basada en la fuerza articuladora, que es mi posición como mujer y lesbiana al problematizar mi contexto. En este punto la narrativa fue exclusivamente descriptiva y literaria, aplicando los principios de reflexividad y ética.

En la *etapa de complementariedad*, primero, analicé y escudriñé los álbumes fotográficos de mi familia, tanto maternos como paternos. Aquí pude ver parte de la vida de mis abuelos, la infancia de mi padre y la juventud de mi madre. Pude reconocer las características culturales de mi crianza a partir de la vestimenta infantil, los espacios donde fueron tomadas las fotos, las personas que estuvieron presentes, las características económicas y sociales de determinados espacios de tiempo. Segundo, realicé una especie de entrevistas-conversaciones con mis dos hermanos menores, una tía paterna, mi padre, mi madre, mis exparejas y dieciséis mujeres lesbianas que son amigas y conocidas. Y tercero, analicé y tomé como referente uno de mis diarios, que comprende escritos entre los años 2006-2012.

El último paso de esta primera fase, es la *etapa de contraste*, con las dos etapas anteriores, hago una comparación de mi versión con los recuerdos en común y las situaciones comunes de todas estas personas. Así la narrativa se alimentó de otros puntos de vista, que dialogaban conmigo, algunos que se resistían, otros con información que no había contemplado e incluso se dieron fuertes reflexiones a nivel personal en medio de los diálogos. Toda esta información la fui consignando en un documento Word y organizando de acuerdo a los puntos en común y las contradicciones.

Ya con la conclusión del procedimiento anterior, viene la *segunda fase*. Aquí realizo una investigación documental y una exploración teórica que diese cuenta de mi experiencia emergente a través de autores e hipótesis de diferentes

disciplinas, que permitieran la articulación entre la experiencia subjetiva, la objetivación de esta experiencia y su relación con un marco socio-cultural más amplio.

Finalmente, la *tercera fase* es el análisis y aplicación teórica en narrativa ya limpia y organizada. Debido a que es una narrativa por capas, fui haciendo segmentaciones donde iba dando cuenta de un hecho determinado a través de mi análisis teórico, dejando como resultado la creación de cuatro capítulos relacionados con los objetivos propuestos.

En el capítulo I “*Tradición familiar*”, hago un recorrido por la historia de mis padres y mis abuelas, que de alguna manera dan cuenta de los cimientos en que ideológicamente he sido formada, dando pistas claves acerca de la subjetividad y la manera en que se asume la identidad. En este apartado, manejo principalmente las categorías de *cautiverio* de Lagarde (2005), la *subjetividad* entendida desde los planteamientos Foucault, *subjetividad capitalista* de Guattari (1986), la *tradición* desde el abordaje Williams (2000), la *familia nuclear* de León (1995), entre otras perspectivas como la de Stuart Hall (2010,2019), quien a lo largo del documento y en todos los capítulos hace presencia a través de las formas de regulación y espectáculo que implica el “Otro” y la diferencia. En este capítulo no solo hay una narración descriptiva de los episodios y el análisis teórico, sino que también hay poesía y segmentos de literatura que acompañan y que tienen la intencionalidad de dar mayor idea del contexto en el que se desarrolla mi experiencia.

El capítulo II “*Sexo y sexualidad*”, narro acerca de mi experiencia en un grupo de formación humana que se convierte en extensión de la dominación masculina, junto a hechos de abuso que ponen en relieve la dominación que se hace sobre el cuerpo de la mujer-niña. Mi deseo va adquiriendo fuerza, pero resulta contenido por las instituciones que se adscribían en aquel momento en mi vida. Utilizo predominantemente el sexo como mecanismo de poder planteado por Paul Preciado (2011) y la sexualidad subversiva de Judith Butler (2002), además de permitirme indagar sobre cómo los cuerpos dominados también son cuerpos que

pueden ejercer poder sobre otros, tomando a Lagarde (2005) con los cautiverios y la teoría del *interaccionismo simbólico* de Mead expuesta por Fernández (2003).

En el capítulo III “*Sexo, mujeres y política*”, me posiciono políticamente acerca de mi lesbianismo y reconozco cómo las relaciones lésbicas que tienen la etiqueta de igualitarias, terminan reproduciendo la misma estructura de dominante-dominado. También hago referencia a un político de izquierda que, con sus hechos particulares, demostraba la indudable dominación que tiene el capitalismo, como productor de subjetividades a través del patriarcado, en estos aparentes grupos subversivos y anticapitalistas. En este capítulo utilizo la categoría de *violencia simbólica y dominación masculina* de Bourdieu (2000) y Rita Segato (2016), el *transfeminismo* con Valencia (2014) y Preciado (2017) y la categoría del “*Otro*” trabajada por Hall (2010).

Y finalmente, el capítulo IV “*Violencia territorial*” en el que menciono mi experiencia en un pueblo conservador del departamento de Caldas al ser mujer, lesbiana y docente, tras la relación que asumí con una mujer, de la que me enamoré y por condiciones culturales y sociales se dio la renuncia. Además, me permito hacer un recorrido a partir de “*la ideología de género*” como representación tergiversada a la apertura nacional por el respeto a la diferencia, y donde políticos conservadores de ultraderecha instrumentalizan la sexualidad para beneficios económicos y políticos, articulando estos hechos con las acciones impartidas por las distintas instituciones sociales y legítimas de mi contexto, hasta mis prácticas como lesbiana, que se alimentan a través de la experiencia de otras mujeres lesbianas donde la mayoría reconocen que por su condición sexual, han sido objeto de algún tipo de violencia. Estas violencias se invisibilizan por medio del prejuicio, permitiendo que todo lo hecho sobre los cuerpos lésbicos que también son cuerpos de mujeres, queden en la impunidad. Aquí hago un énfasis en el contextualismo radical abordado de Grossberg (2012), la violencia por prejuicio de Gómez (2008) y la mujer como institución de Lagarde (2002).

De acuerdo a todo lo anterior, puedo decir que mi autoetnografía es importante dentro de los Estudios Culturales, porque da cuenta del giro afectivo planteado hace muchas décadas por esta rama de las ciencias sociales, que además va de la mano con el contextualismo radical que es el corazón de los Estudios Culturales, donde prima la experiencia y las características históricas culturales, económicas, políticas y sociales de la coyuntura emergente. Igualmente doy contextualización de los presupuestos teóricos más relevantes de Stuart Hall, Grossberg y Williams que son los principales referentes en los Estudios Culturales, para dar explicación a mi investigación desde sus perspectivas de los conceptos de diferencia, dominación, tradición, relaciones de poder, articulación, resistencia, contención e intervención.

Capítulo I

Tradición Familiar

“Pero no me hagas seguir hablando de esto. Las palabras son nocivas para el sentido secreto de las cosas; todo cambia ligeramente cuando lo expresamos, nos parece un poco deformado, un poco necio...; sí, y esto también es muy bueno y me agrada mucho: también estoy de acuerdo en que lo que constituye el tesoro y la sabiduría de un ser humano ha de sonar siempre un poco necio a oídos de otros...”

Hermann Hesse

Mi nombre es María Fernanda Chavarro Cardona y cargo sobre mi rostro la memoria de mis ancestros, sin embargo, aunque ellos se vieran en mí, lo que soy, pondría en tela de juicio su linaje. Pero los frutos no caen lejos de los árboles y mi cuerpo encarna la tradición de formas distintas, con los mismos productos de abuso y dominación. Tenía 23 años cuando escuché decir “¡qué asco!” al confesarme lesbiana ante mi familia. La tradición trae consigo un filtro donde la opresión y la aceptación social priman sobre la dignidad humana.

Esta narración la quiero iniciar con mis padres, para entender las creencias, las conductas y los principios que permitieron los paradigmas en que se irguió mi crianza, y que, escribieron en mi cuerpo y mi conciencia la dificultad para mi autorreconocimiento. Como seres humanos, nos cuesta trabajo asumir la responsabilidad de lo que somos, es más fácil culpar a otros, aunque no desconozco que somos seres sociales y nos formamos con estas interacciones, sin embargo, el asumir nuestra responsabilidad involucra el necesario entendimiento y resignificación de esa crianza, ya que, la cultura nos construye de tal manera, que se invisibilizan las fuerzas de poder que confluyen en la construcción de una identidad y que van más allá de las acciones cotidianas de cada uno de nosotros. Mi familia, la sociedad, el país y yo, compartimos la misma matriz dominante, así

la historia de nuestra vida está amarrada a otras historias, somos un lienzo amplio, construido a partir de varios retazos o de tejidos que aún se siguen hilando.

Vengo de un hogar de clase media, mi padre proviene de una familia campesina del departamento de Santander y mi madre de una familia tradicional de clase baja en el departamento de Risaralda.

Nací el 12 de mayo de 1990 en la ciudad de Bogotá, la primera hija de un matrimonio celebrado el 5 de agosto de 1989, con una madre de 22 años y un padre de 25 años. Fui la primera de tres hijos. Mi padre era taxista. En su juventud se había proyectado como un ciclista, entrenando con personajes ilustres del gremio como Lucho Herrera. Mi madre, participaba en varios concursos de danza folclórica ha representado Risaralda en diferentes ciudades de Colombia. Los dos tenían sueños individuales por cumplir, sin embargo, a pesar de amar lo que hacían, la sociedad ya había demarcado la manera cómo ellos debían vivir; “una mujer solo se realiza siendo madre”, “oiga mijo y usted ¿cuándo se va a organizar?”. Mientras no tengan una familia con hijos, es complejo que sean considerados como adultos respetables.

Mi padre dejó a un lado sus expectativas profesionales y se enfocó en sus deberes familiares, consiguió empleo como conductor de taxis y mamá se dedicó a los oficios correspondientes de la casa y a la crianza de sus hijos, sin embargo, esta crianza también estaba sujeta a las decisiones de mi papá, por lo menos las más significativas o las que implicaría un gasto económico. Crecimos bajo la imagen autoritaria de mi padre, con mano dura y la permisividad de una madre, en su afán de hacer bien su trabajo; tanto mamá como papá, reconocen hoy día que, si hubiesen tenido la conciencia que el tiempo les fue brindando, seguramente la historia sería otra. Cada uno empezó a reproducir el rol que le correspondía dentro de la estructura familiar.

Mi padre

Tú, hombre ultrajado,
ser humano que vibra ausente.
Rostro de mi ancestro ignorado,
en mí recorre tu sangre caliente.

La vida te ha tornado el espíritu nublado,
más, mis manos, mi rostro y mi palabra,
en esencia son lo que tú has labrado.

Mi viejo, de caminar errante,
con pesadas penas en su lomo,
del maltrecho entre esclavitud y talante.

María Fernanda Chavarro Cardona

Mi padre resulta ser de las personas más determinantes en mi vida, muchas de mis acciones, incluso mi carácter resulta ser muy parecido a él. Mis hermanos suelen decir que, a pesar de todo, las mejores cosas que tenemos como sujetos, en gran parte las debemos a él. Contar su historia o por lo menos lo que concierne a este trabajo, es un panorama de cómo los seres humanos somos formados y cómo nuestras conductas terminan siendo producto de un sistema que determina y que coarta la libertad, pero que a la vez nos hace responsables de las consecuencias que acarrea el ser.

...

Es un hombre de figura robusta, ya su pelo canoso, un poco sordo y soberbio como ningún otro ser humano, me recuerda un célebre pensamiento de San Agustín “La soberbia no es grandeza sino hinchazón; y lo que está hinchado parece grande pero no está sano.”

Mi padre proviene de una familia campesina, originaria del municipio de Vélez, del departamento Santander, precisamente del corregimiento de Chipatá. Fue un niño que buscaba problemas por todas partes, era inquieto, pero también muy trabajador. Su familia está constituida por 7 hermanos, incluido él: 3 mujeres y 4 varones, mi padre era de los menores.

Los hermanos de mi padre, todos terminaron la secundaria, menos él y mi tía mayor se dedicó de lleno al trabajo para ayudar a su familia. Desde muy pequeños se les inculcó el espíritu del trabajo duro y constante. Mi papá era el chiquillo consentido de mi abuelo, empezando por su rostro, es su misma versión y supongo que este legado genético llenó y enterneció al viejo. Cuenta la familia que nunca le gustó la escuela a mi padre, tampoco le gustaba el trabajo fuerte del campo, esto siempre fue motivo suficiente para que le estuvieran castigando. No fue un niño, ni un joven que se acomodara fácilmente a la exigencia del contexto, aunque nunca dejó de ser un hombre trabajador.

De su juventud hasta que se casó con mi madre, es poca la información que mi padre comparte, sin embargo, reproducía muy bien esa figura masculina tradicional: era mujeriego, proveedor, se impedía expresiones demasiado afectivas, dudaba de las capacidades de las mujeres, sobre todo de mi madre y siempre procuró una crianza dictatorial.

En la época de mis abuelos y mi padre, no generaba escándalo, ver hombres con hijos de mujeres que no eran sus esposas. Los hombres de la familia, incluido mi padre, fueron progenitores de los mal llamados hijos no “legítimos” o “bastardos”, esta última denominación peyorativa y discriminante, que escuché entre mis familiares. Los hijos “bastardos”, son producto del machismo y sexismo imperante de una estructura heteronormativa que margina a la mujer y al niño:

un hombre está “cumpliendo con sus deseos”, “así son los hombres”, “ella se ofreció”, “ella por qué no se cuidó”, mientras ella es “la zorra que se metió en el matrimonio”, “el hombre propone y la mujer dispone”. Todos los seres humanos tenemos impulso libidinoso, pero los cuerpos feminizados cargan el estigma social, al varón se le exime de su responsabilidad dentro del acto y se le sataniza a la mujer por seguir el mismo instinto del varón, aparte debe cargar con el estigma de mujer marginada con hijos bastardos.

Así, en esta lógica heteronormativa, nos dejó en una especie de posición privilegiada, al ser reconocidos dentro de un matrimonio y venir propiamente de un lecho virginal (acto que se proclama con orgullo en la familia y en especial por mi madre), fuimos hijos deseados. Pero claro, esto también trae consigo toda la carga normativa (dominante-dominado), prejuiciosa y en especial esas radicales formas de poder instauradas.

Mi padre se encargó de toda la parte económica, de la alimentación, vivienda y vestimenta. Sin embargo, creaba los juegos más ingeniosos para desarrollar nuestras habilidades estratégicas. Fue gracias a él que aprendimos a ser trabajadores, honestos y testarudos con los sueños e ideales que se inculcaban en lo más profundo de la conciencia y el corazón.

Aun así, ni siquiera recuerdo que con mi padre hubiese tenido una confianza o que tuviéramos conversaciones. Ya adultos, donde él da muestra de sus miedos, a pesar de ser familia, se siente vetado de expresarse, ni siquiera estando enfermo, ni siquiera en momentos de soledad. Ha creado en sí, un muro tan grande y grueso, de hecho, es más fácil que mis hermanos o personas externas me cuenten acerca de él, de las cosas que hace. Yo lo amo, pero lo que sé de él es porque otros me lo han contado a pesar de ser mi padre. Todo esto resulta ser un producto directo de esa forma en cómo se estructura nuestra forma de actuar en el mundo. No le resto responsabilidad, no ignoro los filtros de mis interpretaciones, pero indudablemente el poder es poderoso.



Estamos contruidos como productos sociales de un sofisticado artefacto de poder, la cultura (Restrepo, 2019). La cultura sirve para dar explicación de cómo se performan y se implementan políticas determinadas en un contexto histórico, que responde a intereses, en este caso, a intereses por la permanencia de un sistema heteronormativo¹ tradicional. Nuestras conductas y acciones, tienen su origen desde la tradición, es por ello que, dentro de la cultura, la tradición es indispensable porque la perpetúa a través de los cambios históricos. Reymons Williams en su texto “Marxismo y Literatura” (2000), construye la denominación del concepto de tradición, que he tomado como oriente y que fundamenta la directa conexión con las relaciones de poder:

“(la tradición) ... es en realidad el medio de incorporación práctico más poderoso. Lo que debemos comprender no es precisamente «Una tradición», sino una tradición selectiva: una versión intencionalmente selectiva de un pasado configurativo y de un presente preconfigurado, que resulta entonces poderosamente operativo dentro del proceso de definición e identificación cultural y social.” (pág. 137)

Respecto a este último apartado, la tradición selectiva garantiza su prolongación, a través de las instituciones que hacen parte del sistema dominante. Una de las instituciones reguladoras más importantes es la familia nuclear, que no se puede ver ingenuamente como un mero mandato religioso,

¹ Lo heteronormativo se define a partir de la segmentación y de la semántica que carga cada parte de la palabra: “hetero-”, como la distinción de la diferencia desde el sexo biológico, hombre y mujer, a partir de esto, viene la cultura como artefacto de poder. Lo “-normativo”, donde esta estructura se naturaliza dentro del consenso general y en el sentido común de la mayoría. Que vuelve la “normalidad”, la “norma”, se legitima y se toma como único camino verdadero. Así, las mujeres atraídas por hombres, hombres atraídos por mujeres y que concluye en una unión heterosexual.

sino que hace parte de proyectos económicos, políticos y sociales más grandes y profundos.

La familia nuclear, se entiende como la unión heterosexual no extensa, compuesta por un hombre y una mujer, que tienen hijos (León, 1995). Este es el nicho donde se empieza formar la identidad de acuerdo a las características históricas, como la naturalización de la heterosexualidad y el patriarcado.

Marta Lamas (1995), parafraseando parte de “la historia sobre la sexualidad” de Foucault; narra que hasta en el siglo XVII la sexualidad no era un determinante para la identidad de una persona, solo era una de las tantas características. Ya que, cuando llegaron las pestes y las guerras, el humano occidental sufrió una tasa de natalidad demasiado baja, poniendo en riesgo, según Lamas, la especie humana. Así que, por un asunto de supervivencia e intereses políticos, con el tiempo, se estableció la unión heterosexual como norma. De aquí surge la familia nuclear como herencia de la tradición occidental, que en Latinoamérica adquiere una forma más rígida a través del marianismo y el machismo.

Cuando mis padres deciden iniciar una familia nuclear, asumen los roles “tradicionales” de lo público y lo privado. El hombre para la calle, para el trabajo y aún más mi padre siendo un ser humano del mundo y para el mundo a través de su profesión. Y mi madre, como formadora de valores y transmisora de costumbres dentro de su hogar. Cada uno empieza asumir, las características que de algún modo fueron relacionados culturalmente debido a su sexo.

Esta figura, según Magdalena León (1995) fue diseñada perfectamente para cumplir un rol económico dentro de una estructura industrial y mercantil, ya que si la cabeza del hogar, en este caso mi padre, tenía una propuesta laboral que le exigiese mudarse a otro lugar, sin consultarlo a nadie, tomaba la decisión de irse donde le llamaran. Mi padre nunca consideraba la opinión de mi madre y menos de los hijos, que terminamos siendo los subalternos de lo subalterno. Explica León, que esta conducta ha sido moldeada a través de siglos de condicionamiento cultural, por eso un ordenamiento alternativo resulta escandaloso y pareciera

poco probable, especialmente porque esta estructura de división de roles es importante y funcional para el sistema económico.

A lo largo de nuestra vida familiar, vivimos un tiempo en Bogotá, luego en Villavicencio, volvimos a Bogotá y luego mi padre se dedicó a viajar solo por su trabajo. En este contexto, José Olavaria (2009) menciona a familia nuclear, está constituida de acuerdo a las normas de regulación que se forjaron en el occidente, a partir de lo que se consideraba legítimo o ilegítimo, y dentro de lo legítimo, aparece el varón en primera medida como soberano por encima de la mujer y los niños. La estructura de esta institución, se constituyó como base del capitalismo y está en función de la reproducción de este modelo económico:

“El capitalismo industrial, explicó (José Olavaria), consolidó el trabajo asalariado sobre el cual se basa el modelo tradicional familiar. Con el paso del tiempo, detalló, instituciones como la Iglesia católica, los partidos políticos, y las organizaciones de empresarios y trabajadores, comenzaron a impulsar esta conformación de seres humanos, porque se convencieron de que la familia nuclear es connatural al desarrollo del capitalismo.” (Cinemas Periodismo con perspectiva de género, 2009)

Por eso es importante que se mantengan los roles de la familia, ya que, definen las funciones dentro de la sociedad y se alimenta la idea del binarismo y complementariedad. Según Butler (2002), las normas de género trabajan exigiendo la adaptación de ciertos ideales de feminidad y masculinidad, que van casi siempre ligados a la idealización de la unión heterosexual.

La interiorización de las relaciones de género² que se establecen dentro de la sociedad, de alguna manera van labrando la identidad de cada una de las personas, sin embargo, Marta Lamas (1995) junto con Judith Butler (2002), acogen que, existe una realidad psíquica que es apañada, minorizada y reprimida, por la matriz heteronormativa para todo ser humano. Por ejemplo, Michael Kaufman

² Género se entiende como “...una red de creencias, rasgos de personalidad, actitudes, sentimientos, valores, conductas y actividades que diferencian a hombres y mujeres a través de un proceso de construcción social, el cual tiene una serie de características. (...) El resultado es el acceso estructuralmente asimétrico a los recursos, lo cual lleva a generar el privilegio y dominación del varón y la subordinación de la mujer.” (León, 1995)

(1995), afirma que hay una especie de sufrimiento del hombre con este discurso del género, donde la masculinidad hegemónica le arrebató la ternura, la empatía y la sensibilidad.

Para este autor, la masculinidad hegemónica (y la mayor parte de las subordinadas) es considerada como un proceso a través del cual los hombres destierran emociones, necesidades y posibilidades, como el placer de cuidar de otros, la receptividad, la empatía y la compasión, consideradas como inconsistentes con el poder masculino. Sin embargo, Kaufman afirma que tales emociones y necesidades no desaparecen; simplemente se oprimen y no se les permite desempeñar un papel pleno en la vida del cuerpo masculinizado.

Esto hace parte de la regulación normativa a la que refiere Stuart Hall (2019), donde las prácticas y las conductas adquieren una forma de acuerdo a una cultura dominante, llena de significados y valores. Sin embargo, los Estudios Culturales no se limitan únicamente a esto, se debe considerar la procedencia del individuo para comprender la creación de su subjetividad, en el caso de mi padre, no se puede dejar de lado que era un campesino, no era una persona adinerada, lo que lo hace subalterno en la estructura económica global.

La subjetividad, desde los Estudios Culturales se abordan desde la perspectiva de Foucault a través de la regulación de los cuerpos (Aquino, 2013), según Guattari (1986), no hay sujeto, sino subjetividad o subjetividades ya que pueden existir de múltiples formas, asimétricas entre sí, heterogéneas, construida por varios retazos institucionales, tantas posibilidades de subjetividad como experiencias de cada ser humano, sin embargo, particulariza en la subjetivación capitalista, que más allá de ser un modelo de identidad, es un patrón que define la vida de un ser humano, como especie de libreto que corresponde a los condicionamientos de producción, entonces, si el modelo de familia nuclear responde a la estructura del capitalismo como lo menciona Olveria (2009), los individuos que componen la familia crean su subjetividad a partir de este patrón, especialmente el varón, quien por legítima soberanía dentro del hogar y

asumiendo su rol de proveedor y patriarca, termina construyendo su subjetividad bajo una estructura de producción.

De allí que, a la reproducción del ideal masculino, se le exige poder, resistencia al cambio, terquedad, imposición y fuerza, todo lo que podría encarnar el capitalismo dentro del sistema económico. Esta prescripción, como lo diría Guattari, no es solo una producción económica, porque si fuera así mi padre no estaría allí, debido a su posición histórica y económica, sino una producción cultural que mantiene el modelo económico, por ello, al no poder tener poder dentro de la económica global, su poder se manifiesta dentro de la estructura de la familia. De manera perfecta o imperfecta, la figura masculina está obligada a reproducir la estructura para que ésta se mantenga.



Siendo niña

Una de las razones más fuertes que me llevaron hacer esta autoetnografía, surge de la relación y la representación que entiendo de mi madre. De la molestia que en mí producía la forma en la que ella creció, la manera en cómo su identidad, sus acciones y sus palabras estaban moldeadas y lo que más me enfadaba, era que, a la vez de que fui testigo de su sometimiento, ella era la persona más machista dentro de nuestro hogar. Llegué al punto de sentir una aversión por su persona, porque no quería ser ella, no quería verme sometida por una figura masculina y ella no hacía nada al respecto o por lo menos eso interpretaba, lo que encandilaba mi voluntad. Eso entendía, cuando no había tomado la suficiente conciencia de la manera en cómo las instituciones pueden controlar la conciencia individual, aunque esto no nos quita nunca la responsabilidad de nuestras decisiones.

Mi madre solía contar las historias bíblicas más bonitas del mundo. La historia que más me gustaba era la de Jonás, aquel mercenario de Dios que fue tragado por una gran ballena, tan grande y él tan pequeño. Mamá nunca dijo que Jonás tenía miedo o angustia, Jonás estaba tranquilo, en medio de la nada dentro de un enorme animal, sabía que la fe lo salvaría. “Dios sabe cómo hace sus cosas, hay que tener fe”.

Cuando éramos pequeños, nuestros padres cambiaban de residencia constantemente por el trabajo de mi papá. Desde que tengo uso de memoria, cada dos años era el mismo ritual, cambiar de residencia, de escuela, de amigos, nunca crecimos al lado de las familias de mis padres, porque decidieron formar su propia familia en la capital, lejos, incluso, de los hermanos que estaban viviendo allí mismo.

Mi padre, siempre tomaba las decisiones en la casa, nunca se preguntaba nada, nunca se consultaba nada, ni siquiera a mi madre, solo se le avisaba. Por ello, mis mejores amigos siempre fueron mis hermanos, en especial mi hermano, apenas le llevaba un año, jugábamos todo juntos, al mecánico, a los papás, a los carritos, karate y a pesar de tener camas separadas dormíamos siempre juntos.

Entre mi papá y mi mamá nos enseñaron a leer; mamá nos enseñaba los colores mientras planchaba la ropa, nos señalaba una prenda o un objeto cercano y preguntaba “¿de qué color es este pájaro?”, “mami, eso es amarillo”. Para aprender las letras mamá se inventaba juegos con cartulinas y nos decía cómo sonaba cada letra.

Así fue todo, hasta que mi padre decidió que nos fuéramos a Villavicencio, en los llanos orientales. En este lugar, sí había más niños para jugar, pero ya nosotros éramos demasiado retraídos y tímidos lo que dificultó la interacción con ellos, sin embargo, con el tiempo no dejamos de jugar.

Mis mejores amigos eran chicos, no sé a qué se deba, quizá me hacían sentir más segura. Me desagradó la época escolar hasta que terminé el bachillerato. Me desagradaba la hora del descanso, esto implicaba estar lejos de las personas, ya

que se me dificultaba hacer amigas y mis amigos solo lo eran fuera del horario escolar.

Así transcurrió un tiempo, hasta que cumplí 10 u 11 años, no lo recuerdo con exactitud, la relación de mis padres se fue deteriorando cada vez más, hasta el punto de vernos involucrados en sus problemas, en especial yo, por ser la mayor. Mi madre empezó a fumar a escondidas y una que otra vez la veía consumiendo pequeñas dosis de alcohol, solo imagino el nivel de desolación en el que vivía, para llegar a ese punto. Me volví su pequeña confidente, a pesar de que mi mamá era mayor, aún tenía acciones de niña, quizá la falta de experiencia y la inhibición que le impusieron.

Teníamos conversaciones de todo tipo, le vi llorar muchas veces a causa de mi padre, no he olvidado su imagen junto al fogón mientras me contaba cómo los vecinos se burlaban de ella, porque vieron a mi papá en su taxi, dándose besos con otra mujer. Supe desde ese momento lo doloroso que era ser ella, el estar lejos de su casa y que su única compañía sólo fueran sus pequeños hijos. Al son del calor del fogón, me contaba las historias de cuando era chica, de los malos tratos que un tiempo recibió de sus padres y de sus hermanos, muchas veces me insinuó que se casó sólo para huir de esa vida, a pesar de amarlos.

Una noche en ese intenso calor que caracteriza esta zona, durmiendo y sudando al lado de mi siempre fiel compañero, escuché la voz estruendosa de mi madre pidiendo que no le hicieran daño, salí corriendo, cuando entré a la habitación vi a mi papá de pie y mi mamá en la cama llorando, pegó un grito, de esos que asustan. Hasta aquí llega mi recuerdo, mamá me dijo tiempo después, que me abalancé, tomé del cuello a papá y le dije que dejara a mi mamá en paz, que no le hiciera daño. Mi madre asegura que fue la única vez que sucedió algo así, por lo menos no volvió a ocurrir con nosotros presentes.

Puede que mi padre lea o no lea esto, quizás no esté de acuerdo conmigo o se avergüence de cada uno de estos hechos, pero no escribo esto con el fin de volverlo un monstruo o atacarlo, jamás haría algo para dañarlo, solo son hechos con

consecuencias y no pretendo pasarlos por el filtro de la moral, en el relato todos somos responsables. Estoy aquí reconociéndome (-nos).

Como era ritual de mi papá, nos mudamos a otro barrio, Santa Josefa militar, allí todo fue más amable, mi mamá conoció más gente, amigas para toda la vida, mi padre cambió un poco y se volvió más dedicado a la familia, fue una buena época, allí duramos hasta que cumplí 12 años de edad. Aquí mi cuerpo empezó a cambiar, los pechos crecieron, las caderas crecieron, como me decían “se ve muy desarrollada para la edad que tiene”. En los ojos de otras personas resultaba atractiva, aunque nunca lo dimensioné, nunca. De este modo, empecé a tener mis primeras experiencias eróticas con niños y niñas de mi edad, descubrí mi gusto por los roses, los besos, las exploraciones secretas y hasta los olores.

El hecho de tener un cuerpo atractivo a los ojos de los otros, para una mujer resulta ser un terrible karma, me hubiese gustado que mis experiencias sexuales solo se hubieran limitado a los niños y niñas de mi edad, donde juntos aprendíamos. Es terrible imaginar que exista una especie de “normalidad” respecto a los abusos de los cuerpos feminizados, que tener vagina, sea sinónimo de peligro.



De nuevo surge la importancia de la construcción de la subjetividad en un contexto determinado, de acuerdo con Foucault, el sujeto es producto del discurso históricamente situado, haciéndonos portadores de un conocimiento y partícipes de los diferentes mecanismos de poder, lo que significa, que la subjetivación colectiva crea la subjetividad individual (Aquino, 2013). Así, el discurso de género hace parte de los condicionamientos culturales en los que se consolida el sujeto, construye su identidad y además de ello la reproduce, como en el caso de mi madre y su encarnación de la idealización de la mujer tradicional. Es por esto, que se hace un particular énfasis en la experiencia cuando se

construye la subjetividad, ya que, es una interacción entre la cultura y la realidad de la persona (Hall & Jefferson, 2014)

“La experiencia de ser mujer consiste en una serie de hábitos que resultan de la interacción entre conceptos, signos y símbolos del mundo cultural externo, y, por otra parte, las distintas tomas de posición que cada una va adoptando internamente, por la otra.” (Castellanos, 1995, págs. 46-47)

En este propósito Fernández (2003), sobre interaccionismo simbólico argumenta que, la persona es un espacio simbólico lleno de significados y poblado de personas, hechos y situaciones significativas. La persona es un conjunto de narraciones reflexivas, una autonarración, todo lo que ha recogido como real. De no ser así, es una persona sin un lugar en el orden simbólico. En este orden simbólico, Gabriela Castellanos, afirma que el lenguaje es la representación simbólica del orden social, porque en él existe una serie de reglas que socialmente se aplican y obedecen a la lógica estructuralista binaria “El código cultural sobre la femineidad está predeterminado, es fijo, como son todas las estructuras de significación que corresponden a lo que, en el terreno lingüístico, Saussure llamó langue o lengua.” (Castellanos, 1995, pág. 49). Es así, que tanto el orden simbólico, como el orden social, uno que hace parte de la individualidad y el otro que hace parte de las construcciones culturales, terminan entrelazándose a través del lenguaje y este, hace parte de la estructura dominante.

Según Harvey (2007), las subjetividades están delimitadas principalmente por el discurso hegemónico predominante y el neoliberalismo es el que acoge todo el sistema político, económico, cultural y social en la actualidad en el mundo occidental.

Las corporaciones, la industria y la empresa privada, en el neoliberalismo, se entiende como la fuente del progreso y del bienestar social, el papel del Estado es garantizar el proceso, por ello las políticas deben proporcionar todas las herramientas necesarias para que el sistema funcione. A partir de esta normatividad política y económica, se crea un discurso que subsiste en la cultura y el lenguaje, a partir de esto es que se crean las subjetividades.

El intercambio de valores se convierte en la guía para todas las acciones humanas, si me quieres yo te quiero, ayudo con determinada acción porque a cambio voy a recibir una recompensa, entre más cualificado sea mi estudio, demuestro ser competente y más posibilidades tengo de servir al sistema, de lo contrario me termina desechando, soy el dueño de su cuerpo porque soy su esposo, yo trabajo y usted dedíquese a la casa, entonces todas las interacciones sociales se convierten en transacciones. Esta forma de ver y de percibir la realidad se termina naturalizando de tal modo, que regula el orden social.

Sin embargo, este proyecto económico-político, aunque utiliza la fuerza y la imposición, necesita de una base más sólida para poder subsistir y no hay mejor herramienta para esto que la cultura (Restrepo, 2019). A través de la cultura definimos mucho de lo que somos como seres individuales, la cultura sirve como paradigma o lente que nos acerca a la realidad. Ella representa, abstrae de lo real y esto se configura y tiene su forma de acuerdo a la ideología que impone la hegemonía. Pero la cultura funciona a través del consentimiento.

De esta manera, los valores cristianos se convirtieron en el mejor movilizador para permitir el consentimiento general, de las dinámicas neoliberales, que adecuan el modelo dominante-dominado a salvador-pecador, así se convierte en el protector y medio para transmitir los valores culturales y tradicionales, donde a través del miedo, la imposición y la amenaza, perpetua el poder. (Harvey, 2007)

Es así como el cuerpo feminizado ha estado dentro de una “aniquilación simbólica” (Hollows, 2000) , esto quiere decir que solo se le ha dado una forma de ser, una forma de vivir y representarse en el mundo, como en el caso de mi madre, perfoma ese ideal de mujer tradicional, como ese ser frágil y débil, que a la vez debe soportar el maltrato y la crianza en silencio, donde su cuerpo es politizado y dominado en el amparo de lo cristiano, bajo toda la normatividad que trae consigo el matrimonio.

Ahora, por ser sujetos históricos nos hacemos portadores de conocimiento y del poder mismo de un momento histórico determinado, por tanto, nuestro

cuerpo tiene la propiedad de reproducir las relaciones de poder al mismo tiempo que es sometido. Es por ello, que el sistema heteronormativo y de género se mantiene y adquiere la cualidad de transformar la coyuntura como recurso cultural que lo revitaliza (Grossberg, 2012), en el siguiente capítulo, me referiré al lesbianismo como un reproductor de este discurso de género, a pesar de que siga manteniendo su categoría coyuntural.

La historicidad en la que se levanta la heteronormatividad, se constituye en un elemento importante para entender los paradigmas de crianza y las prácticas en que las que he ido formando mi identidad. Por ello, reconozco, por una parte, cómo históricamente los cuerpos feminizados son sometidos y responden de manera naturalizada la normatividad del género y cómo los cuerpos masculinizados someten y legitiman su posición. Por otra parte, las relaciones de poder siempre se van a reproducir, independientemente de la asignación cultural que se imponga en los cuerpos; la madre, dentro de la jerarquía puede someter a los hijos, el padre somete a la madre-mujer, la vida laboral somete al hombre y a la mujer, y así sucesivamente. Todos reproducimos el poder y el poder nos oprime también.

Para Marta Lamas (1995) el sistema heteronormativo y de género, tiene dos reguladores que funcionan como mecanismos de poder: la homofobia y el sexismo. Estos son potencialmente transmitidos dentro de un nicho familiar, debido a que permiten la resistencia a posibles coyunturas o a cambios en la estructura tradicional, de manera agresiva y potente.

El sexismo, es una expresión negativa, impulsada por el prejuicio sobre lo que pueden hacer las mujeres o no y lo que pueden hacer los hombres o no. (El riesgo de defender y liderar: Pautas comunes y afectaciones diferenciales en las violaciones de los derechos humanos de las personas defensoras en Colombia, 2020) la homofobia, es el temor y el repudio irracional hacia personas lesbianas y gays (Lamas, 1995), podría agregar también, cualquier tipo de fobia relacionada con identidad de género diversa. Esta categoría regulatoria, es vital para el

mantenimiento y conservación de los valores tradicionales, ya que, margina las sexualidades disidentes que puedan poner en riesgo el orden normativo en que se rige la matriz patriarcal. Pero tanto los prejuiciosos en los que se irgue el sexismo y la homofobia, no actúan por sí solos, debe tener una complicidad social para ser (Gómez, 2008). Y Colombia es un país profundamente heteronormativo (Prada, 2015) y machista.

Tanto la homofobia como el sexismo permiten que se construya la alteridad, como fundamento para justificar una posición heteronormativa y dominante. Mi hogar, partió de una imposición de valores cristianos, que de alguna manera condicionaron la percepción que teníamos acerca de nosotros mismos. Estos valores cristianos, no solo oprimen, sino que hace que la otredad sea mantenida para diferenciarnos unos con otros y legitimar la posición de dominación, por ejemplo, que la mujer debe ser obediente, sumisa e impoluta.



Las malqueridas



Ilustración 1. Fotografía de mi abuela materna Aura Alicia.

“...las viejas fotografías engañan mucho, nos dan la ilusión de que estamos vivos en ellas, y no es cierto, la persona a quien estamos mirando ya no existe, y ella, si pudiese vernos, no se reconocería en nosotros.”

José Saramago

Fotografía de mi abuela materna Aura Alicia, en su primera comunión. Tres años después de esto, fue su matrimonio.

Mi malestar por la abnegación de las mujeres de mi familia se extiende hasta mis abuelas, de alguna manera abren el camino que me ayuda a entender los valores culturales más profundos y cómo cuesta transformarlos, incluso en mi propio cuerpo y a pesar de contextos históricos diferentes. Mis abuelas son las portadoras principales de toda una estructura machista, en la que se ha construido la idea de mujer más cercana.

Mi abuela tenía ojos tristes, continuamente le veía llorar por ahí, sola en silencio, alguna vez le pregunté por el motivo, me dijo que solo la dejara llorar.

A la tierna edad de los 14 años, le arreglaron su matrimonio, según me decía, ni siquiera había empezado a menstruar. Mi abuelo tenía 45 años, casi le triplicaba la edad y era un hombre pobre. El padre de mi abuela tenía cerca de 30 hijos con dos mujeres distintas. Mi abuela era hija del primer matrimonio, su madre murió cuando ella tenía 4 años, así que su padre buscó rápidamente una nueva esposa, con esta última tuvo la misma cantidad de hijos. Era una familia campesina del Quindío y no tenían muchos recursos para sustentarse, la mejor estrategia era ir casando a todas las hijas lo más pronto posible.

Recuerdo que alguna vez, fuimos a ver esa finca en la que mi abuela creció, allí vivían las hijas de dos de sus hermanas. Recuerdo esa finca, esa casa, imaginaba el lugar donde mi abuela dormía, la imaginaba en la cocina haciendo arepas o en las cosechas recogiendo plátanos, me daba la idea de que fue una niña triste, imaginaba que ella era de las que se iba detrás de la casa a sentarse sola en el gallinero. Solo fui una vez y cuando pienso en lugares tristes, se cuele la imagen de aquella finca.

Mi abuela tuvo 15 hijos, de los cuales solo sobrevivieron 9, de ellos solo una era mujer, mi mamá. Mi madre fue uno de esos milagros que la vida permitió, por ello de alguna manera eran excesivos los cuidados, aunque esto nunca evitaría que ella

asumiera su papel como mujer dentro de una casa tradicional como la de mis abuelos.

Mi abuela vivió la pena de ser madre, el dolor de ver su vida menguada por la angustia de la vida de otros, hasta en la adultez mi abuela solucionó la vida económica de mis tíos: los abusos con ella, los gritos y maltratos.

Mi tío mayor, Jaime se sentaba en las escaleras a comer y sin importar mucho quien escuchara, contaba todas sus historias de bandido en medio de risotadas mientras mi rostro se palidecía al imaginar los gritos de niñas y familias que él dañó, siempre decía que, a pesar de todo, seguía vivo. Es asombroso como normalizamos esto, un criminal en la sala de la casa y aun así se le perdonaba todo. Tuve muchas pesadillas con sus historias, alguna vez lloré pensando en las niñas que abusó. Murió, de las buenas obras de Dios.

Mis otros tíos, siempre están a la defensiva, piensan que, por el hecho de venir de una familia pobre, la gente los percibe como menos, una idea problemática que parece heredada por todos, incluyendo a mi madre. Por eso, las peleas eran álgidas entre ellos, con mi abuela aún viva, las peleas era pan de cada día, los golpes, la grosería, la mayoría dejaron que la abuela los mantuviera y hasta se endeudaban para que ella solucionara sola. Sin embargo, no puedo decir que todos eran así.

Cuantas veces habrá deseado la muerte mi abuela, la tortura de ser ella y de amar a sus hijos con una incondicionalidad inconcebible, pero ¿qué más podría hacer?

Mi abuela y yo nos amábamos intensamente. Ella recibía a todas las personas en su casa, así no fuera su familia, les brindaba comida y bienvenida. Fue una mujer dada a las personas y a pesar de todo, procuraba hacer amable la vida de los demás. Cuando pienso en ella, me siento orgullosa del linaje del que vengo, ojalá ella se sienta orgullosa de la mujer que soy.

Mi abuela, es una de las malqueridas, ella representa a tantas otras mujeres que han sido sometidas a lineamientos culturales que van más allá de la voluntad, donde la esclavitud y el sometimiento se revitaliza en el cuerpo feminizado, la violencia que una ideología produce y la forma en cómo la religión llega apaciguar y justificar estos hechos. Jesucristo recibió todos los pecados del mundo, si él lo hizo, ¿por qué no ellas?

Lilia

Mi otra abuela, Lilia Gordillo, campesina hermosa, con ojos claros, de manos callosas y una pequeña joroba de años de intenso trabajo, ella, hace parte de mis malqueridas. De esas mujeres que aprendieron a vivir por otros y se olvidaron de ellas, de las que la vida les desangró el alma como mujeres y las llenó de fuerza como madres. Con ella no tuve mucho contacto, como es habitual en esta cadena de la supervivencia humana, mi padre se dedicó enteramente a su propia familia y dejó atrás a sus padres, como todos lo hacen.

Mi querida abuela, nunca opinaba, solía someterse a la voluntad de mi abuelo, ella sabía de sus constantes infidelidades, ya que “los hombres son de la calle y las mujeres de la casa”. No es mucho lo que puedo decir de ella, solo se me viene a la mente las veces en que se levantaba temprano, casi en la madrugada, empezaba su día alimentando los conejos y a las gallinas, luego en su fogón de leña colocaba a cocinar el café y se ponía hacer las arepitas.

Cuando íbamos todos a la finca, se tenía la costumbre de atender primero a los hombres con el trozo de comida más grande, luego la visita, los niños, mis tías y las esposas de mis tíos, por último, mi abuela, ella nunca se sentaba en la mesa con nosotros, sino en su silla hecha del tronco de un árbol, allí se sentaba a comer a solas, así se acostumbró, decía ella. Su carácter es apacible, abnegado y a pesar de tener más de 80 años, sigue trabajando como cuando era joven.



La tradición es una historia selectiva de la humanidad, que reproduce y transmite valores, costumbres, ideas de la vida y el mundo, muy determinadas que responden a una organización social, política, económica y estructura hegemónica (Williams, 2000).

De acuerdo a lo anterior, en el sistema dominante la relación que tiene el poder con la mujer se caracteriza principalmente por la privación de la libertad. Pero la libertad tiene un carácter paradójicamente privativo, ya que solo pueden ser libres quienes pertenecen de manera dominante en la sociedad y en la cultura, y las mujeres no hacen parte de este grupo.

La antropóloga Marcela Lagarde (2005), ha definido a esta falta de libertad de las mujeres como “cautiverio”, este concepto se entiende como “la privación de la autonomía, de independencia para vivir, del gobierno sobre sí mismas, de la posibilidad de escoger, y de la capacidad de decidir” (Lagarde, 2005, pág. 151). Dentro de esta sociedad patriarcal, la mujer está obligada a cumplir con el deber del rol femenino de acuerdo a su contexto particular, manteniendo así la posición de subordinación que ejerce la cultura patriarcal y heteronormativa.

El poder se manifiesta en su capacidad de decidir sobre la vida de otras personas, a través de la prohibición y la imposición, esto le otorga el derecho de castigar y corrige lo que la norma no reconoce como parte suya. El poder “domina, enjuicia, sentencia y perdona. Al hacerlo acumula y reproduce poder”. Así, mis abuelas y mi madre fueron sometidas por la familia, por sus esposos, por sus hijos, por la religión, por la sociedad, aun así, dentro de esta lógica del discurso genérico, la mujer también puede ser medio para ejercer el poder. Incluso, donde hay sujetos y todas sus creaciones culturales y sociales siempre habrá un espacio para el poder.

Lagarde reconoce que hay tres fuentes de poder en las que la mujer demuestra su dominio: 1. Ser objeto del poder del otro. 2. Realización de prácticas y actividades que sólo ellas puedan hacer. 3. Satisfacción de las necesidades propias y que trascienden a los demás.

Así, cuando una mujer se reconoce dentro de la feminidad que ha definido el sistema heteropatriarcal y participa en las dinámicas hegemónicas de la cultura, está en función de la reproducción de este poder. El poder de las mujeres es consensual, pero Lagarde afirma que este consenso ha sido represivo porque las condiciones en que este se manifiesta han sido a través de “la fuerza divina”, todo transmitido desde una fuerza superior, mucho más grande que ellas.

Esta fuerza divina, se ve manifestada en Latinoamérica a través del sistema heteronormativo y genérico que dejó la herencia colonial y el patriarcado occidental, a través del marianismo (Fuller, 1995) que, define lo femenino desde el sufrimiento, el orden natural y divino, el cual está asociado a una "maternidad dolorosa" pero a la vez divinizada. Una madre que se somete por el bienestar de sus hijos, ya que hay un padre ausente desde una perspectiva física, económica o cultural, así como María la madre de Jesús en la tradición judeo-cristiana.

En el marianismo se define a la mujer a partir de un amor sufrido y doloroso, quien se somete a voluntad, por el bienestar de una familia y de unos hijos, pero a la vez todas sus acciones son veneradas e interpretadas como únicas, como protectora del hogar, el ser incondicional, sin maldad, impoluta, ejemplar, virginal, abnegada y sabia. Una maternidad que responde a la figura de “María madre de Dios”.

Tanto la mujer-madre como todas las personas que están adscritas alrededor de esta idealización femenina, responden dialécticamente al poder: la posición subordinada y de sometimiento que la madre asume, pero con la divinización de su rol, se permite ejercer un poder sobre ellos, a través del perdón y la sentencia, lo que corresponde a la segunda fuente de poder que Lagarde confiere través del “ser el objeto de poder del otro”. Esta estructura del marianismo, crea una figura

paterna ausente y esto reitera el papel dominante de la madre dentro de las relaciones con sus hijos:

“La mujer-madre, aunque subordinada a un lugar secundario de autoridad en la familia, tiene control sobre la socialización de los hijos, lo cual le permite un margen de negociación para disputar la satisfacción de sus propios deseos e incluir prácticas más flexibles en la formación de género de sus hijos” (León, 1995, pág. 187).

La mujer-madre se reconoce dentro de la lógica de subordinación, en el momento que se victimiza, cuando nombra y reconoce al amo, pero también comprende que en sus manos está la prolongación de determinadas conductas y creencias. En el caso de mi madre, mi abuelo fue un hombre ausente en la crianza y ese ideal sexista que carga mi madre fue enteramente construido a partir de las acciones de mi abuela. Mi abuela orientó su crianza a la definición de roles tanto que a mi madre se le dificulta ver otra forma de vida distinta.

Ahora, el poder que tiene la mujer puede tener variaciones de acuerdo a la clase, a tradición, a determinados contextos y características culturales, sin embargo, a pesar de esto, “el poder social y cultural no es fragmentario”, lo que quiere decir que las mujeres en mayor o menor medida son cautivas del poder patriarcal, a través de la dependencia.

Esta dependencia esta propiciada a través de las diferentes instituciones que tiene el sistema heteronormativo a su disposición para seguir reproduciéndose: la iglesia, la familia, el cónyuge, la maternidad, entre otras, que atan a la mujer a sus cautiverios. Allí juega un papel importante la afectividad debido a que el ideal de mujer es de un humano que se entrega a otros y está al servicio de los demás, esto hace que la mujer se autorregule, sea su propio custodio y policía. De hecho, Lagarde, reconoce que la mujer misma se transforma en una especie de mecanismo de poder y en una extensión del Estado, al procurar que la norma se cumpla siempre, ya que incluso ella misma teme al cambio, al no reconocer otra forma de vida y de ser diferente a lo que el sistema le ha dado. Por eso, el cautiverio se construye desde la subjetividad y el cuerpo de la mujer.

“El principal carcelero de las mujeres son sus necesidades y su conciencia, es decir su subjetividad formada, apoyada y reproducida por el conjunto de relaciones y de instituciones económicas, sociales, jurídicas, religiosas, eróticas y políticas, que hacen a las mujeres cumplir un orden social convertido en orden vital cósmico” (Lagarde, 2005, pág. 165)

La dependencia, es una característica propia de las relaciones sociales y son necesarias para la subsistencia de los seres humanos, la unión de fuerzas hace que podamos sobrevivir en este mundo, sin embargo, cuando esta dependencia no es recíproca y hay un lado que dependa más del otro, esto permite que el que tiene la balanza a su favor se aproveche de ello, ya deja de ser necesario y se convierte en dominación. Esta forma asimétrica de relación, es claramente una relación de poder. Históricamente la mujer ha dependido del hombre, de sus inventos culturales y sociales, lo que provoca su cautiverio. Como en el caso del marianismo, se crean mecanismos ideológicos que siguen consagrando la idea de la separación de los géneros y mantiene la jerarquía. Lo masculino, entendido como Dios, sigue manteniendo su estatus poderoso, un ser supremo e inequívoco. Lo femenino desde la virgen María y la naturaleza, es donde se perpetúa ese ideal materno. Aquí lo femenino siempre va a depender de la voluntad de lo masculino y a esta relación asimétrica se le denomina “dependencia vital”. Esta dependencia es entendida por Lagarde, como indispensable para que la mujer pueda vivir en el mundo, lo que coloca a la mujer en una posición inmadura e infantil.

Aun así, esta dependencia es multifacética y puede variar en cada una de las mujeres, desde su experiencia de ser mujer. Es importante esta experiencia individual, como lo mencioné en un apartado anterior, haciendo énfasis en la concepción de subjetividad abordada desde los Estudios Culturales.

Finalmente, quisiera reconocer cómo el sistema heteronormativo-genérico-patriarcal es capaz de reproducirse en los cuerpos y transforma las relaciones de poder de acuerdo a la historicidad que les cobija. Indudablemente, la cultura y la tradición son instrumentos que movilizan la opresión y esto no es voluntad ni de las mujeres, ni de los hombres, sino del sistema heteronormativo-genérico-patriarcal, el cual hace que las mujeres habiten en un espacio de subalternidad.

Capítulo II

Sexo y sexualidad



Ilustración 2. L'Origine du monde (El Origen del mundo).

Gustave Courbet

En este apartado quiero retomar mi relato de cuando estaba en Villavicencio y el momento en que mi cuerpo empezaba a madurar. Aquí, surgieron los primeros brotes de una intensa relación con mi cuerpo.

Empecé a tener encuentros eróticos con chicos de mi edad, a veces no me sentía tan cómoda, lo hacía más por agradar, sin embargo, mi mundo se abrió intensamente cuando por primera vez besé a una niña.

Allí, a una corta edad empecé a sufrir por amor. Una de las chicas más preciosas que había en el barrio, que, como yo, estaba en etapa de exploración. Esos amores no se olvidan, en especial cuando todo se daba bajo las cobijas y es tan prohibido que no se sabe, si lo que se siente en el estómago es adrenalina por el pecado o si son revoloteos de mariposas salvajes enamoradas. De ella, sé que se casó e ingresó a una iglesia cristiana.

De los 10 hasta los 13 años de edad pude experimentar diferentes cosas respecto a mi cuerpo y de acuerdo a esto, pude identificar con claridad mis apetencias, que no dejaban de producirme horror y miedo.

Nueva Granada

A mi papá le empezó a ir mal económicamente, tuvimos que marcharnos de allí y nos fuimos a vivir a un barrio algo apartado del casco urbano, Nueva Granada, ese fue el principio del infierno. La casa donde llegamos se debía compartir con 2 familias más; un amigo de papá, su esposa y su hija. Un joven conductor de bus, su esposa de apenas 15 años con un embarazo encima y su pequeña hija de apenas 8 meses. El espacio que teníamos en común era la sala donde nosotros teníamos los muebles y nuestro gran televisor.

De la casa al colegio había un trayecto largo. Una de esas tantas veces, mientras caminaba, el joven conductor, me dijo si me llevaba, no le vi problema, vivía en mi casa, ¿qué malo podría pasar?

A una cuadra antes de llegar a las puertas del colegio, el joven me tomó y me besó a la fuerza, metió su lengua hasta el fondo, yo no supe qué hacer, me asusté,

cuando él me soltó, dijo que, si quería ser su novia a escondidas, no supe qué decir y solo me fui.

Este tipo de experiencias, las cuales hacen parte de la categoría de abuso, en un principio no tuvieron resistencia de mi parte, de hecho, en unas parecía que me gustaba hasta un punto, pero al rebasar este punto se convertían en algo aterrador. No sé a qué se deba esto, lo considero desde la posición sumisa que conocí de niña con mi madre, respecto al trato que un hombre pueda tener conmigo, sin embargo, me hace pensar que tal vez sea una representación más de un espíritu generalizado, una cuestión que no afecta únicamente a las mujeres por cargar en sus ovarios la historia de su linaje, sino la historia de un país que ha cargado tanto el egoísmo, la violencia, la sumisión hasta el punto de convertirse cómplice. Entre más recorro mi país, más atónita y sorprendida me siento, al ver reproducir una y otra vez este tipo de patrones, así me afecten o no directamente, cada día compruebo más que estamos enfermos de conciencia.

Este abuso sucedió varias mañanas. Una vez me dijo que lo acompañara a hacer una ruta y yo fui con él, no recuerdo sobre qué hablábamos, yo solo pensaba en las cosas que pensaría su joven esposa, y si ella sospechaba, la verdad nunca medí las consecuencias de eso, solo dejé que pasara. Nunca tuve relaciones sexuales con él, no recuerdo si me tocó, pero me dio una dimensión distinta acerca de mí.

El sentirme deseada, el sentir que mi relación con los hombres estaba en satisfacer, me hizo ver mi cuerpo de esa manera diferente, ya no era una niña, ya mi cuerpo adquirió otro significado que ni siquiera yo entendía. Solo pensaba que esto pasaría rápido, mientras ellos obtenían lo que deseaban.

Mientras tanto, entre tantas tardes en el sofá de mi casa, no recuerdo por qué mi madre me dejaba sola y por qué no quedaba nadie, solo el amigo de mi papá. Ese día se sentó a mi lado, me preguntó que, si alguna vez yo había tenido relaciones, le dije que no, que nunca, yo tenía 12 años de edad, me dio un trozo de papel y me pidió que dibujara un pene. El hombre me preguntó si quería ver uno,

accedí, así que me pidió que cerrara los ojos. Al abrirlos de nuevo, allí había un pene “grande”, erecto y me pidió tocarlo, lo hice por curiosidad.

Estas jornadas se repitieron con el amigo de mi padre, incluso con mi mamá en la casa. El joven conductor y su familia se fueron de la casa, así que había más rincones de la casa donde el amigo de papá podía mostrarme su miembro. En ese entonces no dije nada, porque me llenaba de intriga, me parecía excitante. Las cosas dejaron de ser excitantes cuando me empezó a ofrecer dinero y me quería tocar.

El cuarto de mi hermano y mío, quedaba en frente del cuarto de la familia de este amigo de mi padre. Una mañana desperté y estaba este hombre masturbándose en mi cara, me levanté asustada y él salió corriendo.

Las cosas se pusieron cada vez más fuertes, él me contaba de sus casi encuentros sexuales con todas las niñas del barrio. Sentía que la situación ya se estaba sobrepasando, cuando él empezó a hacer ciertos ademanes por tocar mi entrepierna. Así que, una tarde le dije todo a mi mamá, ella horrorizada fue a contarle a mi papá y lo único que él dijo, fue que quizá yo lo vi sin culpa y que eran inventos y exageraciones mías. Los adultos se vuelven cómplices del abuso, se tiene tan naturalizado que, si no hay consecuencias físicas, no hay problema. Existe una idea tan limitada y a la vez tan cómoda acerca de esto, que lo más simple es ignorarlo y para poder así, continuar como si nada.

Realmente no sé por qué mi papá nunca hizo nada al respecto. Años después mi padre le dio trabajo a este hombre y a pesar de vivir en otra casa, mis padres permitían que él durmiera en nuestro hogar.

Odié a William, le tenía miedo, asco y me sentí tan indefensa. Dice mi papá que a este hombre lo desaparecieron, nunca más se supo de él, no hay rastro de él sobre la tierra, hay muchas especulaciones al respecto, quizá por abuso, por deudas, en fin.

Paralelo a todos estos sucesos, y a la par de cómo iba descubriendo mi condición de ser mujer, tuve una pequeña e inocente aventura con una niña del barrio, aprendí a dar besos intensos, yo era dos años mayor que ella, yo tenía 13 años y ella 11. Me sentía como la niña mayor más experimentada. Ella iba mucho a mi casa, fue fascinante, sin embargo, su hermana mayor se había vuelto mi amiga y en ese torpe deseo de hacer amigas, le confesé lo que sucedía con su hermana. Fue horrible, todo el barrio lo supo, a la niña la pusieron en tratamiento psicológico para “corregir el daño”, me culparon, me condenaron. La madre de la niña fue a buscar a mis padres, se armó un escándalo y mi madre se defendía diciendo que “se iban a saludar y sin culpa se dieron un beso. ¿Cierto que es así Fernanda?” yo asentía con la cabeza, no podía hacer más.

Las niñas del barrio empezaron a insinuar que yo las asediaba, muchas a las que William había tocado. La relación entre mis padres se volvía violenta, el sometimiento de mi madre era más agudo e incluso mi hermano odió a mi padre por mucho tiempo.

Todo esto me cuestiona: ¿por qué no se atiende cuando un niño o niña avisa acerca de un abuso?, ¿por qué resultaba más escandaloso que me besara con una chica que un hombre me enseñara su pene y se masturbara en mi cara?

Seguramente más de una persona que lea esto no le dará tal importancia, claro, no hubo penetración, ni violencia física, no me tomaron a la fuerza, mi cuerpo estaba tomando una forma adulta y además guardé silencio. Este tema se denuncia una y otra vez, que ya se vuelve asombrosamente habitual. No seré la primera y lastimosamente no seré la última, mientras sigamos con los mismos patrones sociales y culturales.

El silencio impera mientras el hombre hacía lo que hacía con una niña. William no solo me asedió a mí, fueron muchas más las niñas quienes vivieron este tipo de abuso. Tuvieron que pasar muchos años y ser otro el escenario para que un hombre así desapareciera. Sería ingenuo y enfermo asegurar que los adultos no sabían, ellos sí sabían, no solo mis padres, pero cuando se trataba de un encuentro

entre dos niñas, se encendieron las alarmas. De este hecho me queda que nos distanciaron e inmediatamente a ella la internaron para iniciar un tratamiento psicológico, condenando la acción como “anormal” solo porque experimentó su vida sexual, tan común en la pubertad, pero como fue con una persona del mismo sexo, esto no podría ser más que una anomalía a corregir; y que con la experiencia de este hombre, que se tomó como un caso individual, la verdadera justicia no se hizo, más solo quizás fue la justicia por mano propia, la que no cojeó.

Somos una sociedad donde silenciamos un abuso cometido por adultos, naturalizamos esos hechos, pero condenamos un beso de dos niñas, que ni siquiera tenían certeza de sus apetencias. ¿Y si el beso hubiese sido con algún chico?, ¿será que lo hubiesen puesto en tratamiento psicológico?



En el contexto heteronormativo, estos hechos de abuso no adquieren la relevancia que se necesita para poder cuestionarlos, de hecho, Lagarde (2005), afirma que es una forma de reiterar la supremacía masculina y que no es necesario que exista la penetración o la fuerza física para que esto se dé, sin embargo, para la sociedad no es abuso mientras el coito no exista. A esto le denominó violencia erótica:

“... la síntesis política de la opresión de las mujeres, porque implica la violencia, el erotismo, la apropiación y el daño. Es un hecho político que sintetiza en acto, la cosificación de la mujer y la realización extrema de la condición masculina patriarcal.” (Lagarde, 2005, págs. 259-260)

La violencia sexual busca apropiarse del cuerpo de la mujer y desplegar sobre él la legitimidad que socialmente se le ha permitido al patriarcado representada a través de los cuerpos masculinos. La violencia erótica se puede dar a través de la seducción o de la manipulación y esta funciona a través de la vergüenza, la culpa y el miedo.

Era particularmente complejo entender en mi lógica infantil, a qué se debían estos abusos, de hecho, nunca lo vi como abuso, ni siquiera lo cuestioné y de alguna manera, terminé naturalizando, alimentando la libido con estos hechos que se volvieron normales para mí, a pesar de la incomodidad.

Ahora, en la edad adulta llega un punto que resulta vergonzoso quererlo entender y asumir, pero ahí radica el problema ¿por qué debo sentir vergüenza por algo que no fue mi culpa?, ¿por qué debo avergonzarme por la forma en que los otros interpretaban mi cuerpo?, ¿por qué me avergüenza asumir que lo naturalicé? No tenía más de 13 años cuando todos estos sucesos ocurrieron.

Como sujeto de herencia subalterna, se nos hace creer que tenemos la culpa, que todo esto ocurría porque lo permitimos, sentir vergüenza por el hecho de que me generara un despertar en la libido. Esto, jamás le va restar responsabilidad al abusador y no deja de mostrar la imperante relación de dominación en los hechos. No soy la primera ni la última en vivir situaciones similares y en especial, en este ciclo de niña-mujer. Es casi una “normalidad” escuchar historias iguales o peores a todas las mujeres que conozco. Para muchas es vergonzoso y quedan en el anonimato e impunidad.

Es así que, las relaciones de poder se hacen emergentes cuando hay una interacción asimétrica. En el caso de los abusos que mencioné anteriormente, se deja ver cómo se inscriben en el cuerpo de la niña-mujer, la segmentación corpórea que toma significado de acuerdo a una motivación dominante. Hay órganos que son utilizados para reiterar la lógica heteropatriarcal, ciertos órganos en el cuerpo feminizado sirven como catalizadores de deseo y de posesión. Esto, mientras es direccionado por el adulto-varón, quien se posiciona como “el jefe” y “el guía”. No es gratuito ver mujeres jóvenes con hombres mucho mayores en relaciones emocionales/sexuales.

Aquí me gustaría utilizar la idea que tiene Preciado (2011) acerca del sexo como “*una tecnología de dominación heterosocial*”, donde se hace un énfasis en el cuerpo, en especial en esas zonas catalogadas socialmente como erógenas que,

cuando se les atribuye significados de placer, permiten una distribución asimétrica del poder dentro de la teoría de género. Se reitera esa división no solo entre hombre y mujer, sino también en el cuerpo de la mujer, cuando hay ciertas áreas sexualizadas, que adquieren significados que escalan desde hechos anatómicos hasta hechos en la vida social, y con la misma lógica con la misma lógica en la que estos hechos normalizan un cuerpo, también lo excluyen a través del sexismo.

Esto va de la mano con la expresión de Rita Segato (2016) "*patriarcal-colonial-modernidad*" cuando alude a la prioridad del patriarcado en la apropiación del cuerpo de las mujeres, donde las prácticas de poder se ejercen mientras exista un mecanismo de apoderamiento a través de la sexualización del cuerpo con propósitos de sometimiento. A pesar de las luchas y resistencia que se han iniciado, estas resultan una amenaza a una estructura vertebral y hace que los mecanismos de poder estén en constante movilización. Hablamos de dos realidades sociales, una en que está la idealización de los sujetos y a partir de eso se generan los reguladores sociales que normalizan nuestras prácticas, pero esta otra realidad, permite circular un abusador y naturaliza dinámicas a pesar de ser éticamente dudosas, no son amenaza, ni ponen en peligro un sistema ya constituido.

Tanto Preciado (2011) como Butler (2005), argumentan la imposibilidad que resulta salir de patrones culturales hegemónicos, siempre nos van a obligar el definirnos, el tener una etiqueta, se le puede cuestionar, pero verán la forma de seguirse reproduciendo. Asumirnos a través del paradigma de la masculinidad y la feminidad surge de una transmisión social, como lo ilustré en el primer capítulo, donde los roles se van definiendo a partir de un modelo normativo ya dado. Este sistema tradicional tiende a reproducirse y a naturalizarse, lo que dificulta la identificación de situaciones de abuso, se borra la línea, no hay mucho espacio para cuestionar hechos específicos de conflicto y violencia.

Este significado que se le va dando al cuerpo, se naturaliza por ambas partes, tanto en el abusador como en mí, “yo niña”. Aquí hay una línea importante para reflexionar y es, el placer que de alguna manera se empezaba a generar pero que, a la vez, me iba generando malestar y sometimiento. El placer surge del avivar una libido que se estaba empezando a manifestar en los procesos de maduración de mi cuerpo, porque a pesar de que hayan sido hombres, las personas que estimularon esto, la energía sexual que surgía a partir de ello, se empezaba a concentrar en mi objeto de deseo, las mujeres.

O sea, la energía sexual se hizo tangible con estos estímulos, pero mi objeto de deseo no era el mismo que generaba tales incitaciones. Preciado (2011), conversa con esto, con la transmutación del deseo y del objeto del deseo, con la posibilidad que tenemos los seres humanos de navegar sobre varios de sus linderos y la identificación.

Ahora bien, esto no le quita la responsabilidad al abusador, a pesar de alimentar una libido, también queda un rastro de dolor que repercute en la forma de relacionarme con mi cuerpo. Como lo mencioné en la narrativa, incluso toma años entender esto, entender la violencia a la que los cuerpos fueron sometidos. Me pregunto entonces, por qué genera tanta vergüenza contar estas historias, por qué nos cuesta identificar el abuso. Ese ideal que se tiene sobre la feminidad, como impoluta, complemento del hombre, ejemplo de moralidad y que resulte irrumpido por el abuso, genera vergüenza y nos hace pensar que no tenemos el valor suficiente para ser respetadas o para dar una correspondencia a esa lógica femenina

Así que, en esta línea y volviendo a la narración, estos hechos no son aislados a una historia familiar, desde una perspectiva de la tradición. La tradición no se reproduce por sí sola, sino que lo hace a través de nuestros cuerpos y las prácticas sociales. León (1995), atribuye que la voz femenina como la madre participa en la producción y reproducción cultural. El autor resalta cómo ese rol de “lo privado” empieza a tener una importancia en la esfera social y asegura que:

“Las negociaciones de las madres pueden darnos pistas sobre el desarrollo de discursos multivalentes sobre género, y contribuir a cuestionar los supuestos naturalistas que fundamentan las diferencias entre hombres y mujeres y que justifican la superioridad social masculina” (1995, pág. 187).

Esto me permite afirmar específicamente, cómo a través de mi cuerpo y mis prácticas, se va reproduciendo ese modelo de sumisión y no cuestionamiento. Pero también me permite demostrar que dentro del hogar existe la posibilidad de resistencia y transformación, pero para esto, hace falta la ampliación de la conciencia o por lo menos otras distinciones acerca de la vida. Sin embargo, esto se dificulta cuando estamos hablando de una familia que viene estrechamente relacionada con una tradición religiosa judeo-cristiana, donde las verdades no existen y se esencializa el significado de la existencia, donde somos propensos al abuso, a verlo como natural, a temerle y solo dejar que ocurra, como el señor hace con nosotros, *“lo que sea la voluntad del señor”*.

No quiero decir con esto, que exista una conciencia plena de una transmisión acerca de la sumisión del cuerpo feminizado, lo que pretendo es demostrar con mis experiencias, lo que Ahmed denominó *“modelo de contagio emocional”* (2015) me siento triste, porque tú estás triste; estoy callada, porque tú callas; tengo miedo, porque tú tienes miedo. Y cuando se trata de niños y niñas, es más proclive que esto se desarrolle. Se expone, cómo las emociones terminan siendo un “contagio”, se transmiten entre los cuerpos y terminan reproduciendo prácticas sociales, que al mismo tiempo van construyendo esa realidad individual.

Aquí insisto en el ejercicio de hacer conciencia de la procedencia y de las relaciones de poder que a lo largo de nuestra historia nos han construido, así identificar qué es lo que tengo inscrito inconscientemente en mi cuerpo, resignificar hechos, como este caso, los hechos de abuso. Esto crea la necesidad de asumir una posición política o por lo menos consciente frente al modelo normativo hegemónico.

Siendo así, es importante cuestionar el límite en que la infancia se subalterniza, igual que comprender que hay procesos complejos de construcción de identidad que van definiendo nuestras relaciones sociales. Se hace necesario criticar rituales normalizados, como la celebración de los quince años, que se entiende como la transición de un cuerpo infantil a un cuerpo reproductivo, sexuado y listo para ser ofrecido.

Carol Rambo Ronai, en su texto *“Múltiples reflexiones sobre el abuso sexual infantil: Un argumento para una narración en capas”* expone su experiencia de abuso infantil a través de un análisis etnográfico, allí afirma que, “si la supremacía masculina y las familias patriarcales fueran eliminadas, el incesto y otras formas de violación serían eliminadas” (2019, pág. 133).

Con todo esto, cuando no existe una correspondencia directa al modelo normativo, empieza a surgir una lucha profunda en la identidad. En mi caso, estaba en un proceso de construcción de identidad, esta se va dando a partir de las interacciones sociales y culturales, de los recursos que la tradición y el contexto ponen a disposición, y al ver que mis apetencias sexuales no estaban en correspondencia con la heterosexualidad dominante, esto daba cabida al conflicto y allí es donde se dan los primeros visos de una auto-interpelación que juega un papel de verdugo y regulador. En mi mente y cuerpo, yo misma me condenaba, porque tenía como base una idea sobre lo que era correcto y normal. A pesar de lo fuerte que el sistema normativo pudiera ser, no dejaba de sentirme diferente.

Es así como la cultura se entiende a partir de las narrativas de poder y cómo estas se interiorizan y poco se cuestionan, hasta el punto de gobernar nuestro propio cuerpo y mente, donde nosotros mismos terminamos creando paradigmas reguladores de nuestras acciones y negando una verdad, como mi lesbianismo.

Para Stuart Hall (2019), la relación que existe aquí entre la cultura y el poder se basa principalmente en el sistema de significaciones en que se levanten estas prácticas sociales, porque a través de este no solo se regulan las conductas, por ejemplo, el que se sienta culpa y vergüenza, o que solo con coito se pueda

legitimar un abuso, sino que también permite ver quién es el que tiene el poder, en mi caso un sistema heteronormativo-patriarcal representado a través de estos determinados hombres.

Este sistema de significación sirve para crear todo un sistema clasificatorio que es otra forma de regulación cultural, ya que define los límites de las conductas sociales, la práctica humana e incluso la manera en que nos identificamos en el mundo.



Artisanos de la vida

“El vivir, día tras día se hace más relativo. El considerar cada mañana un dictamen de actos que he de realizar, y lo más escandaloso de ello, es que, aunque sean igual, su esencia cambia, como si un día implicara una vida y una persona nueva, y cada vez que termina la noche, no sé qué tan buena es esa nueva vida. Hay ocasiones en que experimento alegría, otras melancolía, temibles desesperos y angustiosas dudas, cada cual predomina en su día de poder, muy pocos son derrocados.

Solo quiero huir de mí, descansar de todo esto, no quiero pensar, no quiero moverme, no quiero amar, no quiero odiar, no quiero navegar en trivialidades, no quiero anhelar mi pasado, ni desear mi futuro ¿dónde está ese lugar donde no me pueda encontrar, donde no me tenga que escuchar, ni hablar?”³

Con la fallida separación de mis padres, nos fuimos a vivir de nuevo a Bogotá. Ya a esta edad empecé a sufrir por sentirme “diferente”, me moría por explorar con otra mujer, así que, empecé a tener sueños lésbicos, pero no quería ser

³ Texto tomado de mi diario, escrito en el 2008.

lesbiana, tenía un fuerte recelo por eso, tenía pavor. Me decía que quería un esposo y unos hijos, pero es increíble cómo los pensamientos, los sueños y el diario vivir, consciente o inconscientemente se ven envueltos en la angustia y desesperación por el deseo no cumplido.

Nadie que conozca quiso ser homosexual o lesbiana, ¿quién quiere que su familia lo rechace?, ¿a quién le gusta sentir el desprecio de sus padres?, ¿cómo me verán los otros?, ¿por qué soy anormal, será que Dios no me quiere? Esto pasará, dicen. Esto hace parte de la identidad sexual de una persona, después encontraré un buen hombre y tendré una familia.

Así intenté tener novio un par de ocasiones: con el chico de enfrente y con un compañero del colegio, me gustaban desde un punto muy básico. Me era imposible disfrutar un beso. Me obligaba a sentir. La culpa nunca fue de ellos, fueron unos hombres muy dulces y comprensivos, pero no podía evitar sentirme así.

Justo en este tiempo, en la lucha interna de reconocer mi gusto por las mujeres, me vinculé a un grupo de formación humana, ahí conocí a mis mejores amigos, con los que aún mantengo contacto. Esta parte de mi vida fue de un aprendizaje especial, era el grupo de esos niños “marginados”. Con el tiempo me di cuenta que la mayoría de los chicos y chicas que participan, resultaron ser homosexuales y lesbianas, por pura coincidencia o por lo menos no una consciente, pero mientras estuvimos en el grupo nadie fue abierto con eso, de hecho, empezamos un largo proceso por superarlo, aunque el objetivo del grupo nunca haya sido ese. Ser una mejor persona y un de ser luz, implicaba desprendernos de la carne y resignificar la sexualidad.

Pertenecí desde entonces a este grupo de personas, liderado por un joven brillante, con intenciones altruistas y como todos los procesos, en especial los formativos, estaban aún en un proceso de ajustes y resignificaciones, que con el tiempo se fueron dando. Gracias a este grupo de formación humana, pude desvirtuar muchas cosas que para mí eran naturales, nos dieron inicios de la estructura social y trabajamos con los miedos más profundos. En este selecto grupo

se empezaron a hablar temas en relación a la sexualidad, la espiritualidad, se dio cabida a las discusiones religiosas como, qué es el infierno, el cielo, las energías eternas y la desvinculación de la vida material, practicamos yoga e incluso intentamos practicar el vegetarianismo. También se dio cabida a discusiones sobre la construcción social y la reflexión de cómo estamos contruidos por dentro y a qué se lo debemos.

Uno de los momentos más fuertes, fue pretender superar la homosexualidad y que esto se agudizaba aún más, al interiorizar el discurso mesiánico y redentor, que nos obligaba asumir un compromiso con la sociedad. Se decía que el pene y la vagina estaban diseñados para conectarse uno con otro. El órgano femenino está diseñado exactamente para un pene y no para otra cosa. Esta conexión permitía que fluyera energía de los chacras, siempre ilustrada desde el símbolo del infinito, no en vano la vida surgía de este vínculo. Una conexión de órganos similares no permitía que fluyera la energía.

Aparte de despreciar esta parte de mí, el malestar que esto me producía y mi constante negación por la atracción física por las mujeres, ahora debía sumarle el desequilibrio espiritual que esto producía. Nunca quise una vida eterna, pero no quería ser devorada por las energías malignas. Este discurso me obligó a tener una abstención sexual desde los 15 hasta los 21 años de edad. Escribí en un pequeño cuaderno, le escribía a mi renuncia; me escribía a mí misma que era lo mejor y que la vida nos había elegido para hacer algo mejor que esto, que éramos las manos de Dios.

En el año 2007, me gradué como bachiller y al año siguiente, di algunos de estos talleres en el colegio donde había acabado de salir. A este joven líder, le quitaron la oportunidad de seguir desarrollando estos talleres y hasta ahí llegó ese proceso como tal, y se transformó en una red más amplia con otro tipo de procesos, que hasta hace poco se disolvió.



Esta experiencia con el grupo muy bien se podría comparar con adeptos religiosos o cuando una empresa pretende encubar sus ideales y pertenencia a sus empleados. Somos una sociedad donde todavía está permeada esa idea del redentor, el discurso antropocentrista de que somos seres especiales y únicos, que permite fácilmente la represión del cuerpo. Encontramos de nuevo el mecanismo de controlar qué se hace a partir del sexo, qué se me permite hacer y qué no se puede al tachar la homosexualidad como “incorrecta”, ya que de allí no surge la vida, limita y entra de nuevo a esas lógicas esencialistas que biológizan hechos sociales, reduciendo la vida misma, mi vida, a una represión que yo permití, de un discurso que yo creí basado en limitados argumentos biológicos.

Un día me levanté y me dije que prefería que esta energía nunca fluyera, puesto que significaría entonces tener que pasar el resto de mi vida al lado de un hombre sintiéndome enteramente miserable.

Como lo mencioné, nos otorgaron la posibilidad de “resignificar” la sexualidad, nos delimitaron un camino y en el cual íbamos a encontrar la luz, en fin. Es así que de manera directa y experiencial vivo lo que para Stuart Hall (2019) reconoce como la tercera forma de regulación, donde se hace un trabajo directo sobre las *subjetividades*: produciendo o construyendo nuevos tipos de *sujeto*, a través de un nuevo *régimen de significados y prácticas*.

Éramos seres especiales, porque no éramos como el resto de personas y por ser así, teníamos la responsabilidad de cambiar lo que había allí afuera, aquello que no era nosotros. Lo mismo que hacían los grandes líderes, a pesar de nosotros mismos. El sujeto, reprime ya ahora de manera “consciente”, porque existe una motivación aparente y “superior” para hacerlo.

Es así como se alinean los objetivos de un grupo sobre las motivaciones personales e individuales, haciendo creer que es propia esa dirección, que ese era mi camino, que esta es la razón de nuestra existencia y que se debía trabajar para eso. Esto era lo que el sentido común⁴ dictaminaba. Claramente, existía un sufrimiento, pero un gozo por hacer lo correcto.

La subjetividad y el cuerpo, respondiendo a lo que se ofrecía como correcto, sin necesidad de violencia o cualquier tipo de coerción, la seducción a través de un discurso antropocéntrico, propio de una cultura religiosa y tradicional, se hizo más fuerte y perdurable.

Era contradictorio, pero como nos hacía seres “especiales”, no reparamos qué era exactamente la misma estructura que tanto se criticaba. La sexualidad y el cuerpo, terminaban siendo satanizados, negados, encontrando una nueva forma de reproducción del sistema heteronormativo, querían hacernos pensar que éramos diferentes y luchábamos contra un sistema tirano, cuando nosotros mismos encarnábamos el sistema, pero con otro nombre, con otras palabras, con otros recursos.

Una de las formas en que se trabajaba, era a través de la identidad sexual. En mi contexto problematizador, vuelve la idea del sexo como artefacto regulador, que es utilizado para disgregarnos en grupos sectarios, así reiterar la diferencia y encontrarnos en esa teoría del género, que delimita características y nos coloca etiquetas “la vagina está diseñada para recibir un pene”:

“El sistema heterosexual es un aparato social de producción de feminidad y masculinidad que opera por división y fragmentación del cuerpo: recorta órganos y genera zonas de alta intensidad sensitiva y motriz (visual, táctil, olfativa...)” (Preciado, 2011, pág. 66)

⁴ Para esta categoría acudiré a la definición de Eduardo Restrepo “... se refiere a la contradictoria y no formalmente destilada “concepción del mundo” que no solo se expresa en las formaciones ideológicas, sino que también se encarna en las prácticas y modos de vida. (...) No pura falsa consciencia, error y engaño, como desde una larga tradición ha sido entendida la ideología; sino más bien concepciones, antaños y recientes, no formalmente reflexivas incrustadas de disimiles maneras en las ideas y prácticas con las cuales pensamos (o no), experimentamos (o no) e intervenimos (o no) en el mundo” (ARTILUGIOS DE LA CULTURA: APUNTES PARA UNA TEORIA POSTCULTURAL, 2019, pág. 68)

Sin embargo, no se puede olvidar que hay una estructura psíquica que no se maneja a voluntad:

“La relación entre lo psíquico y lo social, o sea, entre constitución mental y exigencias culturales, es conflictiva porque "los mandatos culturales nunca satisfarán las demandas psíquicas y la vida psíquica nunca encajará fácilmente en las exigencias culturales"(Lamas, 1995, pág. 66).

Mi objeto de deseo era distinto a mi identificación de género, lo que me empezó conflictuar, a cuestionarme y sentir que no estaba encajando. Esto es un proceso psíquico que no pasa ni lo por la voluntad, ni la conciencia. Sin embargo, mi contexto cultural, vendió la idea de una heterosexualidad simbólica, en el caso del grupo, de una conexión única y de vida, sustentándose a través de hechos biológicos, que resultaron tan efectivos que limitó mi deseo sexual por casi 6 años.

Es así como se vuelven a encontrar los dos ejes reguladores, la homofobia y el sexismo. La homofobia se manifiesta a través del discurso de la teoría del género, donde hay una inversión a la norma que se ha adoptado y asumido como natural.

La homosexualidad y el lesbianismo es un invento y residuo de la civilización occidental (Rich, 1996), ya que la homosexualidad se entiende como las relaciones sociales en las que se levantan los seres humanos con las mismas características sexuales (Lagarde, 2005) y casi todos los ámbitos e instituciones donde nos desarrollamos y construimos socialmente están organizados a través de la matriz genérica, que separa los hombres de las mujeres, aunque esto ideológicamente no sea asumido:

“La cultura patriarcal de sólidas bases heterosexuales no sólo segrega a los sujetos, sino que, políticamente, fomenta la homosexualidad masculina y femenina. Los hombres reconocen como sus iguales a los hombres y ponderan la relación (laboral, artística, política, amistosa) entre ellos. Como contrapartida se fomenta el homoerotismo femenino al convertir a las mujeres —para todos y todas— en objetos eróticos” (Lagarde, 2005, pág. 235).

Sin embargo, el patriarcado ha tomado este concepto y lo significa a través de la prohibición, donde la homosexualidad y el lesbianismo son asumidos como

las relaciones de individuos del mismo sexo, con una interacción homoerótica que será su espacio y su fin. Es así, como hay una inversión de la norma, para disgregar y crear la diferencia, de allí el surgimiento de la homofobia, que es una práctica sin fundamentos, irracional y contradictoria de acuerdo a la organización genérica en la que se irgue en esta cultura.

Esta contradicción explica por qué para los Estudios Culturales la cultura es asumida como un espacio de disputas, resistencias, disidencias, donde pone en cuestionamiento la rigidez de un sistema dominante a través de la coyuntura, en este caso de un sistema heteronormativo-genérico-patriarcal con las disidencias sexuales.

“la cultura opera también como terreno de disputa, resistencia, disidencias y fugas. Así, se ha constituido no sólo como una particular forma de ver-conocer el mundo (con sus concomitantes cegueras-desconocimientos), sino de producir-administrar-disputar el mundo” (Restrepo, 2019, pág. 86).

Así, diferentes culturas a lo largo de la historia de la vida humana, han hecho partícipe la homosexualidad y el homoerotismo para significar sus relaciones sociales, sin embargo, el sistema de significados culturales y la historicidad los acepta o no. De nuevo aparece el sistema clasificatorio de Stuart Hall (2019) o sea el sistema heteronormativo-genérico, que regula las conductas y se constituye y reproduce en los cuerpos y las subjetividades.



La universidad

Casi un año después de la muerte de mi abuela, me presenté a la Universidad Tecnológica de Pereira, hace mucho tenía mis carreras definidas, sería antropología o una licenciatura en letras y pasé a esta última.

La relación de mis padres hace mucho estaba fragmentada, los maltratos, las groserías y un ambiente reticente eran el pan de cada día. Por todo esto, le propuse a mi mamá que se viniera conmigo a iniciar una nueva vida.

Mi madre acepta, por fin se separaba de mi padre. Mi padre nunca dijo nada, no preguntó por qué nos íbamos, tampoco se opuso, solo se despidió. Con él se quedó mi hermana menor con 14 años de edad y la historia de nuestra familia junto a él.

Universidad Tecnológica de Pereira- “Todos los nombres”

A Pereira llegué con 19 años de edad, la universidad la conocí el primer día de clase. Los primeros semestres fueron de adaptación, de asumirme de manera diferente y conocer personas. Todavía tenía la idea de ser especial y de hacer cosas por el mundo, pero poco a poco nos vamos dando cuenta que no funciona así, que este pensamiento viene de un origen muy ingenuo y optimista, por ello siempre he pensado que uno se vuelve adulto cuando deja de lado estas ideas, no digo que lo dejé de lado del todo, pero ya sé que no soy la salvadora del mundo, ni que mi acción va a hacer la diferencia, pero está bien si estoy, si existo, si soy, sin pretender ser alguien especial o las manos de Dios.

Amo la idea de José Saramago en su libro “Todos los nombres”, es la historia de don José, un funcionario de una registraduría, que trabaja por años en lo mismo, casi nadie lo recordaba y en su afán por darle algo de sentido a su vida, empezó a coleccionar recortes de revistas de personas famosas, lo sabía todo, incluso, llegó a tomar sus registros civiles para completar la información. En fin, este fetiche lo llevó hasta el registro de una desconocida y de allí se desprende toda una aventura, que hace recorrido por la vida de la extraña hasta descubrir que hasta hace muy pocos días se había suicidado. Mi punto es, lo precioso de vivir en el anonimato, es que seres ordinarios terminan haciendo cosas extraordinarias, sin que nadie más que ellos lo sepan. Mientras don José se quedó dormido junto a la tumba de la recién fallecida, el sepulturero intercambiaba las lápidas, nadie sabía

dónde estaba el muerto que correspondía a la lápida y estaba bien, era perfecto. La bella metáfora de estar en la tranquilidad del anonimato.

Retorno

Con mi madre en la casona en la que vivimos, parecía que la historia de mi abuela se volvía a repetir con mis tíos, la mujer destinada y relegada a la cocina, los hombres con toda la posibilidad de ayudar en sus días libres y no movían un pelo porque eso no les correspondía. Con esto, mi malestar se fue intensificando, hasta el punto de gritarle a mi madre y decir que nunca quisiera ser como ella.

En mí empezó a nacer una especie de desprecio por ella, por permitir el abuso de ese nivel durante toda su vida. Ahora mi madre no solo soportaba el trato de mis tíos, sino también mi ultraje. Yo no entendía por qué permitía eso, ella los justificaba en todo, prefería tragarse todo antes de quejarse, era la viva estampa de la virgen abnegada y relegada. De alguna manera esto la hacía sentir orgullosa, el soportar en silencio, porque Dios sabe cómo hace sus cosas y a ella le espera una recompensa en el cielo o con sus hijos.



Aquí vemos un claro ejemplo, de que el sistema normativo no solo se limita a las familias nucleares, sino que se sigue reproduciendo en otras dinámicas sociales, sin embargo, estas son facetas que operan dentro de una unidad social, política y cultural implantada, que, con el tiempo, se ha vuelto mucho más compleja. Ahora mi madre terminó asumiendo el mismo papel de mi abuela, al momento de volver a Pereira a compartir con mis tíos. Es un rol que ella también decidió asumir, que como ya en reiteradas partes lo he mencionado, termina siendo su verdad y la opción que la cultura le ofrece. Sin embargo, esta posición de maternidad sacrificada, también le hacía sentir especial, el que otros

dependieran de ella, que otros le debieran a ella, también le otorgaba ciertos beneficios, el poder de mujer-madre que emana de la maternidad.

Estos beneficios se manifiestan a través de la victimización, cuando todos le deben a ella, a la madre, cuando le deben una lealtad y obediencia, esto permite ejercer una idea de control sobre los hijos o con las personas más cercanas.

Es así cuando recorro de nuevo a la mujer en cautiverio a través de la categoría de servidumbre voluntaria. Esta denominación es utilizada por Lagarde, para explicar la opresión de los sujetos históricos a partir de la cultura y de la ideología del sistema heteronormativo-genérico, que se da a través del consentimiento con la aprobación y reproducción vital del cautiverio. Como había mencionado en el capítulo anterior, a pesar de que el poder se ve manifiesto en la dominación del cuerpo feminizado, dichos cuerpos también van a ejercer poder sobre otros.

La servidumbre voluntaria, no necesariamente se exterioriza en todos los aspectos de la vida, esto puede ser de manera muy particular, dependiendo, de nuevo, de la experiencia de ser mujer y lo que cada una reproduzca en condiciones económicas, sociales y culturales variadas.

Esta contradicción es inherente porque en las subjetividades y sus identidades existe el espacio para el poder. De esta característica, es de donde se desprenden el resto de posibilidades de opresión “subordinación, sujeción, dominio, sometimiento y discriminación”. Por eso es posible que un cuerpo sometido también pueda ejercer poder sobre otros “quienes se encuentran sometidos al poder en ciertos aspectos de la vida, contradictoriamente dominan a su vez a otros grupos en otros aspectos” (Lagarde, 2005, pág. 156).

Podría pensarse esto como una especie de falsa conciencia y autonomía. Esta relación de idea maternal e hijo obediente, empieza a reflejar dinámicas de correspondencia con un poder mayor. Según Almeida (2010), en su interpretación

de los cuadernos de Gramsci, expresa que la hegemonía⁵ otorga ciertos beneficios al subalterno para tener presto su consentimiento y así alinear la individualidad con proyectos macros, haciéndole creer que lo que hace es propio y que tiene un margen de libertad. El autor dice que el poder otorga beneficios económicos por parte del dirigente, pero cuando no hay una retribución económica directa que condicione a la persona, una retribución simbólica también puede ser igual de efectiva, un reconocimiento social por su labor y sacrificio, la determinante obediencia, lo que corresponde a que sus acciones normativas y reproductoras del sistema sean consideradas como verdaderas, correctas y naturales. “...es fundamental señalar que las jerarquías de género son creadas, reproducidas y mantenidas día a día a través de la interacción de los miembros del hogar” (León, 1995, pág. 180).

Por otra parte, las relaciones de familiares también se rigen por jerarquías, esto permite que exista un cierto estatus y niveles de control, en especial en la crianza y la forma de intervención que tienen mis abuelas y mi madre con los hijos, los cuales resultan estar bajo su control. Lo que me permite pensar que efectivamente la definición de mujer y, en especial en esta estructura familiar machista, sí ha dejado significados y una delimitación en el cuerpo feminizado, pero también rezagos de una conciencia de autoridad que puede ser utilizada, en casos para la reproducción del modelo, para un beneficio propio o como en el caso de mi madre, cuando supo acerca de mi sexualidad, para la interpelación de la mismo.

Así que resulta muy problemático definir del todo estas relaciones, por lo menos tratar de representarlas a nivel académico, como pretendía. La forma en como nuestra cultura ha formado a las mujeres en una familia tradicional, les restó mucho como seres humanos individuales. La autonomía, la frescura de la soledad y la posibilidad de ver el mundo desde otras ópticas a través de

⁵ El concepto de hegemonía se aborda como “... la dirección moral e intelectual sobre los grupos subordinados por parte de la clase dominante, de forma tal que la clase dominante los convence de que su proyecto particular es el de ellos también.” (Almeida, 2010, pág. 85)

experiencias distintas, otras formas de dar respuestas a la existencia, fueron amputadas. Como lo definí “un nivel de manipulación”, puede ser una forma mínima de compensación, pero, ¿qué tanto de esto surge de ellas como individuos y qué tanto es del sistema, como una forma de mantenerlas ahí y con esto, seguir alentando a reproducir el machismo?



Capítulo III

Sexo, mujeres y política

Si en la noche te colmo en silencio,
vida mía,
no es porque tu presencia estorbe,
no es porque tu humanidad me aprese.

Si en la noche anhelo vida nueva,
dulce mío,
no es porque necesite otra savia,
no es porque añore la muerte.

Si en la noche quieres ser,
vida mía,
envuélveme en tu amor insaciable,
has de mí la mujer en ti.

Te invoco de las tinieblas,
Éxtasis que urge de carne y vida,

Toma mi cuerpo,
vida mía.
Que la sangre corra.
Que el grito calme.
Que la vida brote.

María Fernanda Chavarro Cardona

La vida no está dividida por colores. Los seres más fascinantes están ocultos tras acciones de “anormalidad” o situaciones “ordinarias”. El amor termina en tragedia y no en finales felices. Ser una buena persona no tiene que darnos frutos.

Mi familia siempre fue muy importante, lo que hacía o lo que no, estaba en torno a ellos, pero me sentía mal, ahogada. El contexto universitario me permitió conocer mi primera novia y con ello, la primera vez en tener sexo lésbico. Pereira es un espacio geográfico que a pesar de pertenecer al Eje Cafetero que se caracteriza por ser conservador y al extremo religioso, hay una disposición más abierta a las disidencias sexuales, claro, bajo sus términos⁶. La querendona, morena y trasnochadora, abrió ante mí, una vida que consideraba tabú.

La vida está llena de colores, una heterosexualidad obligatoria me repudiaba, sin embargo, el cuerpo, al tener una apertura sensorial y sexual, la seducción y cortejo no se limitaba únicamente a las mujeres. El juego de seducción y el erotismo, está en todos los cuerpos y con todos se puede sentir, por eso también lo hacía con hombres. Esta sensación de ser deseada era encantadora. Sin embargo, las mujeres me robaban el corazón sin medida.

En mi narración, la disputa con el género ha sido importante, porque no solo interpela contextos machistas, sino que también me interpelan a mí, en especial cuando me asumo como lesbiana. La etiqueta de ser lesbiana, hoy día ya no implica una resistencia a gran escala, la cultura la terminó absorbiendo y define: eres “heterosexual” o “lesbiana o gay”. Igual que el concepto de mujer en un contexto normativo, el cual implica características específicas como: ser heterosexual, delicada, “femenina” y sumisa. Ser considerada lesbiana y reconocida como tal,

⁶ El historiador Víctor Zuluaga y la médica Patricia Granada en su libro “Génesis de un mito: la pereirana” (1999) realizan un análisis de cómo la mujer en Pereira va ganando determinados espacios desde lo histórico, pedagógico, artístico e ideológico, a diferencia de otras regiones periféricas del país, esto se ha logrado, según los autores, a partir de tres factores:

1. Su vinculación laboral.
2. El no sentirse avergonzada de su cuerpo a diferencia de otras regiones.
3. Hay una participación política más álgida a diferencia de otras regiones.

también trae consigo imposiciones, por ejemplo, no se espera que tenga sexo con hombres, pocas características estéticas familiarizadas como femeninas, entre otras, pero, si me enamoro de mujeres, disfruto el sexo con hombres, pero no soy bisexual, ya que no deseo construir relaciones amorosas con cuerpos masculinizados, ¿qué pasa allí?

Sentía precaución y vergüenza de mí por la posible reacción de las amistades que iba consolidando, al saber sobre mis preferencias. Para mi sorpresa, nadie le daba trascendencia más de la que yo le daba, para ellos no era escandaloso, sin embargo, para mí, era muy traumático e implicaba una fuerza emocional enorme. Esto me hizo pensar en los profundos arraigos que tenía en la conciencia acerca de lo que era correcto, de poner en cuestión muchas de las cosas que había dado como ciertas y entender que mi apetencia sexual no era mala, era mala para los ojos de los otros y que esto nunca me iba a definir como persona.

Mi familia no sabía, para mí era complicado y entre menos se llegara a saber en todos los círculos, mejor. Esto me hizo reflexionar profundamente acerca de los filtros morales que cargamos en el cuerpo y en la mente. La manera en que la imaginación crea en las personas reacciones platónicas y poco verídicas en determinados contextos, sin embargo, la tradición y la forma en como veía la vida, no dejaba de generar en mí, temor.

Hoy en día, asumir una sexualidad diferente a la normativa parece un efecto de la moda. En mí, implicó un lento desgarró emocional y espiritual con la crianza, con mis verdades adscritas, con las expectativas que tenía acerca de mi futuro. Nunca quise conscientemente ser así, siempre lo he dicho, hubiera elegido no serlo, reconociendo lo que social y culturalmente implica, pero ya está y la belleza de la madurez permite dimensionar la fuerza de ser y el ímpetu que me implica como persona para poder ser, me llena de orgullo y seguridad, que, a pesar de todo, de los otros y de mí misma, no tengo problemas en decir en voz alta que soy lesbiana. Sin embargo, esta etapa de mi existencia, parecía estar contenida en dos realidades, dos vidas en que una se sometía a la otra.

La izquierda

En aquella época, una congresista de izquierda colombiana, tenía intenciones de lanzarse a la presidencia. Pretendía formar grupos pilotos en cada región del país. Esta invitación me la hizo un amigo y acepté asistir, porque, la vida como la conocía era inicua, los proyectos políticos y las políticas que regían en el país eran cada vez más injustas, y sin olvidar aún los vestigios del grupo de formación humana con la idea mesiánica y el espíritu eterno de revolución que habita la universidad, la izquierda resulta ser atractiva.

La convención fue en Bogotá, con todo pago, llegamos al hotel del evento. Un hombre, del que no recuerdo el nombre, se acercó a mi amigo y a mí. Lo saludó de manera fraterna, lo que me hizo entender que se conocían hace mucho y luego me saludó a mí, sentí de inmediato esa mirada lasciva, pero me dije que era un pensamiento exagerado, así que no le di importancia y continué.

Después de la primera jornada, ese mismo día de nuestra llegada, había un grupo de personajes políticos interesantes, discutían sobre la situación del país, había espacio para la filosofía y la construcción de utopías y revoluciones. Allí estaba yo, escuchando con asombro y deleitada por la oportunidad de compartir el mismo espacio de estas personas que se pensaban el país. De repente todos decidimos tomar un corto paseo por la Candelaria.

Pronto me alcanzó aquel hombre que nos recibió a la entrada. Me dijo que tenía esposa e hijos, también me propuso sin mayor reparo que fuera su “amiguita”, que me daría todo lo que necesitara y al no tener respuesta de mi parte, me tomó entre sus brazos para que lo sintiera todo. No dije ni hice nada, lo que le dio a interpretar una recepción positiva de mi parte.

Lo poco que sé de él es que era muy cercano a esta política colombiana y a Chávez, el difunto presidente de Venezuela. El hombre tenía varios negocios, producto de estas alianzas, por ello debía guardar una fidelidad a la ideología, vi videos y fotografías de todos ellos juntos.

Al día siguiente, nos pidieron que nos trasladáramos a otro hotel muy cercano. Allí pregunté por mi reservación y para mi sorpresa me habían dado una habitación para mi sola en la parte más alta, en el mismo piso donde se hospedaba este señor. Esa noche, mientras me instalaba, él se acercó a preguntar sobre mi comida y pidió servicio a la habitación. Era un cuarto lujoso, con cosas que no conocía, aparatos que nunca había visto.

Tres horas más tarde, el mismo hombre llegó y me pidió seguir, se sentó en mi cama y poco a poco se fue quitando su ropa, no entiendo por qué no tuve el carácter para decirle antes de entrar a mi habitación que él no me interesaba. Cada vez que se quitaba una prenda le pedía que no lo hiciera, él no reparó en eso y solo siguió, dijo “¿es que no te gustan los hombres?, mira cómo me tienes de mojadito”. Hasta que se quitó el pantalón, no sé si tomé fuerza de la resistencia que estaba empezando a florecer en mí, le grité que se fuera con determinación un par de veces. No me prestó mucha atención y siguió, hasta que me paré, de pie en la pared y con la mirada firme, entendió, tomó su ropa y se fue. El resto de la noche no dormí, tenía miedo de que volviera.

Al día siguiente fui a buscar a mi amigo, le dije que le pidiera por favor mi tiquete de vuelta, fuimos, le insistimos y solo lo dilató. En la tarde, al volver, le insistimos por mi tiquete, ya que era el encargado, dilató tanto mi huida, que tuve que quedarme otra noche más. No quería que nadie supiera, no quería acudir a mi familia, ellos no sabían que estaba en Bogotá, por lo general trato de solucionar las cosas por mi cuenta. Volví a la habitación y lloré de espanto. En el intermedio de todos estos sucesos, no negaré que me permití la entrada en un par de ocasiones a la habitación de este señor, me lo pidió y lo hice, en esos espacios no ocurrió mayor cosa, aunque en el primero, él me besó y no dije, ni hice nada.

Reflexiono sobre estos hechos y no sabría darles una explicación, la verdad no lo comprendo, no sé por qué me quedo atónita, sigo el juego, hasta el punto de lastimarme.

La mañana después de esa segunda noche, tomé rápidamente el tiquete y me devolví lo más pronto a Pereira.

Ahora, haciendo este trabajo reflexivo reconozco a ese amigo, no fue la única vez que estuve ante hombres mayores políticos, escritores e intelectuales amigos suyos. Mi amigo me ofrecía. Atando cabos y viendo todo desde esta perspectiva, varias veces me mencionó el hecho de presentarme amigos suyos e insistía mucho en que saliera con ellos, para que “viera qué pasaba”, lo tomé con tanta naturalidad, que solo hasta hoy me doy cuenta en manos de quién estaba.

Nunca más volví a saber de este hombre, me pareció verlo alguna vez en prensa, pero nada más. Y este amigo se volvió loco por la política, tenía la idea de que sería el presidente de la república, perdió todo, su familia, su trabajo, todo, pero parece feliz en medio de sus ideas. A veces paso junto a él en la calle y no me reconoce o no me quiere reconocer, en todo caso, reconozco la forma en cómo también aportó a mi vida con libros, trabajo y quiero tenerlo de esta manera en mi mente.



Igual que esa delimitación cultural de la mujer subalterna, la sexualidad no normativa es asumida por Judith Butler (2002) a través de los actos performativos y de la inversión: los actos performativos, son la interpretación que se hace de la diferencia biológica y siendo la posibilidad inédita de dotar de nuevo significado a términos investidos de gran poder. La inversión, está enmarcada en las palabras y acciones que se suscriben para referirse a lo que se considera contra la norma de un régimen, que la autora afirma, heterosexista. Sin embargo, sostiene que esta inversión no se debe coartar, que por el contrario se debe permitir para determinar su límite, mirar críticamente y establecer las relaciones de poder que en ella funcionan.

Butler (2002), para dar una explicación más detallada de este sujeto histórico, acude al psicoanálisis, donde el deseo y la identificación se hacen indispensables para refutar la frágil estructura en la que se establece una condición heteronormativa: si una persona que se identifica como mujer y su deseo está en otra mujer, es completamente posible. Se hace una especial distinción, entre su verdad interna y su verdad externa. No hay razón lo suficientemente justificada para instaurar que esta persona que se identifica como mujer, tenga por objeto de su deseo al género contrario, esta elección hace parte de una posibilidad dentro de una amalgama de posibilidades. Sin embargo, Butler afirma que, “la condición discursiva de reconocimiento social precede y condiciona la formación del sujeto: no se confiere reconocimiento al sujeto, sino que ese reconocimiento construye el sujeto” (2002, pág. 57) justo cuando la ley parece rebasar ese límite de lo público a lo privado, con el hecho de definir y representar la intimidad o la narrativa individual de acuerdo a unos estándares universales.

En esta lógica en la que se encuentra el sujeto histórico, la historicidad es el carácter constitutivo de la historia en las prácticas discursivas. Las prácticas no pueden estar alejadas o funcionan de manera independiente de las convenciones mediante las cuales se produce y se puede interpretar. Por ello, la importancia de analizar y observar las especificidades de cada sujeto, se debe insistir en la heterogeneidad de las narrativas.

Ahora bien, para fijarme particularmente en el lesbianismo, Adrienne Rich, en su texto sobre *“la existencia lesbiana y la heterosexualidad obligatoria”* (1996), lo refiere como un hecho sumamente femenino, único como la maternidad, lleno de opresiones, significados y hechos particulares, que con solo etiquetarlos como “homosexuales” resulta limitante. Hace parte de la historicidad de relaciones entre mujeres, de un canon femenino propio, que implicó una historia diferente al hombre homosexual, que no se puede equiparar; los cuerpos feminizados y los cuerpos masculinizados tienen historias diferentes, asimétricas, sea cual sea su objeto de deseo, los roles, la cultura y la sociedad, además, la experiencia de ser

hombre o mujer varía de acuerdo a las resistencias de cada quien, no podemos generalizar aunque existan patrones que tiendan a la homogeneidad.

En mi caso particular, al hacer consciente mi deseo por cuerpos similares al mío, implicó un reconocimiento de mi cuerpo total, de mi relación con él y a partir de allí, identificar las resistencia e imposiciones que mi conciencia permitía a través de los filtros morales y sociales con los que me formé. Esta ambivalencia, la explico a través de la teoría del interaccionismo simbólico que es “el proceso por el que un individuo interioriza la sociedad y se hace, no solo participante de ella, sino miembro significativo” (Fernández, 2003, pág. 16). Y que a partir de su acción social, tiene dos dimensiones que le constituyen: una dimensión escénica y la dimensión simbólica-lingüística.

Esta última resulta ser la que mediatiza, transforma el instinto en lo simbólico. Lo simbólico entonces es la conversación que tenemos como individuos con la sociedad. Es el medio por el cual la sociedad se manifiesta en nosotros, este es el espacio donde las resistencias y las imposiciones se hacen presentes, como lo ha dicho Butler, el deseo tiene una amalgama de posibilidades, pero el filtro simbólico es el que termina oprimiendo o por el contrario puede permitir una resignificación o resistencia a esos presupuestos sociales, o como diría Adrienne Rich (1996), a esa heterosexualidad obligatoria.

Mi negación y la dificultad de asumir mi deseo sexual, se convirtió en un duro lastre, sin embargo, debido al paradigma simbólico en el que está mi conciencia, y ahora, con la escritura de esta auto etnografía, es un factor que me permite ser consciente de esto y de la posibilidad de resignificar mi estado simbólico. No desconozco que soy hija de un tiempo donde el sistema ha permitido la subsistencia de sexualidades transgresoras, pero esto siempre bajo sus términos. El sistema tiene la flexibilidad de absorber la coyuntura y resignificarla bajo sus términos, y de acuerdo con Rich (1996), el etiquetarnos como lesbianas, es asumir unas características particulares que limitan las formas en que cada individuo se reproduce, ser lesbiana se asume como la contra parte de ser heterosexual.

Volviendo a Butler, existe una amalgama de posibilidades cuyos extremos niegan y limitan las formas y las posibilidades que tiene el ser humano respecto a sus objetos de deseo. Sin embargo, el género es "el resultado de un proceso mediante el cual las personas recluimos significados culturales, pero también los innovamos" (Butler, 2002). Los cuerpos tienen la posibilidad de interpretar el sexo e irse transformando de acuerdo a la apertura del mundo, a las condiciones que se ofrecen ante sí, "el género no es algo estático en lo cual nos convertimos, sino es una forma de interacción permanente con las estructuras del mundo que nos rodea (Kaufman, 1995, pág. 130). Esto nos permite pensar que la innovación dentro del género permite la renovación de la cultura y la historicidad de cada sociedad.

"esa nominación gay y lesbiana y la nominación homosexual invisibilizan y borran las diferencias internas de las minorías sexo-políticas. Las diferencias de clase, de raza, generacionales, geográficas, corporales, de trabajo sexual, etc." (Preciado B. P., 2017, pág. 16)

Sin embargo, Rich (1996) asegura que, el elegir conscientemente una mujer como compañera y amante, es confrontar una heterosexualidad institucionalizada, ella lo plantea como un feminismo lésbico, con una perspectiva política definida y a la vez desafiante. Claro, me asumo como lesbiana porque el sistema nos obliga a estar en una categoría, asumo las consignas que esta etiqueta trae consigo y las implicaciones sociales, aun así, mi inconformidad es creciente. Según Rich, la conciencia de elegir una mujer como compañera de vida va a ser una oposición frente al sistema, pero con mis experiencias lésbicas, que he venido exponiendo y que también se leerán después de este análisis, en el momento en que decido "salir del closet", me han demostrado que no es así.

El hecho de que una relación lésbica de dos cuerpos feminizados, el hecho de tener vaginas, no implica la desaparición de las relaciones de dominación; el acoso y la violencia se siguen reproduciendo en los cuerpos y esto es muy ajeno al tipo de relación erótica que se tenga, podemos estar en una relación lésbica, aparentemente igualitaria pero las relaciones de poder se reproducen independiente de esto.

Así que, el pensarme en un feminismo lésbico, me resulta reduccionista y desestima otras posibilidades de resistencia, por ejemplo, una mujer transgénero, que no tenga una vagina, pero se enamore o tenga relaciones sexuales con mujeres que tengan vaginas, ¿se considera lesbiana o no? Una mujer lesbiana que disfrute las relaciones sexuales con hombres y no se lo niegue a si misma ¿deja de ser lesbiana?

A pesar de la entereza política que esta posición pueda generar, se sigue cayendo en esencialismos y etiquetas, como manifesté anteriormente, el sistema puede absorber esta coyuntura y culturizarla, hasta el punto ser considerada un modo diferente de vida, pero que no deja de estar bajo su dominio, allí nada más está la forma en como reproducimos las relaciones románticas o la familia nuclear en relaciones aparentemente igualitarias, pero que siguen reproduciendo relaciones asimétricas de poder. Así que, para esto Preciado en su texto *Manifiesto contra sexual* (2011), dice que, tener resistencia contra el sistema de género sexual, no se trata de luchar contra él, sino de reconocerle y ser o buscar formas alternativas a él. Butler (2002) se antepone a este precepto al comprender la “inversión” con todos los limitantes normativos y de control, dejando que las diferentes reacciones se manifiesten, para entender desde allí, el tipo de sociedad en que estamos inmersos.

En este momento de mi vida me considero lesbiana cuando mi apuesta emocional y la primacía de mi objeto de deseo está orientado a cuerpos feminizados, sin embargo, me declaro abierta a otras posibilidades del placer y me niego a la permanencia estática de los géneros, también a la victimización de la mujer y apuesto con mi cuerpo a la construcción de alternativas que se nieguen a los esencialismos. Aunque nadie podrá lograrlo completamente, sin embargo, el poder como hecho positivo se resuelve como la capacidad de decidir sobre la propia vida, lo que vendría siendo en sí la contraposición de la homogeneidad instaurada. Mis apuestas son el movimiento de un género a otro y otro que no esté dentro de la categoría genérica, donde el cuerpo puede ir performando de uno a otro; donde mi cuerpo se abra a posibilidades sexuales más allá de las

formas más allá de las formas y los sujetos tradicionales; cuestionando el amor romántico y la monogamia en sí misma; negando la maternidad en mi cuerpo; además teniendo la plena seguridad de que todo lo que he dicho se puede poner en cuestión y puede que en un futuro sea completamente distinto; haciendo una crítica constante de las acciones cotidianas que se normalizan.

Ahora bien, el feminismo tiene como “objetivo ético-político primordial: reformular, simbólica y políticamente, una nueva definición de qué es ser persona —un ser humano y un sujeto— sea en cuerpo de mujer o de hombre.” (Lamas, 1995). Esto me cuestiona, entonces qué entiende el feminismo como “mujer” y qué entiende como “hombre”, ya que según Wittig, la lesbiana es una desertora de su clase:

“Lo sepan las lesbianas o no, su situación, aquí y ahora, en nuestra sociedad, está filosóficamente (políticamente) más allá de las categorías de los sexos. Prácticamente son desertoras de su propia clase (la clase de las mujeres), aunque sea de forma parcial y precaria.” (Wittig, 2006, pág. 74)

Esto quiere decir que, al hacer esa distinción entre hombres y mujeres, recurrimos nuevamente al sexo como tecnología de poder, que impone sobre los cuerpos características para definirse como lo uno o lo otro, colocando ciertos significados sobre áreas erógenas concretas, como lo expliqué en el capítulo dos. Ahora, ser mujer es una categoría problemática si definimos lo que es ser mujer a partir de un sistema dominante y tradicional, la lesbiana por el hecho de no responder a esa heterosexualidad, automáticamente deja de serlo. Entonces ¿cuál es el sujeto de resistencia dentro del feminismo? (Preciado B. P., 2017) Si son las mujeres, entonces la lucha feminista nos desvincula a las lesbianas, a los hombres homosexuales, a las personas no binarias, transgénero, transexuales y todas las resistencias subyacentes: como la clase, la raza, ahora las repercusiones directas que existen en la naturaleza debido a un sistema capitalista devorador que nos afecta, el tipo de masculinidades no hegemónicas, las prostitutas, entre otras.

Con esto no quiero dejar de lado la constante resistencia de las luchas feministas que, con sus diferentes olas, tendencias, discusiones e incluso

contradicciones, han impactado y siguen haciendo historia; el feminismo ha interpelado la historia, dio cabida a que otras luchas se hicieran emergentes y denunció un sistema heteronormativo tradicional, demostró los diferentes niveles de violencia y dio cabida a que se empezaran prácticas de descolonización. Con todo esto, es importante que todas las resistencias y las coyunturas se estén cuestionando internamente, ya que, cuando hay una naturalización o la consolidación conceptual, se va a tender de nuevo al positivismo y a universales, que transforman la resistencia en agentes estáticos y dictatoriales.

El feminismo tiene varias tendencias, posiciones y discusiones, aun así, mi apuesta política está orientada en la línea donde se luche contra el poder soberano, contra la biopolítica y todas esas tecnologías de poder que pretenden gobernar todos los cuerpos (Preciado B. P., 2017). Es por eso que, por el momento, me veo más cerca a la lucha transfeminista, que es entendida como:

“...herramienta epistemológica no se desliga del feminismo ni se propone como la superación de este sino como una red que es capaz de abrir espacios y campos discursivos a todas aquellas prácticas y sujetos de la contemporaneidad y del devenir minoritario que no habían sido considerados de manera directa por el feminismo blanco e institucional. De igual forma, teje lazos con la memoria histórica y reconoce la herencia aportada por los movimientos feministas integrados por las minorías raciales, sexuales, económicas y migrantes al mismo tiempo que se nutre de ellos, tanto discursiva como políticamente” (Triana, 2014, pág. 68).

Además, hay que tomar en cuenta que, para el transfeminismo las condiciones laborales, económicas y geográficas de los sujetos también juegan un papel vital en su definición y la construcción de su identidad, así como lo he demostrado a lo largo de mi narrativa, estos factores han influido en la manifestación de los diversos micromachismos de un contexto. Es necesario tener apuestas alternativas, que sospechen de todo, pero que al mismo tiempo vinculen cualquier tipo de disidencia en temas relacionados con el uso subversivo de: el género, el lenguaje, la sexualidad, la etnia/raza, la diversidad funcional, la ecología, la economía y la política. “Se trata del desarrollo de una ciudadanía que

repiensa y reactiva agenciamientos desde los devenires minoritarios y la perspectiva descolonialista” (Triana, 2014, pág. 84).

El político de izquierda y el sistema heteronormativo

Bien, volviendo a la narración, recuerdo la posición que manifestó Gramsci donde es necesario que surja la emergencia para cuestionar la normatividad y exponer las relaciones de poder, como podría ser la izquierda en determinados contextos y momentos históricos, sin embargo, la dominación del cuerpo femenino y la violencia erótica que sobre este se da, son reproducidas por los individuos tanto de izquierda como de derecha o del medio, lo que quiere decir que esas distinciones políticas son superfluas ya que, hay un sistema de normas que comparten y que construyen de manera similar.

El hombre que conocí, en aquella convención para la captación de adeptos políticos, viene de una corriente política que resulta subversiva para los proyectos de globalización capitalista que acaparan todas las dimensiones políticas, económicas, sociales y culturales. El abordaje ideológico de este movimiento y lo que este señor representaba lo hacía desde un discurso anti-imperialista y marxista, sin embargo, sus cuerpos reproducen la ritualización de la cultura machista que caracteriza al capitalismo.

Al adscribirse el sujeto bajo un partido político aparentemente de resistencia, no deja de lado la constitución cultural hegemónica que existe, por eso Gramsci entendió la inevitable derrota que tenía la izquierda Italiana, debido a que la cultura cimenta subjetividades que cuesta identificar como parte de un proyecto globalizador y capitalista, nada más hay que ver cómo los movimientos de izquierda y anticapitalistas terminan reproduciendo de otra manera las relaciones de poder, ya sea desde la coerción o la hegemonía capitalista, modificando solo palabras y manteniendo contenidos y prácticas. Claro, no se pueden generalizar, pero para que los cambios se hagan, es necesario que las verdades que se asuman, se cuestionen.

Dentro de los grupos de libertarios hay sometimientos, existen formas de violencia que se hacen agudas en los cuerpos feminizados, donde se siguen reproduciendo las diferentes formas del machismo, esto demuestra que no hay manera de salir de este sistema, que, a pesar de emprender acciones de resistencia política, internamente se siguen reproduciendo los mismos patrones de sometimiento una y otra vez. Es importante plantear un sujeto integral, donde la ética permee no solo su accionar público, sino sus acciones íntimas que, a pesar de ser consideradas como tal, también hacen parte de la escena política en la cual se quiere hacer intervención.

Este machismo que se reproduce tanto en la izquierda como derecha o del medio o del más allá, responden a formaciones culturales, que pretenden la dominación sobre el cuerpo feminizado, de nuevo el sexo como tecnología del poder, surge independiente de las superfluas luchas políticas que se ponen en la escena política.



Salir del pozo

“La luz brilla durante un limitado y brevísimo espacio de tiempo en el acto de vivir. Quizá solo una decena de segundos. Una vez se ha ido, si has fracasado en el intento de alcanzar la revelación que se te ofrecía, no tienes una segunda oportunidad. Y luego deberás pasar el resto de tus días dentro de una profunda soledad sin esperanza ni remordimiento. En este mundo del crepúsculo, la persona ya nunca podrá esperar nada. Lo único que poseerá serán los restos efímeros de lo que pudo haber sido.”

Haruki Murakami

Meses después de aquel suceso conocí a otra mujer. Es de las personas más reales que he conocido, de esas que cargan toda la mierda del mundo y que parece sobrevivir con una dignidad enferma, extraña a mis ojos. A veces siento recordarla con rencor, otras con asco, otras con respeto, otras como una observadora de su vida, sin sentir, ni pensar, solo recordando sus recuerdos y cada acción que implicó en mi vida. Nunca quise ser su pareja, pero me insistió y al ser mi voluntad tan endeble terminé cediendo, lo que implicó cuatro tormentosos meses.

Sus narraciones de vida eran increíbles, eran una mezcla entre violación, maltrato, muerte y abandono, episodios que poco a poco fui comprobando y lo que generaron en mí, fue una profunda compasión por su vida más que amor.

En uno de estos agrios momentos, esta chica quedó sin hogar, así que pese a las dinámicas que se daban al interior de mi familia, le di cabida en mi casa, allí duró solo un mes antes de que mi madre y mi familia comprobaran que yo era lesbiana. Ella sufría de pesadillas, desmayos repentinos y tenía varios episodios depresivos y de agresividad, la relación fue tormentosa. Yo no trabajaba y ella esperaba formar un hogar conmigo, cuando apenas nos conocíamos y yo no tenía muchas cosas resueltas en mi vida. Esto resultaba casi inconcebible para ella en su afán de tener una estabilidad en todos los sentidos, algo para lo que yo no estaba lista, ni tenía la actitud, motivación, ni el interés.

En ese mes de convivencia, el trato era muy distinto y evidente, una amiga no se trata igual que una novia por más discretas que seamos. Así que los tíos, las esposas de estos tíos y amigos de la familia empezaron a murmurar, ampliando información, y una de esas tantas noches, en casa de una de las amigas de mi madre, se empezaron a burlar de ella porque tenía una hija desviada. Ella fue corriendo a la casa, me encerró en la habitación y me preguntó:

Madre: Dígame la verdad ¿Julanita es su novia?, ¿a usted le gustan las mujeres?

Yo: Sí mami.

Madre: Esas cosas yo si me las esperaba de usted (con tono hiriente), viene y mete esa mujer aquí como si nada, mañana a primera hora me la saca de aquí. ¿Esta otra muchacha también fue su novia, cierto?

Yo: Sí mami.

Madre: Cuando empiece a ganar su propio dinero se va de esta casa. Por ahora no la voy a dejar sola, como lo hizo su tía con su prima. Pero se va en cuanto pueda. Aparte del embarazo de su hermana, esta ha sido de las peores noticias que me pudieron dar. ¡Qué asco!

No espere que yo dependa de usted, nunca espere eso de mí.

Yo: Mañana temprano me voy con ella.

A las 6 de la mañana la desperté y me fui una semana de la casa. Mi madre estaba herida, criticaba a esta mujer, se refería a ella de una forma que yo desconocía de mi madre. Un mes después de esto, por fin se terminó la relación. Después de haberme agredido, intentó golpearme, me denigraba y celaba.

Lo último que supe de esta chica, es que volvió con la mujer que había dejado por estar conmigo, una chica que dejó de lado su matrimonio, se enfrentó a su familia y a pesar de su valentía quedó completamente sola. Ahora juntas, supe todo lo que construyeron, pero también supe de los intentos de suicidio, de las llamadas a la policía y de la constante intervención de las familias.

Esta expareja me culpa por esto, dice que yo le hice brujería o algo así, me odia seguramente, pero parece desconocer que sus actitudes son reales, productos de acciones venenosas que afectaron toda su vida y no hay nada más fácil que culpar a otros de todo esto, escuché que se dedicó a la pornografía.

La verdad, espero nunca volverla a ver.



La sexualidad disidente se condena por ignorancia, por el desconocimiento de su origen. Hay una explicación desde el psicoanálisis acerca de las sexualidades emergentes, que Butler (2002) definió a través de la identidad y el deseo; el deseo es una elección inconsciente, pero esto no aparece en el diálogo cotidiano, ni siquiera en los medios educativos más próximos. “La confusión sobre lo que es “normal” o “natural” se desprende también de la ignorancia: no se sabe que la identidad sexual depende del posicionamiento inconsciente del deseo” (Lamas, 1995).

Dice Ahmed que “Los cuerpos adoptan la forma de las normas que se repiten con fuerza a lo largo del tiempo.” (2015, pág. 222) cuando se es partícipe de la coyuntura contextual, en este caso mi madre con mi lesbianismo, se crea una resistencia y empieza a surgir en ella el constructo regulador de su subjetividad. Es por eso que el proceso de descolonización o de la gobernanza propia en los cuerpos es un camino complejo, una constante lucha, porque hasta la misma emergencia termina siendo recurso de la cultura para seguir reproduciendo patrones de dominación.

Desde los Estudios Culturales, Stuart Hall (2010) explica que hay condiciones de la identidad que el sujeto no puede construir o deconstruir, porque individualmente es complicado reconocer el discurso o la práctica en que la subjetividad fue construida. En el caso de las mujeres la participación “en la hegemonía cultural y política se basa en su consenso al estado de las cosas externas y en la aceptación de la feminidad construida patriarcalmente” (Lagarde, 2005, pág. 156). De acuerdo con esto, resulta difícil aceptar la emergencia cultural. Lo contradictorio de esto, es que la coyuntura se origina a partir de la matriz dominante, pues no surge sola, no es una invención natural, es producto cultural de un sistema dominante como la inversión de la norma del sistema

genérico al clasificar desde la prohibición a la homosexualidad y lesbianismo, cuando dentro de sus instituciones las relaciones sociales son homosexuales, los conventos y el ejército, por ejemplo, son espacios de relaciones sociales de personas del mismo sexo, pero que ideológicamente no son aceptados. Esta resignificación negativa de los conceptos, es necesaria, ya que en parte necesita a ese Otro, para poder reafirmar su poder, dar validez a sus creencias y hacer la distinción en lo legítimo y lo ilegítimo. “Solamente cuando hay un Otro puede uno saber quién es uno mismo.” (Hall, 2010, pág. 344)

Lo que permite todo esto, es la desmitificación de la realidad, la realidad de mi familia, mi propia realidad y la realidad del contexto, donde todos los espacios alrededor de esta emergencia, se muestran como un sistema de luchas y conflictos, donde las prácticas y las experiencias tanto individuales como colectivas, se ven creadas por las relaciones de poder y cuando se habla de relaciones de poder inmediatamente se alude a relaciones asimétricas que se mueven entre los cuerpos.

En el sistema heteronormativo-genérico, existe una resistencia a desvirtuar los límites en que la diferencia se ha creado, ya que asumir que esas diferencias no existen y que son un invento, primero, pone en peligro los valores tradicionales en los que se levanta y segundo, pone en cuestión la normatividad en que se centra su poder. Por eso, la disidencia sexual es socialmente mal vista, pero necesaria para mantener la estructura, de ahí que la sociedad colombiana sea profundamente heteronormativa y como seres sociales procuramos realizarnos en las normas culturales, pero a través del rechazo y la resistencia.

La homosexualidad y el lesbianismo es una representación de la Otredad y dentro de los Estudios Culturales es esencial la diferencia para explicar la cultura. Hall (2010), definió cuatro paradigmas teóricos, desde el campo lingüístico, social, cultural y el psicoanalítico en los que expone por qué esta diferencia resulta tan importante en este campo de estudio, a pesar de que todas ellas tengan un carácter ambivalente, es necesaria para la producción de los

significados y para la formación de identidades sociales dentro de la cultura, pero a la vez es una amenaza y agresión hacia el “Otro”.

La primera explicación la hace desde la teoría lingüística donde el argumento principal es *“la “diferencia” importa porque es esencial para el significado; sin ella, el significado no podría existir”*. Esta explicación se fundamenta desde los opuestos y su significado es relacional: el opuesto de la heterosexualidad es la homosexualidad y juntos cargan un significado cultural. Lo que resulta contradictorio en la práctica social; del extremo de la heterosexualidad a la homosexualidad hay muchos matices y formas, nada más basta con lo que en este propósito menciona Preciado (2011) en su “manifiesto contrasexual” reconoce, el ano como un órgano sexual democrático, que no pertenece ni a los heterosexuales, ni a los homosexuales, ni a hombres, ni a mujeres, sino al placer y al deseo humano.

La segunda explicación, toma como argumento que *“necesitamos de la “diferencia” porque solo podemos construir significados a través del diálogo con el “Otro”*”. Esto quiere decir que el significado se construye a partir del diálogo y en el intercambio con el Otro; el “Otro” es elemental para el significado. Desde la perspectiva de género, la heterosexualidad necesita de la homosexualidad para entenderse y dar un significado cultural a su posición, igual pasa con la homosexualidad y el lesbianismo, hace falta saber cómo la heterosexualidad piensa la disidencia sexual para que esta adquiera un significado.

La tercera explicación, surge desde una visión antropológica, donde argumenta que *“la cultura depende de dar significado a las cosas asignándolas a diferentes posiciones dentro de un sistema clasificatorio. La marcación de la “diferencia” es así la base de ese orden simbólico que llamamos cultura”*. Surge principalmente de la necesidad de clasificar la cultura y para ello retoma la idea de los opuestos binarios para ejercer la diferencia y dar un significado a partir de esto. En la teoría de género y en el sistema heteronormativo, existe hombre y mujer, heterosexuales y homosexuales, así se procura una frontera simbólica, que

mantiene la solidez de la cultura y lo que no haga parte de este sistema clasificatorio es desechado, tomado como residual o “anormal”.

Y la cuarta explicación, precisamente aparece desde la “identidad sexual”, que se argumenta en que *“el ‘Otro’ es fundamental a la constitución de sí mismo, a nosotros como sujetos y a la identidad sexual”*. Surge a partir del psicoanálisis sobre la formación de la identidad sexual, los distintos teóricos le dan un lugar al “Otro” en el desarrollo subjetivo, donde la subjetividad del niño se forma a partir de las relaciones simbólicas y conscientes que forma con ese “Otro” el cual está fuera de él y que siempre va a faltar, procurando una herida que nunca va a sanar. Desde esta perspectiva, asegura Hall, se asume que no hay una identidad de “sí mismo”.



Rebeldía

Decepcionada de mi madre, de todo, empecé a trabajar y dediqué a gastar mi dinero en ropa cara, salir a consumir alcohol, a tener sexo. En este punto, mis calificaciones empezaron a descender y aquí empezó a crecer aún más ese malestar que tenía contra mi madre, no quería ser como ella, me dolía su rechazo, aunque ella trató de que no se le notara su incomodidad. Las dos cambiamos, yo no creía en ella y el respeto hacia ella se hacía más tenue.

Empecé a llenar a mi madre de culpas, a aborrecer sus acciones, ni siquiera soportaba estar en la misma habitación. Así duré hasta que cumplí 25 años. A esta edad llegó a mi vida la chica con la que tuve una relación de 3 años.

Con el tiempo decidí vivir aparte de mi familia, empecé a trabajar en un programa del Estado y me alejé lo más que pude de mi casa, antes de que los sentimientos negativos me ganaran.

Novia de la Florida

Nos conocimos una tarde en el corregimiento de la Florida. Eran fiestas decembrinas y en todas partes había festejos. Su tía y una de mis amigas quedaron en presentarnos, decían que éramos la pareja ideal y esto me pareció halagador.

La familia de esta nueva pareja parecía aceptarme, nunca había sentido eso, la aceptación de estas personas en particular resultaba ser un mundo nuevo completamente desconocido para mí. Esto de alguna manera me permitió entender los límites de mis miedos, aquellos que había fabricado y reflexionar profundamente cómo los atribuí a mi madre, hice de ella un espectro de mi interior, del rechazo que sentía por mí, del odio que sentía por ser lo que era. Entendí que si hay algo que me molesta de mi madre, es algo que está mal en mí, asumir una sexualidad transgresora en mi contexto, no es fácil. Mi madre era lo que era, hizo su mejor esfuerzo por ser una mujer digna en medio de un sistema heteronormativo, déspota y dominante.

Con ella, como en cualquier relación romántica, se tenían planes que no funcionaron, como en toda relación, existe el que está completamente convencido por el afecto del otro y se juega con ese poder otorgado, sin embargo, esta dinámica caduca o se transforma cuando surge la conciencia de ello. Sin entrar en más detalles, la relación llegó a su fin, aun así, entendimos que antes de asumir este tipo de interacciones, hay que hacer cambios profundos como personas, reflexionar sobre la codependencia y la resolución de conflictos infantiles, aspectos que cada quien debe solucionar. Hoy por hoy somos grandes amigas y el afecto fraternal existe desde siempre.



Las lesbianas asumimos la performatividad del género, el género responde a esa lógica heteronormativa. Se tiene la idea de que estamos en relaciones aparentemente igualitarias porque somos dos personas del mismo sexo y la existencia del varón es nula, lo que permitiría relaciones simétricas. Esto es un presupuesto erróneo, las relaciones de poder son fuerzas que se mueven entre los cuerpos, independientemente si dos hombres, dos mujeres, un hombre y una mujer, una persona no binaria y una mujer, dos personas no binarias, dos personas transgénero, dos personas transexuales y todas las posibilidades de relaciones erótico-emocionales que nos podamos imaginar. Ya que, el poder

“es una fuerza que no puede existir por sí sola, y que se pone en práctica en relación con otras fuerzas. Dos individuos libres en el desarrollo de una relación de poder se convierten en sujetos, donde uno ejerce fuerza, y otra resistencia. De modo que en la interacción de la relación de poder se crea realidad, prácticas, discursos” (Vidal, 2015, pág. 6).

Esto quiere decir que, dentro de las relaciones lésbicas también se reproducen las relaciones de poder, en especial cuando nuestra manera de relacionarnos se hace a partir de instituciones que son propias de la heterosexualidad, por ejemplo, el amor romántico y fiel, el matrimonio, la maternidad y los roles dentro del hogar y fuera de él.

Con todas mis parejas siempre se habló del amor por siempre, de la fidelidad, de la monogamia obligatoria, incluso de la posibilidad de matrimonio. Sin llegar muy lejos, la misma cotidianidad de cada una y de la relación va arrojando imposiciones que se van dando y se van naturalizando. Es necesario enajenarse un poco de las situaciones para comprenderlas, nos cuesta incluso mencionarlas o entender en qué posición estamos, porque como se mencionó anteriormente el poder puede moverse entre los cuerpos. Por otra parte, hay prácticas que se ritualizan, se repiten y terminan siendo parte de la identidad.

Esta situación no es ajena para Pierre Bourdieu (2000) a través de Posada (2017), quien asegura que el poder es constitutivo de la sociedad y ontológicamente se reconoce en las cosas y los cuerpos, las instituciones y los cerebros. Así, el poder no solo existe físicamente sino también simbólicamente.

De acuerdo con esto, existe un orden estructurante que surge a partir de la dominación masculina, que Bourdieu lo va a denominar como violencia simbólica.

Esta violencia simbólica o dominación simbólica, adquiere una particularidad para las lesbianas y gays, porque la dominación se hace a partir de la práctica sexual, donde se reproduce en muchas ocasiones la mitología de la división de roles masculinos y femeninos, que aparecen como atributos neutros, invisibles y naturales, que proporcionan una base objetiva y eficaz de una dominación somatizada. Esta dominación simbólica tiene la fuerza de transformar esta particularidad que históricamente ha sido discriminada, en atributos de lo natural y neutro. Esta dinámica “recuerda de manera especialmente aguda el vínculo que une la sexualidad con el poder, y por tanto con la política” (Bourdieu, 2000, pág. 86).

La activista e investigadora feminista Yuderkys Espinosa Miñoso (2007), hace un estudio reflexivo acerca de la complejidad de la performatividad, donde no se puede asumir como un simple revestimiento de género, sino que es mucho más complejo cuando toma como referente lo dicho por Judith Butler, al decir que, «la performatividad no es un acto único, sino una repetición y un ritual que logra su efecto mediante la naturalización en el contexto de un cuerpo» (Miñoso, 2007, pág. 86). Allí indudablemente aparece la cultura como centralidad en la construcción de la identidad. Lo que lleva a que una relación lésbica, a pesar de que exista la ausencia de un varón, va a reproducir los elementos y el discurso que brinda su contexto, manifestándose en su mente y cuerpo.

Se necesita una posición crítica, autocrítica y en eso también trabaja el feminismo, aunque Vidal (2015), siendo ella activista en pro de las organizaciones LBGTI, asegura que, ni siquiera eso, nos salva de reproducir una matriz patriarcal y heteronormativa.

Siguiendo esta misma línea, siendo lesbiana, junto a mis parejas y amantes, todas terminamos performando género, el género responde a las lógicas heterosexuales y heteronormativas, es por eso que Vidal se cuestiona

“¿construimos género, aunque no haya un hombre en nuestras relaciones, dado que, en nuestra interacción con el sistema, la figura masculina simbólica es el propio sistema y sus instituciones?” (2015, pág. 8) seguimos configurándonos bajo relaciones asimétricas, lo que demuestra la complejidad de los artefactos de poder, sobre un fenómeno aparentemente emergente. De hecho, somos proclives a la opresión, de manera inconsciente (Vidal, 2015) la buscamos y cuando llega, nos sentimos cómodas, ya que está tan imbricado en nuestra identidad, que se vive y reproduce, por eso, hoy día no resulta tan aberrante las relaciones lésbicas en un contexto heteronormativo tradicional, se le permite la existencia mientras se manifieste bajo su normatividad.

Es importante una postura crítica y política, en especial, cuando se reconoce que la motivación del sistema es homogenizar una verdad, que facilite el control sobre los cuerpos a través de la norma. La lesbiana entra en ese canon de representación de lo “subalterno” y “anormal”, justo en el momento en que reconoce un discurso tradicional heteronormativo. Este asigna etiquetas, características específicas a cumplir. Por ello, insisto en la especificidad de las narrativas, como el contexto y la historicidad, ya que éstas permiten las condiciones para las prácticas sociales y una interpretación acorde a estas.

Aunque el lenguaje pretenda un orden simbólico determinado, la heterogeneidad de las prácticas cotidianas pueden ayudarnos a resignificarnos, a cuestionar lo que se tiene naturalizado. No podemos cambiar la manera en cómo está construido el sistema y mucho menos marginarnos de él, porque hay elecciones, como la feminidad, que ni siquiera se toman a conciencia. Sin embargo, podemos navegar por nuestro propio malestar desde una actitud relacional, tanto desde mi verdad interna, como aquella verdad externa, esto permite una posición crítica y analítica de las relaciones de poder que se ejercen.



Capítulo IV

Violencia territorial

La oveja negra

En un lejano país existió hace muchos años una Oveja negra. Fue fusilada.

Un siglo después, el rebaño arrepentido le levantó una estatua ecuestre que quedó muy bien en el parque.

Así, en lo sucesivo, cada vez que aparecían ovejas negras eran rápidamente pasadas por las armas para que las futuras generaciones de ovejas comunes y corrientes pudieran ejercitarse también en la escultura.

Augusto Monterroso

En el 2016 terminé mis estudios universitarios. A partir del 2014 hasta abril del 2017, estuve trabajando con un programa social del Estado colombiano, que me permitió viajar a otros municipios de Risaralda, donde compartí con campesinos y gente de distintas procedencias. Escuché testimonios de desplazados, fui testigo de la precariedad en la vejez y la reclusión en territorios lejanos. Escuchando cada una de sus palabras, me reconfirmaba cada vez más que tener hijos nunca sería una garantía de compañía, como tradicionalmente se tiene la idea. Vi viejos llorar y justificar el abandono de su familia y el recuerdo de cómo salvaban sus vidas en medio del conflicto armado que ha azotado a Colombia por más de 60 años.

Dialogar con campesinos es una de las formas de entender un país. Estamos en un proceso de reconciliación con nuestro campo, a pesar de proyectos políticos con apuestas totalmente diferentes. Los diferentes productos que ha traído consigo la violencia en Colombia, son tan constantes y ritualizados, que se volvieron idiosincrasia; el silencio y el miedo son parte de la identidad.

Los Alpes

En el 2017, después de terminar mi trabajo social en Risaralda, ejercí como educadora en Riosucio, Caldas. Un lugar encantador, lleno de historia que invadía por completo mi curiosidad, conocí los mejores compañeros, tuve las mejores maestras y encontré bellos amigos. Riosucio, las tierras del diablo, según su tradición, abrió sus puertas para ofrecerme una oportunidad de vida.

En este lugar todo se celebraba, todo es una fiesta, cada hecho era un carnaval. Es el segundo municipio más grande de Caldas y por ello existía todo tipo de negocio, todos los bancos estaban, como también cine, museo, casa de la cultura, bibliotecas y es un lugar que acoge a cualquiera. Me parecía curioso, que un lugar perteneciente al Caldas conservador, acogiera con tanta emoción el desfile de la comunidad LGTBI, todas las noches de Halloween. Ver parejas homosexuales en los parques, siendo respetado e ignorados, me parecía una maravilla. En una ocasión, quedé atónita mirando una pareja de chicas, viendo la forma en cómo interactuaban en público, esta acción produjo un escarmiento por parte del profesor con el que estaba, me dijo que respetara y me pareció muy dulce de su parte y acaté sin más ni más.

Sin embargo, esto no implicaba que siempre fuera así en todas partes. Riosucio, es un municipio híbrido que levemente desdibuja el límite entre su tradición cristiana y las personas con sexualidades no normativas. Aun con esto, ser docente en pueblos es igual a ser una estrella de cine, todos saben de ti, donde vives, con quien andas, todo. Así que, procuré ser muy discreta con mis relaciones. Nueve meses después de estar allí, recibo la noticia de que debía marcharme para un pueblo que jamás había escuchado, ni siquiera sabía dónde quedaba. Me dieron dos opciones, me quedaba sin empleo o trabajaba allá, claro, elegí ir.

Tuve la suerte de que uno de mis compañeros de Riosucio, fuera oriundo del lugar, él fue quien me contactó con las personas que me llevarían y me hospedarían hasta que me pudiera instalar definitivamente.

Mientras viajábamos en el bus, empecé a ver los paisajes más hermosos, esta zona del país se le conoce por su tranquilidad, silencio y por tener las altiplanicies más bellas. Su hermosura se complementaba con un frío y neblina increíble. Había días completamente azules, como en ningún otro lugar y las noches, plagadas de estrellas como nunca había visto. Cuando pasé la primera noche, me llené de luz de estrellas, entre nervios y expectativas, solo deseaba lo mejor en esta nueva etapa de mi vida.

Los primeros meses fueron tranquilos, sin embargo, por ser un pueblo tan pequeño, hasta un suspiro se vuelve información de última hora, cada acción que se hacía o la que no se hacía, parecía estrictamente observada por algún vigía entre las sombras de las ventanas de cada casa. Ser docente, nos exponía aún más, por esa imagen tradicional de ser el ejemplo del pueblo y cargar sobre nuestros hombros la “moral”. Se seguía en detalle cada acción de los policías, los médicos y los docentes. Por esto, como mencioné anteriormente, traté de ser muy discreta con mi sexualidad y no permitir ni una mínima oportunidad para que se diera el chance de que este pueblo se enterara.

Y es que, cuando estamos hablando de un pueblo morrongo, uribista, moralista y extremadamente conservador, no es una exageración temer por ser de una sexualidad no normativa, incluso por el hecho de mi sexo. No se puede tapar el sol con un dedo y por más liberal y revolucionaria que fuera, hay cosas que no podemos cambiar, hay cosas que por más que luchemos y eduquemos en las aulas, es bastante complejo transformar.

Poco a poco me empecé a enterar de la historia de este lugar. Era un excelente escondite para todo grupo armado. Esto data desde la violencia bipartidista, hasta la violencia entre paramilitares, guerrilleros y ejército. Las historias eran desgarradoras, datos que no se encuentran en ningún texto. Sé que apenas hay información explícita en etnografías, ejercicios académicos, pero no se trasciende

de esto, con decir que ni siquiera es considerada como zona roja⁷, cuando cumple con todos los requisitos para serlo. Sé que sus habitantes no olvidan, pero el silencio ante esto, se transformó en una forma de vida. El miedo y el silencio se volvieron parte de la idiosincrasia del lugar: a pesar de reconocer las injusticias era mucho más fuerte el silencio, nadie quería ser lastimado.

Una de mis compañeras más veteranas, maestra en historia y oriunda del lugar, me contó de la muerte de uno de los esposos de una profesora de su época, a manos de los paramilitares, donde su cuerpo degollado fue amarrado en un planchón de una camioneta Turbo, lo pasearon por toda la plaza principal y la sangre del hombre apenas dejaba rastro. Un pueblo manchado de sangre. Después, sus asesinos dejaron el auto allí, y se sentaron a tomar aguardiente en uno de los lugares, donde hasta hace pocos meses me había tomado unas cervezas, atendida por la misma persona que sirvió la copa de los asesinos.

Cerca de allí, hay otro pueblo con un paisaje inigualable, un poco fantasmal, envuelto en una neblina cotidiana y sus montañas pobladas de ovejas de todos los tamaños. Estos lugares se conectan no sólo por sus dependencias económicas y culturales, sino por esta historia sangrienta. Unos 15 años atrás, en el camino que los une, no era extraño ver un cuerpo colgado en los árboles, nadie lo podía bajar hasta que se tuviera autorización de algún jefe paramilitar o guerrillero, dependiendo de la procedencia del asesinato. Pasaba la lechera, el jeep de los estudiantes y solo se podía cerrar los ojos y rogar que no fuera parte de su familia.

Y así tantas historias; se cuenta que en la plaza principal había sedes de distintos bancos nacionales, había una registraduría, distinto comercio, pero la mayoría huyó dejando el lugar desolado. Hasta el año 2012, se vivía aún con el miedo, solo hasta que los Acuerdos de Paz fueron firmados, todo empezó a tener un ideal diferente, tanto, que se empezó a perfilar como un punto de turismo importante

⁷ “El nombre de zona roja o territorio de conflicto ha sido siempre una denominación que hace el resto del país a zonas núcleos de la guerra que vive Colombia. Pero el establecimiento y dinamización misma de estos conceptos en dichos territorios, ha ido teniendo lugar de forma procesual a través de la incursión de la guerrilla, los militares, los paramilitares y el narcotráfico en regiones consideradas estratégicas, ya sea a nivel ecológico, económico o político” (Nates, 2000, pág. 59)

para el país. Sin embargo, no dejaba de ser un pueblo uribista, morrongo y conservador.

El barquito de papel

Porque entre sus piernas me siento viva,
 me hago mujer,
 siento todos mis rincones,
 mis fuerzas y delicadeza se pronuncian,
 la sutileza y el salvajismo se vuelven espesor.
 Su olor, su torso, sus cabellos entre mis dedos, sus senos, su boca,
 se vuelven surcos de placer que embriagan de infinito mi propio sexo.

Ser ella en mí, ser yo en ella,
 el delirante anís que la almendra satanizada desprende.
 Soy mujer en brazos de la mujer tan amada y perfecta.
 Sentir a flor de piel su sexo
 y perder la conciencia en la dicha eterna.
 Solo pienso en lo bendecida que soy por amar mujeres
 y agradezco a la vida el verme así, el ser así,
 seguro no encontraría el nirvana de ninguna otra forma
 me recuerda lo poderosa y hermosa que soy.
 Me recuerda a Dios, me recuerda vivir.

María Fernanda Chavarro Cardona

Así continué con mis labores y adaptándome al nuevo lugar. Pasado un año, hice parte de la celebración del inicio de Semana Santa; como todo pueblo colombiano, las fechas atadas a algún santo o a hechos reconocidos por la iglesia

católica como vitales para la creencia, son sinónimo de derroche festivo. Justo después de la retreta musical de los estudiantes y egresados dirigidos por la docente de música, nos fuimos a cenar. La directora de la banda llegó en medio de la velada, con dos compañeras que también participaron en la retreta. Eran hermanas, una de ellas me quedó mirando y realmente lo sentí, era de las mujeres más bellas que había visto, ella nunca dejaba de sonreír, tenían un carisma fresco y relajante. Debo confesar que su presencia me perturbó, ni siquiera era capaz de verla y se sentó a mi lado, las piernas me temblaban cuando sentía el leve rose de sus rodillas.

Salí a bailar con uno de mis compañeros, uno que, en su niñez por cuestiones de trabajo de su padre, vivió algún tiempo en este pueblo, él conocía a todos. Le pregunté acerca de aquella mujer:

Compañero: *se llama, a ella también le gustan las mujeres. Es una muchacha muy juiciosa y hace poco llegó de Medellín. Pero Mafe, tenga cuidado si decide acercarse a ella, usted sabe a qué se expone.*

Claro que no le hice caso, solo en aquello que me confirmó que también gustaba de las mujeres. Un par de horas más tarde, le pedí su número a la compañera que nos presentó y sin mayor problema, ella misma lo escribió en mi teléfono.

Le escribí y al día siguiente a las de 9 de la mañana me respondió. Este día ya viajaba a Pereira a pasar Semana Santa con mi familia, así que no nos volvimos a ver pasado este tiempo.

Una semana después, a mi llegada al pueblo, nos encontramos tan pronto como se pudo y hasta que renuncié a mi trabajo, nunca más nos volvimos a separar. Nos volvimos locas de amor.

Era una mujer de campo, de esas que madrugaba con su padre a ordeñar vacas, no le daba miedo el trabajo duro, trataba a todos con respeto sin importar las condiciones económicas de nadie, era brillante, gustaba de muy buena música,

se lo atribuí a su genio para tocar instrumentos. Creo que es de las mejores personas que conocí y a la única que he amado con tanta intensidad.

Yo no quería que nos vieran mucho tiempo juntas, de hecho, propuse que nos viéramos en otra parte, era muy difícil para mí exponerme y a pesar de no acatar lo que me habían dicho, no dejaba de pensar en los posibles riesgos que implicaba. Para ella fue ofensiva esta propuesta, primero porque su familia no la dejaría salir del pueblo, ya que estaba allí porque esperaba la fecha de su graduación de la universidad y por lo tanto debía permanecer bajo el regazo de sus padres (así me lo dijo). Segundo, porque le daba a interpretar que sentía vergüenza por estar con ella. Y tercero, porque la hacía parecer como una mujer más en mi vida, sin mayor relevancia.

Con un extraño malestar accedí a verme con ella en el pueblo, a tomar café en los establecimientos, caminar a la vista de todos y a pesar de esconderlo siempre se nota el idilio de dos personas enamoradas. Los señalamientos que empezamos a recibir de alguna manera repercutieron en las personas allegadas: su familia, mis compañeros y mis estudiantes.

Cada vez se hacían más fuertes los rumores de la relación, nos volvimos la comidilla de todo el pueblo: “toda una profesora y ese ejemplo tan malo que da”, “qué pesar de esa familia, la hija salirle así”, “huy no, que falta de vergüenza de ese par”. Nunca nos besamos, nunca nos referimos como pareja en la calle, ni nos tomábamos de la mano, siempre bajo reserva, aun así, resultaba ser la encarnación de lo más negativo. En cada establecimiento donde entrábamos, sobre nosotras estaban sus miradas de desaprobación, los comentarios en voz baja, cada día era más y más pesado. La familia de esta pareja goza de un prestigio económico y social, al ver ventilado un amorío de una sus hijas con una profesora, nos volvimos una tragedia familiar. Empezaron a atacar a la familia con comentarios molestos, incluso en un par de ocasiones fue motivo para golpes.

Había días donde la veía llorar y llorar, solo queriendo que sus padres la aceptaran, aunque ellos nunca la echaron, ni mucho menos, pero sé que ser ella,

implicaba un sometimiento y silencio por ganarse el afecto de quienes amaba. Desde mi perspectiva citadina, la solución era muy fácil, la independencia. Pero para ella no era tan simple, ella “les debía respeto”, no importaba como fuera tratada, antes que ella misma estaba su familia y eso era lo más importante. Yo podría fallar, ella podría fallar, pero su familia era “gente buena”, como fuera estarían ahí.

Para una familia conservadora y tradicional, es importante el “qué dirán” y una hija lesbiana los hacía quedar en ridículo. Además, la formación es tal, que ella asumía su deseo someramente, nunca fue capaz de ir más allá o por lo menos darme un lugar como pareja. Esto generó un desgaste y un cansancio de mi parte, al pretender que ella se desprendiera de todo eso.

La renuncia

En un par de ocasiones, se dedicó la misa a personas como yo, a quienes estábamos por el camino equivocado, que Dios dejó escrito que el amor sólo puede existir entre un hombre y una mujer, esa es la naturaleza, esa es la ley divina. Se solicitaba a todos los feligreses pedir por nuestras almas en pecado y que la voluntad de Dios abogase por nosotros. Lo contradictorio del asunto, es que las acciones del cura dejaban mucho qué pensar, cuando era hombre entre los hombres.

Chisme o no, escuché varios rumores de amoríos homosexuales entre las cabezas masculinas más identificadas del pueblo, pero mientras esto no pasara a la vista de todos, estaba bien y se ignoraba.

A todo esto, además de los señalamientos y el caótico ambiente laboral, debo sumarle que por diferentes fuentes llegó a mis manos un panfleto, donde se invitaba a una familia hacendada del pueblo a participar en una reunión obligatoria con una disidencia de un grupo armado. Allí se hablaba de la búsqueda de la “buena moral” a través de una limpieza social a “viejas chismosas, ladrones,

violadores, gays, lesbianas... profesores". Al parecer éramos vistos como delincuentes. Esto nos dejó perplejas y sembró miedo en nosotras.

Esto no sería gratuito para mí, estaba destruida emocionalmente, empecé a sufrir episodios depresivos y a sentir miedo por mi vida. El ambiente laboral se tornó pésimo, unos dirigentes que dejaban mucho qué pensar, el acoso laboral, mi falta de vocación, además del estrés y el desgaste fueron decisivos para alejarme del todo.

Renuncié a mi trabajo y terminé la relación con ella. Las circunstancias y los prejuicios sociales fueron más fuertes. Ella no haría nada para salir de esa normalidad, la naturalizó y decidió esto sobre lo que era. Así que, hay amores que es mejor dejarlos así, envueltos en la imposibilidad de ser.



Las relaciones lésbicas de manera interna reproducen normativas, ya que toman de la heterosexualidad institucionalizada la manera de interacción y construcción erótica, confirmando que no se trata de la existencia de una figura masculina, para que las relaciones de poder se produzcan, sino de reconocer que existe una dominación masculina (Bourdieu, La dominación masculina, 2000) que se mueve y manifiesta en los cuerpos. Sin embargo y a pesar de esto, solo el hecho de nombrarme lesbiana en contextos rurales, da pie al rechazo y se interpreta como problema social, por ser considerada un mal ejemplo y transgresora de una tradición moral de herencia cristiana y católica.

La experta en violencia de género María Mercedes Gómez (2008) alude, que, en la sociedad diferenciada y multicultural, las diferencias tienden a desaparecer, lo que resulta algo en contra de la matriz hegemónica, que necesita de este contraste para reiterar su poder. Sin embargo, la sociedad colombiana aún es profundamente heteronormativa (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2015),

lo cual significa que se hará lo necesario para que este contraste sea reiterativo y que, lo que esté fuera de esta norma, sea considerado como “Otro” y residual, que no hace parte de una “normalidad”, tal cual lo presenta Stuart Hall (2010), al referirse como el “Otro” que termina siendo subordinado.

Las sexualidades no normativas ponen en riesgo todas las bases en que se sustenta el patriarcado, esta perspectiva diferencial parte de condicionamientos prejuiciosos, que poco a poco se van transformando en violencia proveniente de diferentes frentes: la comunidad, la familia, la iglesia, grupos armados. (Prada, 2015)

A partir de esta consigna, María Mercedes Gómez (2008) crea la categoría de *violencia por prejuicio* que se refiere

“... a los actos violentos cometidos en contra de alguien por ser o parecer algo que el victimario considera como deleznable o inferior, o por creer que pueden instrumentalizarlas impunemente para favorecer sus intereses”, (falta la página).

Estos se fundamentan a partir del concepto de alteridad, que es la construcción de la diferencia, para poder sustentar la jerarquía y mantener ciertas minorías en la subordinación, a pesar de que sus argumentos sean débiles y pocos sustentados. Tanto para Gómez como para Hall, este “Otro”, se transforma en aquello que no se es, por ejemplo “no blanco”, “no hombre”, “no heterosexual”, todo aquello que no hace parte del canon regente, mientras el “yo” representa todo ese prototipo que sí es aceptado y responde a las características de la mayoría.

En los Estudios Culturales, toda esta coyuntura, que asume su resistencia dentro de un contexto heteronormativo tradicional, se explica desde la concepción de la cultura popular (Hall, 2010). Esto no implica una teoría estática, sino que es un espacio de lucha que está determinado por las particularidades del contexto que pueden ser tanto históricas como políticas. Para Grossberg (2012), lo popular, es lo que da sentido a la vida cotidiana a través de las formas y prácticas culturales, convirtiéndose en un terreno donde se encuentran las

ideologías dominantes, subordinadas y oposiciones, para construir clases e individuos con una fuerza popular.

La cultura popular, la describe Stuart Hall (2010), como una “dialéctica de la lucha cultural” o “el doble movimiento de contención y resistencia”, esto quiere decir que hay una contienda entre las resistencias de las sexualidades disidentes y la heteronormatividad hegemónica, generando una dialéctica donde, lo que resiste aquí es contenido allá. Es una relación entre dos movimientos, la contención y la resistencia, por eso siempre se maneja desde un ámbito político y social.

Así que, para hacer el análisis de la coyuntura, aquí la cultura popular no solo se muestra como un terreno simbólico, sino como un espacio material, donde repercuten las ideologías políticas y sociales, con unas características históricas muy concretas.

Ahora bien, las características históricas de esta coyuntura son muy complejas e inciden en todas las prácticas sociales, culturales e ideológicas de Colombia. Esta contención a la diferencia, se explica desde el postulado de Rita Segato (2016), que afirma la existencia de dos realidades que se alimentan y se sostienen entre sí; la primera realidad, constituida por todo aquello regido por la esfera del Estado, todo aquello declarado al Estado, visible en las cuentas de la nación y para su protección, cuenta con las fuerzas policiales y militares, instituciones y políticas de seguridad pública, sistema judicial y carcelario que protegen ese caudal legítimo, legal. Por otro lado, en el subsuelo de ese mundo de supuestas transparencias, está el Segundo Estado o la segunda realidad, con fuerzas de seguridad propia, es decir, corporaciones armadas ocupadas en proteger para sus “dueños” la propiedad sobre la riqueza incalculable que en ese universo se produce y administra, denominándolos como las fuerzas “paraestatales”, que funcionan en la “invisibilidad” y la “ilegalidad”.

De acuerdo a la desarticulación con la tradición, que genera una sexualidad no normativa, estas dos realidades tienen sus bases de resistencia a través de la

violencia de género y prejuicio: la primera desde la violencia simbólica y la otra, mediante la violencia física, las dos con un mismo objetivo, la aniquilación de la diferencia.

En el informe *“¿Quién nos va a contar? tras la verdad de lo que pasó a personas LGBT en el conflicto armado”* (2020) realizado por el grupo de investigación de Colombia Diversa, se sustenta que hay una aniquilación sistemática con las disidencias sexuales a lo largo del territorio colombiano. A pesar de las variaciones del tiempo y los espacios geográficos, esta acción se produce una y otra vez. Esta aniquilación sistemática, obedece a las prácticas que las fuerzas “paraestatales” y grupos armados ejecutan, quienes ven las disidencias sexuales como cuerpos “dañinos”, “ofensivos” y “sucios”, que se alimentan del paraje moral de la comunidad respecto a las sexualidades no normativas, lo que apoya esa idea del macho dominante, la resistencia a la diferencia y la terquedad. Aquí la disidencia sirve de herramienta para el empoderamiento de una raíz patriarcal que está al servicio de proyectos políticos y económicos mayores.

Sin embargo, Segato, es más específica, al asegurar que la violencia ejercida por las fuerzas “paraestatales”, no se limitan a un territorio geográfico, sino que ven sobre el cuerpo feminizado, un mecanismo de dominación más poderoso, ya que él representa toda esa propuesta al cambio, a la resistencia de la dominación, a esa resignificación que ha permitido la desestructuración del positivismo. Ahora bien, cuando estos cuerpos feminizados tienen prácticas sexuales diferentes a la norma, se reitera su subordinación. La violencia de género y la violencia por prejuicio, coinciden en que entienden la sexualidad partir de un sistema “sexo-género-deseo”, esto se manifiesta en dos formas concretas:

“Primero, la violencia de género no puede entenderse solo como violencia de los hombres contra las mujeres, sino de todo lo que representa una masculinidad heterosexual contra lo que representan feminidades masculinizadas o masculinidades feminizadas. En segundo lugar, la violencia de género también está sumergida en un sistema de prejuicios

sobre lo que un hombre o una mujer es capaz o incapaz de hacer.” (Comisión Colombiana de Jurista, 2020, pág. 158)

Pero esta violencia ejercida en los cuerpos, no es únicamente un “derecho” reclamado por los grupos armados o “paraestatales”, sino que es profesado desde la sutileza hasta la aniquilación por otras instituciones, articuladas culturalmente a estas lógicas heteronormativas; el Estado, la familia, la comunidad, la iglesia, las instituciones educativas, entre otras, que son legítimas ante la sociedad (Prada. 2015).

Estas instituciones hacen parte de la primera realidad, de aquella que es visible y legal, aquí es donde se manifiesta predominantemente la violencia simbólica. Desde la perspectiva de Bourdieu (2000), esta violencia simbólica se traduce en dominación masculina, donde la opresión es objetiva y eficaz, tanto que legitima las acciones del dominador.

Las acciones asumidas en la aniquilación de la diferencia sexual por la primera realidad que menciona Segato, las retrata la filósofa y especialista en Estudios Culturales, Nancy Prada (2017), quien alude que se ha instalado en el imaginario colombiano la idea negativa de una “ideología de género”, que es reproducida por la mayoría de los habitantes. Este imaginario tuvo su despliegue en dos acciones sociales y políticas surgidas en el país en el año 2016.

La primera de ellas, fue a partir de la sentencia T478/15 de la Corte Constitucional colombiana, en la cual se le exigía al Ministerio de Educación, la revisión y adecuación de los Manuales de Convivencia⁸ en las instituciones educativas, para evitar la discriminación y el rechazo contra jóvenes de sexualidades diversas. A raíz de esto, se construyen herramientas para el trabajo con los docentes y comunidades y el UNFPA⁹, esta organización con el ánimo de apoyar este proceso produce el documento “Ambientes escolares Libres de

⁸ En la Ley 115 de febrero 8 de 1994, la ley general de Educación, el Manual de Convivencia se comprende, según el artículo 87, como el documento en el cual “se definen los derechos y obligaciones, de los estudiantes. Los padres o tutores y los educandos al firmar la matrícula correspondiente en representación de sus hijos, estarán aceptando el mismo.”

⁹ “El UNFPA es el organismo de las Naciones Unidas encargado de la salud sexual y reproductiva. Nuestra misión es crear un mundo en el que todos los embarazos sean deseados, todos los partos sean seguros y se aproveche el potencial de todos los jóvenes.”

Discriminación”. Toda esta iniciativa fue tergiversada por diferentes políticos colombianos, que argumentaban, que toda esta actividad hacía parte de un movimiento que pretendía la “colonización homosexual” y la destrucción de los valores de la familia. Lo que provocó multitudinarias respuestas: ataques a la Ministra de Educación de la época Gina Parody, quien es una mujer lesbiana y debido a la persecución política en su contra, renunció al cargo; múltiples mensajes de odio contra la población LGTBQ+ y marchas por todo el país propagando el odio y rechazo.

La segunda acción, es sobre los Acuerdos de Paz con las Farc. Colombia ha sufrido un conflicto armado desde hace más de 60 años, que ha dejado cerca 9.113.500 víctimas registradas, entre ellas, 8.107.579 personas desplazados, cerca de 1.061.340 de personas asesinadas y dejando más de 33.141 víctimas de violencia sexual. (RUV, 2021)

Con todo este panorama en el 2012, se iniciaron los diálogos de paz entre el Gobierno Colombiano y las Farc (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia). Estos encuentros propiciaron, ya en el 2016 el Acuerdo Final de Paz¹⁰, Este último responde al plebiscito, donde se le preguntaba a la ciudadanía por el “SÍ” o el “NO” de la aprobación de los Acuerdos de Paz para llegar al fin del conflicto armado.

Tan pronto la Corte Constitucional de Colombia aprobó el mecanismo de implementación y verificación, se inició una campaña por el “SÍ” de los acuerdos, a través de diferentes métodos pedagógicos para explicar a la ciudadanía de qué se trataban todos estos puntos. Pero también se inició una campaña por el “NO”, que se dio a la tarea de distorsionar y divulgar información falsa, entre ellos está la “ideología de género” apoyada por grupos religiosos, defendiendo los derechos de la familia tradicional, argumentando la imposición de la homosexualidad.

¹⁰ Acuerdo que tenía como eje seis puntos importantes: 1 Reforma Rural Integral, 2. Participación política, 3. Cese al fuego y de Hostilidad Bilateral y Definitivo y la Dejación de Armas, 4. Solución al Problema de las Drogas Ilícitas, 5. Víctimas, 6. Mecanismos de implementación y verificación.

A partir de este panorama nacional político y económico, es explicado desde los Estudios Culturales, a través del contextualismo radical, ya que surge como la comprensión crítica de las contradicciones que esta coyuntura puede generar y parte de un supuesto relacional, que funciona con la apertura y la contingencia de una realidad social. Esto está dado a partir de la articulación de diferentes piezas que darán cuenta de un contexto humano que se construye a través de las prácticas culturales o discursivas (Grossberg, 2012). El discurso de la “ideología de género” se dio apertura a través de la sentencia de Corte Constitucional sobre la no discriminación con las personas LGTBI en las instituciones educativas y los acuerdos de Paz con las Farc, sin embargo, hay una contención por parte de los políticos conservadores y de ultraderecha, promoviendo una agenda anti-derechos que se vale del concepto de “ideología de género” para oponerse a los derechos de las mujeres y de las personas LGTBI, a través de la tergiversación de las primeras acciones anteriormente expuestas. Lo contradictorio de este asunto, según Nancy Prada, es que concretamente en el 2008, en la presidencia de Álvaro Uribe Vélez, (que es una de las principales cabezas de esta agenda anti-derechos) se promovió una cartilla que manejaba las mismas categorías de las cartillas actuales, sexo, identidad de género y orientación sexual. En ese entonces nadie dijo nada, sin embargo, en ese momento si hubo represalias, porque esto estuvo en la cabeza de una mujer lesbiana.

Dentro de la misma lógica, el ex Procurador General de la Nación Alejandro Ordoñez, quien afirmó la institucionalización de la “ideología de género” y fue uno de los abanderados del “NO” en el plebiscito, en mayo del 2010, en su cargo como Procurador, circuló un documento llamado “Procurando la Equidad # 5. Vigilancia superior a la garantía de los derechos desde la perspectiva de género”, donde él mismo afirmaba que la Procuraduría General, debía garantizar los derechos desde la perspectiva de género y hacer una vigilancia preventiva para que esto se dé (Prada, 2017).

Es así que la contradicción en este contexto político y social, instrumentaliza la sexualidad para alcanzar beneficios y propósitos particulares, ya que después

de todas estas acciones emprendidas por los movimientos anti-derechos en contra de las comunidades LGTBI, iban articuladas en el discurso para ganar las elecciones presidenciales del 2018-2022.

Hasta el momento, he expuesto las características sociales, políticas e ideológicas, en las que se problematiza el sistema heteronormativo a través de las sexualidades disidentes. Pero este análisis coyuntural es más específico, donde retomo de nuevo, la particularidad expuesta por Segato, sobre la violencia en los cuerpos feminizados y la aniquilación de la disidencia sexual, enfocada principalmente en la mujer lesbiana.

El Estado colombiano, en su ejercicio de garantizar los derechos de los colombianos, ha creado leyes y políticas a favor de las mujeres, y con esto se incluye a la mujer lesbiana:

“...que sancionan la violencia basada en género y la discriminación, y pretenden dar cumplimiento a los artículos 1, 2 y 5 de la Convención, y a las Recomendaciones 19 y 35 del Comité. La Ley 1257 de 2008 de prevención de la violencia contra las mujeres, la Ley 1448 de 2011 de reparación integral a las víctimas del conflicto armado y la Ley 1482 de 20114 conocida como Ley Antidiscriminación, y la Ley 1761 de 2015 que tipificó el delito de feminicidio, incluyeron dentro de su ámbito de protección la orientación sexual e identidad de género” (Colombia Diversa, Fundación G.A.A.T, Diversas Incorrectas, 2018, pág. 5)

Ya en el 2018 se hace público el decreto 762 del 2018, que por primera vez hace explícitos los derechos de las sexualidades no normativas *“Política pública para la garantía del ejercicio efectivo de los derechos de las personas que hacen parte de los sectores sociales LGBTI y de personas con orientaciones sexuales e identidades de género diversas”* (Ministerio de Interior, 2018) a pesar de este avance, la violencia de género y por prejuicio, no han cesado, de hecho, los prejuicios de los fiscales y otros operadores de justicia, sumados a la falta de capacitación, limitan los avances de los procesos penales. Si una mujer, se acerca a denunciar un hecho victimizante, como una violación, es revictimizada a través de un largo proceso, donde los protocolos son intransigentes y se hacen mediante un paradigma genérico, que pone en desventaja a la mujer (Mesa, 2017), ahora cuando esta misma mujer dice que es lesbiana, no solo es revictimizada por

protocolos intransigentes, sino también triplemente victimizada por el prejuicio del funcionario, que sin investigación, termina catalogando la denuncia bajo la categoría de “crimen pasional”, eufemismo que invisibiliza por completo las denuncias que sí pueden mostrar una violencia por prejuicio, aunque claro, esto solo será un estimativo. Aun así, los pocos hechos registrados, la mayoría quedan en la impunidad y solo el 25 % tienen un seguimiento por parte de la fiscalía (Colombia Diversa, 2021).

Ahora, con todo este panorama, me convertí en docente de un pueblo de Caldas, perteneciente a la región del Eje Cafetero, donde todavía se tiene la idea de la docente tradicional, que representa los valores de la comunidad y la reproducción de la moral, sin embargo, ¿qué sucede cuándo la docente tiene prácticas y deseos fuera de la norma?, ¿qué sucede cuando este referente moral es mujer y lesbiana?

Tenía tres características que reiteraban mi subordinación, alimentando así, la violencia simbólica sobre mi cuerpo. A pesar de que nunca fui víctima de violencia física, víctima de amenaza directa o algún atentado de grupos armados, el hecho de ser mujer, lesbiana y docente, permitió la imposición de las acciones sociales y culturales sobre mi subjetividad y mis prácticas, canalizándolas alrededor del ordenamiento social. Ser docente me obligaba a restringir mis prácticas, por la idea de ser el “modelo a seguir” y ser reproductora cultural, así que, se esperaba una actitud acorde a los valores tradicionales heteronormativos. De tal manera, mi cuerpo era restringido desde diferentes instituciones, así la iglesia, la comunidad y la institución educativa, eran actores y vigías para que esto se diera.

Para Lagarde (2005) la mujer es una institución de la sociedad civil, ya que las instituciones públicas del poder patriarcal, ven sobre el cuerpo feminizado una extensión maternal en lo público y una extensión de la división genérica del mundo. Las mujeres deben seguir siendo reproductoras de las instituciones patriarcales. Por tanto, las acciones políticas dirigidas a las mujeres, se

caracterizan por ser demográficas, de estructuración social, educación y salud, lo que demuestra que el sistema heteronormativo proyecta en la mujer las funciones de reproducción social. La sexualidad y su cuerpo, según esta normatividad, deben estar en función de reproducir la cultura.

Por consiguiente, se legitima la opresión y la obligatoriedad en reproducir, tanto que la violencia que estas acciones puedan ejercer se termina naturalizando, a tal punto que se vuelven invisibles. Pero lo contradictorio de todo este asunto, es que esta heterosexualidad obligatoria, en este contexto, es aplicable cuando está bajo escrutinio de todos, mientras tras bambalinas, en especial los cuerpos masculinizados, gozaban de privilegios sexuales, que no tenían ningún tipo de limitantes.

La relación homoerótica que viví en este pueblo, fue condicionada por parámetros familiares, que es otro fleco institucional que condiciona la práctica lésbica, donde la mujer es sometida a las decisiones de un padre, sujeto que representa toda una tradición, para esto Fuller argumenta que:

“No se entiende a los sujetos como separados, sino como parte de un cuerpo mayor del que provienen su ubicación en el mundo y las reglas de su relación con él. Por el hecho de haber nacido en determinada familia o región, una persona adquiere automáticamente deberes y derechos particulares que rigen sus relaciones con los otros. Lo mismo puede decirse de las profesiones, el sexo, la edad, la raza, la religión y cualquier otro principio que las diferentes culturas utilicen para ordenar a los sujetos.” (1995, pág. 246)

La familia es uno de los escenarios donde este tipo de violencia tiene su existencia. Se inicia desde la sutileza, a partir del control que permiten el mito de los roles y debido a la posición subalterna que la mujer ocupa dentro del contexto familiar, se ven obligadas a vivir bajo una autoridad, casi siempre masculina (el padre, los hermanos, los tíos), que ejerce un mayor control sobre su sexualidad, que sobre la de los hijos varones (Lagarde, 2005) además, la familia nuclear es el principal productor de subjetividades, que responden al sistema dominante, o sea a la heteronormatividad.

Otras experiencias de mujeres lesbianas

Finalmente, para cerrar este análisis coyuntural y asumir mi papel dentro de los Estudios Culturales a través del antiesencialismo, me he acercado a través de chats y conversaciones informales a mujeres lesbianas, ubicadas principalmente en Risaralda y Caldas, preguntando acerca de las posibles violencias simbólicas o de dominación masculina (de acuerdo a la categoría de Bourdieu) que han experimentado en su práctica de mujeres lesbianas en territorios simbólicos, como la cultura popular, y/o en territorios materiales, para así comprender mi propia experiencia en relación con la experiencia de otras mujeres lesbianas. Es importante este ejercicio, porque ayuda a contrastar mi percepción acerca de la invisibilidad de las violencias contra las mujeres lesbianas, la participación de este grupo de mujeres podría ser opuesta, complementaria o similar, esto hace parte del estudio etnográfico, buscar la mayor cantidad de versiones posibles de un suceso.

Conforme a lo anterior, las respuestas las discriminé de acuerdo a los enunciados reiterativos: los “ataques personales”, los “ataques en vía pública”, “reserva y omisión” y “nunca haber sentido segregación”.

Más de la mitad de estas mujeres aseguran que sí han sufrido de violencia por prejuicio, desde la sutileza hasta agresiones directas que las han afectado desde diferentes ángulos, con los “ataques personales” principalmente desde lo laboral. Cuando sus compañeros y jefes se enteran acerca de sus preferencias sexuales, empiezan las “humillaciones”, la distancia al tratarlas, la insistencia en buscar a Dios y los despidos por ser consideradas “dañinas”.

El espacio laboral se entrecruza con lo social, ya que permite la pronunciación de las jerarquías. Las cabezas de las organizaciones, debido a la posición dominante dentro de la producción económica, asumen que tienen la potestad

moral para juzgar y decidir sobre la vida de quien no esté dentro de la norma social:

“tenía un muy buen empleo en otra ciudad súper bien remunerado y luego de que la jefe se dio cuenta que yo era lesbiana y que tenía mi pareja 😊 empezaron las humillaciones y trató de meterme su religión por los ojos opinando y diciendo cosas hirientes, terminó despidiéndome y dejándome en la calle encerrada en una ciudad que no conocía y que no contaba con el apoyo de nadie 😞”

Todavía pervive la religión como elemento articulador y organizador del sujeto. Dentro de esta misma linealidad, aparece de nuevo la participación del núcleo familiar como catalizador de la cultura y las significaciones que se instauran en los cuerpos; por un lado, se reconoce lo subalterno por ser mujer, al ser gobernada por una figura masculina o por la figura del mismo machismo encarnado por la madre y por otro, la necesidad de oprimir el deseo no correspondiente a la tradición y los mandamientos de Dios:

“En mi casa materna pasaron casi cuatro años que prefería hacer visitas cortas pues mi mamá se declaró "athalaya" que es algo así como un rol en la iglesia pentecostal y cada vez que nos encontrábamos me repetía "deja el pecado, dobla tus rodillas, arrepíentete y honra a tu familia para que se reestablezca el favor de Dios" y cosas similares donde me pedía que dejara de ser lesbiana en consideración a no caer en infierno o ser aborrecida por Dios.”

Y en el campo educativo, la represión viene de la figura de autoridad del profesor, siendo hombre y con una posición de prestigio moral. De acuerdo a lo narrado, se tomaron represalias cuando el docente supo acerca de la orientación sexual de una de sus estudiantes:

“...tuve dos profesores de fútbol que consideraban que las mujeres no debían ser lesbiana si practicaban el deporte y estuve en la banca cercana a manifestar que era lesbiana. Fue menos tenso al cambio del profesor.”

En cuanto a los “ataques en vía pública”, donde las relaciones de poder se manifiestan en el espacio público, donde las miradas y el señalamiento lo hacen un lugar peligroso y atemorizante por ser lesbiana:

“una tarde iba tomada de la mano de mi pareja y una mujer nos gritó que le dábamos asco.”

Una parte importante de las mujeres que compartieron conmigo su experiencia, aludieron a la necesaria “reserva y omisión”. Aquí se hace referencia a la ausencia de algún tipo de maltrato, debido al desconocimiento social sobre el lesbianismo que encarnan. La omisión se hace por miedo a la falta de tolerancia y los posibles riesgos que implica el dar muestras afectivas en público e incluso, se hace una selección muy detallada de qué personas deberían saberlo y quienes no.

“suele existir quienes con la mirada o los gestos te hacen sentir discriminada es por ello que procuro no exponer en público mis sentimientos por temor a la intolerancia de otros.”

Finalmente, solo algunas de ellas manifiestan nunca haber sentido discriminación o algún tipo de violencia por ser lesbianas, sin embargo, muchas de ellas no son abiertamente lesbianas.

Es importante recordar, que ninguna de ellas, en ningún momento ha hecho denuncia pública, ni a un ente de justicia. Todo este ejercicio reitera la invisibilidad de los hechos violentos contra cuerpos autodefinidos como lésbicos, quedando irremediabilmente en la impunidad. Donde la jerarquía patriarcal, heterosexual y masculina se manifiesta, para contener las prácticas de resistencia que las mujeres lesbianas procuramos en un contexto heteronormativo tradicional.



Conclusiones

Las relaciones de poder son parte de toda construcción social, donde el cuerpo, la subjetividad y hasta parte de la identidad adquieren una forma específica respondiendo a intereses particulares, hasta un punto, ajeno de sí. Al analizar una coyuntura, como en este caso, el lesbianismo que atraviesa mi cuerpo y que causa determinada reacción en mi entorno, me permite identificar en qué lugar del orden social y del orden simbólico me encuentro. Hago parte, del grupo oprimido no solo por el hecho ser mujer, sino que hay una resistencia social de todas las instituciones que componen mi contexto y mi momento histórico, a la pervivencia de la diferencia, a ese “Otro”, que yo represento. La existencia de la diferencia es necesaria para reiterar las jerarquías, debido a que demuestran aquello que no se es, por ejemplo “no hombre”, “no blanco”, “no heterosexual”.

Sin embargo, con el hecho de hacer conciencia acerca de este orden social, no pretendo victimizarme, ni dejar de lado las luchas de resistencia que a lo largo del tiempo las mujeres con sus diferentes condiciones económicas, sociales y culturales han logrado, lo que pretendí fue la identificación de los factores que nos forman a partir del seno familiar, particularmente del materno, que de alguna manera también condicionan la manera en cómo nos acercamos al mundo y como lo interpretamos. Al realizar este acto de reflexividad a través de esta autoetnografía, pude identificar la violencia pasiva resultado de la imposición de normas específicas sobre el cuerpo y la conciencia, permitida socialmente a través del consentimiento de una tradición selectiva, nada más hay que ver mi antipatía, miedo y terror que me provocaba el asumir mi lesbianismo.

Mis prácticas sociales y culturales hacen parte del contextualismo radical que se desarrolla dentro de una cultura popular, entendida por Stuart Hall (2019), como un terreno que contiene luchas, resistencias y contradicciones. El contextualismo radical, es una práctica que consiste en hacer, deshacer y rehacer nuevas relaciones a partir de las antiguas relaciones, buscando trazar líneas de conexiones (Grossberg, 2012). Aquí el contexto es indispensable porque surge de

una historicidad específica, que manifiesta formas determinadas y a la vez cambiantes. El contexto da especificidad al análisis y se alimenta de varias fuentes para dar explicación a la coyuntura, ya que ésta es temporal y cambiante, de ahí que los Estudios Culturales sean antiesencialistas, porque las preconcepciones teóricas no son suficientes para entender la emergencia y la termina delimitando.

A lo largo de mi trabajo investigativo, pude encontrar contradicciones, demostrando así, que ni siquiera el sistema heteronormativo-genérico-patriarcal, a pesar de sus imposiciones y resistencia, está exento al movimiento social, ya que la emergencia cultural demuestra el poroso y débil muro de argumentos que se levanta para justificar la diferencia, donde los roles genéricos y el sometimiento se dan a partir de un imaginario construido desde el sentido común. Aun así, este imaginario tiene poder tal, que es capaz de construir nuestra subjetividad y la forma de relacionarnos.

Absolutamente todos, así estemos socialmente en la posición de subordinados, nos movemos a favor del poder, ya que podemos encarnarlo y ser el dominador sobre personas y situaciones determinadas, lo que significa que a pesar de que estemos dentro de un cautiverio, somos cuerpos que cargan conocimiento y este conocimiento es la base para la reproducción del poder.

Por ello, es vital que constantemente exista una autocrítica y la identificación de la manera en qué reproducimos el poder y actuar al respecto, concluyendo así, lo que para Grossberg debería ser la consecución del análisis coyuntural de un contexto, generando intervención en la estructura. Desde mi perspectiva, la mejor forma de hacerlo es a través del propio cuerpo, partiendo de la resignificación de constituyentes simbólicos, de la conciencia en acciones cotidianas, el procurar el dominio sobre el propio territorio, además como sujetos históricos es importante dar cuenta de nuestro contexto y posicionarnos éticamente ante el poder y causar malestar, que, a pesar de no ser jueces, tenemos la voz y el cuerpo como fuente de resistencia. Aunque las formas de regulación nos atraviesen los cuerpos, estos también son espacios de resistencia.

Este trabajo me ayudó a comprender que no hay nada inamovible desde que tenga una dimensión cultural, según Hall, todo lo humano en algún aspecto tiene una dimensión cultural, no hay garantías, por ello en los Estudios Culturales se hace referencia a las emergencias coyunturales como algo transicional. Incluso, mi propia posición puede variar, lo que está escrito en este trabajo puede ser modificado en mi conciencia de acuerdo a los tiempos y a mi propia posición dentro de un contexto. Bourdieu, insiste en que hay que procurar la ruptura y la vigilancia constante para no recaer en el sentido común, no tomar posiciones absolutas, ni limitarse bajo preconcepciones que en un principio fueran de resistencia, como el feminismo o el lesbianismo, es importante una posición crítica a cualquier sospecha de verdades absolutas.

Y para concluir, la violencia territorial no se desarrolla únicamente en un espacio geográfico con características determinadas, la violencia territorial se muestra ante nosotros a través del cuerpo mismo, escrito sobre él están los prejuicios justificados en argumentos débiles pero lo suficientemente convincentes para que los demás lo defiendan y lo vivan. Ser lesbiana en Colombia no es fácil, la violencia puede ser sutil, pero existe y se ha naturalizado tanto que ya no se percibe. En mi caso pensé que el problema era mío, que yo era la que tenía que cambiar o ser prudente o basarme en omisión, cuando realmente el problema es social, somos un país profundamente machista, sexista y homofóbico.

Desde mi experiencia, reconozco que es importante repensarnos, comenzando desde la individualidad, donde se hagan visibles esas violencias invisibles; si no tenemos cifras oficiales, si no contamos con un sistema judicial que nos cuide, debemos hacerlo nosotras. Hay que contarle al mundo a través de nuestro cuerpo. Por eso escribo esta autoetnografía, para mostrar mi malestar ante una sociedad poco empática e indolente, es un llamado a dejar de victimizar a las disidentes sexuales y a la mujer, reconociendo su fuerza como seres humanos para encontrar el camino por desnaturalizar injusticias.

Es así que, a lo largo del texto se dio respuesta a la pregunta de investigación, donde brevemente puedo definir que, la interrupción y la reproducción de las relaciones de poder se dan en el campo familiar, sexual y territorial, a través de la tradición selectiva, el sexo como mecanismo de poder, las diferentes formas de cautiverio, a través de la formación de las subjetividades en contextos donde domina la estructura patriarcal y capitalista, pero todo esto está transversalizado principalmente por el lenguaje, quien da un orden simbólico y este orden simbólico responde a la estructura dominante. El lenguaje tiene la cualidad de penetrar en cualquier espacio social y cultural, él transporta la ideología y todos los elementos simbólicos que pueden repercutir en los modos de actuar, no hay manera de escapar de él, nos constituye como seres humanos.

Partiendo de los elementos simbólicos que transporta el lenguaje, pude identificar las prácticas sociales ejercidas por mi familia, la comunidad y mis propias prácticas en el seno de un sistema heteronormativo, que determinan los bloques de poder existentes.

Estos elementos simbólicos pertenecen a un plano cultural y todo lo cultural es humano por tanta eran contante las contradicciones que pude encontrar en este análisis coyuntural, sobre los cuerpos feminizados y sexuados, ejemplo de ello, es el efecto contraproducente que provoca la violencia contra la disidencia sexual, entre más se discrimine y se someta, más validez y constitución se le está dando a su existencia.

Para concluir con el alcance positivo de mis objetivos, esta autoetnografía me permitió exponer la invisibilidad de la producción negativa de las relaciones de poder, ejecutadas por distintos actores e instituciones sociales sobre las mujeres lesbianas. Esto también apoyado por la versión de mis amigas, conocidas y ex parejas que a lo largo de sus vidas han experimentado algún tipo de violencia por su sexualidad.

Finalmente, desde mi posición, surge la importancia del contínuum lésbico al que se refiere Adrienne Rich (1996), que se entiende como la atracción sin explicación que tenemos las mujeres entre nosotras, no con fines eróticos o sexuales, sino como una fuerza que se alimenta, reaviva y construye. Esto es un

espacio donde nos podemos encontrar para atender la herida de la otra y procurar ayudar a su dolor, donde la energía se multiplica y el dolor se divide. Aunque este espacio pueda caer en la lógica de la discriminación genérica, las mujeres históricamente han sido cautivas y sometidas, así que la mejor forma de resistencia, según Bourdieu (2000), es tomar las nociones de la estructura y hacer una resignificación simbólica que cause movimiento en nuestra cultura, para así dar cabida a nuevas masculinidades, a nuevas feminidades, a nuevas manifestaciones humanas, a nuevas disidencias, a nuevos rostros y formas.

Referencias

- Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Almeida, M. (2010). *Dirigentes y dirigidos: para leer los cuadernos de la cárcel de Antonio Gramsci*. en Vión.
- Aquino, A. (2013). La subjetividad a debate. *Sociológica (Méx.)* vol.28 no.80, 259-278.
- Bartky, S. L. (2008). Foucault, la feminidad y la modernización del poder patriarca. *La Manzana de la Discordia*, 137-152.
- BBC Mundo. (2 de octubre de 2016). *BBC News Mundo*. Obtenido de BBC News Mundo: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-37537187>
- Bénard, S. M. (2019). *Autoetnografía Una metodología cualitativa* . México: Universidad Autónoma de Aguascalientes & El Colegio de San Luis, A.C.
- Bourdieu, P. (1990). *Sociología y cultura*. México: Grijaldo.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Butler, J. (2002). Críticamente subversiva. En R. Merida, *Sexualidades transgresoras. Una antología de estudios* (págs. 55-80). Barcelona: Icaria.
- Butler, J. (2007). *Género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Poidós.
- Castellanos, G. (1995). ¿Existe la mujer? En *Genero e idntidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino* (págs. 9-60). Bogotá: Tercer mundo.
- CCJ,ONIC,CORPORACIÓN SISMA MUJER,Colombia Diversa,CSPP,Red de Derechos Humanos del Sur Occidente Colombiano “Francisco Isaías Cifuentes”, Red por la vida y los Derechos Humamos del Cauca,C.N.O.A,ASCSUCOR,Confederación Nacional de Acción Comunal,CCEEU. (2020). *El riesgo de defender y liderar:Pautas comunes y afectaciones diferenciales en las violaciones de los derechos humanos de las personas defensoras en Colombia*. Bogotá: Comisión Colombiana de Jurista.
- Cinemas Periodismo con perspectiva de género. (20 de enero de 2009). *Familia nuclear, construcción del capitalismo industrial*. Obtenido de cimacnoticias: <https://cimacnoticias.com.mx/noticia/familia-nuclear-construccion-del-capitalismo-industrial/>
- Colombia Diversa . (2021). *Más que cifras. Informe de derechos humanos de personas LGBT en Colombia 2019*. Bogotá: Colombia Diversa .

- Colombia Diversa. (14 de Octubre de 2020). *¿Quién nos va a contar?: Tras la verdad de lo que pasó a personas LGBT en el conflicto colombiano*. Obtenido de <https://www.youtube.com/watch?v=6CnqhZ7I3fY>
- Colombia Diversa. (14 de Octubre de 2020). *Ahora o nunca: la oportunidad histórica de la CEV para esclarecer qué pasó con personas LGBT en el conflicto colombiano*. Obtenido de ¿Quién nos va a contar?: <https://colombiadiversa.org/blogs/ahora-o-nunca-la-oportunidad-historica-de-la-cev-para-esclarecer-que-paso-con-personas-lgbt-en-el-conflicto-colombiano/>
- Colombia Diversa, Fundación G.A.A.T, Diversas Incorrectas. (2018). *Informe sombra para el comité de la CEDAW: Situación de mujeres lesbianas, bisexuales y personas trans de Colombia. 2013-2018*. Bogotá.
- Ellis, C., Adams, T. E., & Bochner, A. P. (2019). Autoetnografía: un panorama. En S. M. Bénard, *Autoetnografía Una metodología cualitativa* (págs. 17-42). México: Universidad Autónoma de Aguascalientes, El Colegio de San Luis, A.C.
- Fernández, V. C. (2003). Interaccionismo Simbólico; Desde sus comienzos hasta la actualidad y el futuro de la psicología social. En C. F. Villanueva, *Psicologías sociales en el umbral del siglo XXI* (págs. 15-63). Caracas: Fundamentos.
- Fondo Lunaria. (2020). *“La gente me señala” Investigación sobre violencias hacia las mujeres jóvenes LBT*. Bogotá: Fondo Lunaria.
- Fuller, N. (1995). En torno a la polaridad marianismo-machismo. En *Género e identidad: ensayos sobre femiidades y masculinidades*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Giglia, A. (2003). Pierre Bourdieu y la perspectiva reflexiva en las ciencias sociales. *Desacatos*, núm. 11, primavera, 149-160.
- Gómez, M. M. (2008). Capítulo II. Violencia por prejuicio. En C. Motta, *La mirada de los jueces: sexualidades diversas en la jurisprudencia latinoamericana Tomo II* (págs. 90-180). Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Grossberg, L. (2012). *Estudios Culturales en tiempo futuro. Cómo es el trabajo intelectual que requiere el mundo de hoy*. Buenos Aires: siglo veintiuno.
- Guattari, F. (1986). De la production de subjectivité. *Chimeres*, 1-19.
- Hall, S. (2010). *Sin Garantías: Trayectorias y problemáticas en los Estudios Culturales*. Popayán: Envión.

- Hall, S. (2019). La centralidad de la cultura: notas sobre las revoluciones culturales de nuestro tiempo. En *Cultura: centralidad, artilugios, etnografía*. Bogotá: : Asociación colombiana de antropología. Colección Cuadernos mínimos.
- Hall, S., & Jefferson, T. (2014). *Rituales de resistencia Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de postguerra*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del Neoliberalismo*. Madrid.
- Hernández, K. (2015). *La alimentación como un proceso comunicativo y significativo en la novela como agua para chocolate*. Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira.
- Hollows, J. (2000). *Feminism, Femininity and Popular Culture*. Manchester: Manchester University Press.
- Kaufman, M. (1995). Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. En *género e identidad Ensayos sobre lo femenino y lo masculino* (págs. 123-146). Bogotá: Tercer Mundo.
- Lagarde, M. (2005). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas. monjas, putas,presas y locas*. México: Universidad Autónoma de México.
- Lamas, M. (1995). Cuerpo e identidad. En *Género e identidad*:. Bogotá: Tercer Mundo.
- León, M. (1995). La familia nuclear: origen de las identidades hegemónicas femenina y masculina. En *Género e identidad: Ensayos sobre lo femenino y lo masculino* (págs. 169-191). Bogotá: Tercer Mundo S.A.
- Macintyre, A. (2004). *Tras la virtud*. Barcelona: A & M Gràfic, S.L., Santa Perpetua de Mogoda (Barcelona).
- Mesa, V. L. (2017). *Imposible violar a una mujer tan viciosa: victimidad en la atención a la violencia sexual en Bogotá*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Ministerio de Interior. (7 de mayo de 2018). *DECRETO 762 DEL 07 DE MAYO DE 2018*. Obtenido de República de Colombia: <http://es.presidencia.gov.co/normativa/normativa/DECRETO%20762%20DEL%2007%20DE%20MAYO%20DE%202018.pdf>
- Miñoso, Y. E. (2007). *ESCRITOS DE UNA LESBIANA OSCURA:reflexiones críticas sobre feminismo y política de identidad en América Latina*. Buenos Aires-Lima: en la frontera.

- Nates, B. (2000). Definiciones culturales y socialización del territorio en contextos de tráfico de drogas y de guerrilla en Colombia. *Cultura y Droga - Año 5 - N° 5*, 53-62.
- Olavaria, J. (2009). Las ¿nuevas? paternidades: organización del trabajo, trabajo familiar y globalización. *Familias en el siglo XXI: Realidades diversas y políticas públicas*. México: Seminario en El Colegio de México.
- Posada, L. (2017). Sobre Bourdieu, el habitus y la dominación masculina: tres apuntes. *Revista de Filosofía vol.73*, 251-257.
- Prada, N. P. (2015). *Aniquilar la Diferencia. Lesbianas, gays, bisexuales y transgeneristas en el marco del conflicto armado colombiano*. Bogotá: CNMH - UARIV - USAID - OIM.
- Prada, N. P. (2017). Ideología de Género. Semblanza de un debate pospuesto. En *Golpes na História e na Escola* (págs. 217-232). Sao Paulo (Brasil): ANPUH - Associação Nacional de História.
- Preciado, B. (2011). *Manifiesto Contrasexual*. Barcelona: Anagrama.
- Preciado, B. P. (2017). Políticas transfeministas y queer: tecnologías de disidencia de género. *Políticas transfeministas y queer: tecnologías de disidencia de género*. México: Zineditorial.
- Rambo, C. (2019). Múltiples reflexiones sobre el abuso sexual infantil: argumento para una narración en capas. En S. M. Bénard, *Autoetnografía Una metodología cualitativa* (págs. 123-154). México: Universidad Autónoma de Aguascalientes, El Colegio de San Luis, A.C.
- Ramos, N. (Octubre de 2020). *Embarazo en adolescentes, problema de salud pública creciente en Colombia*. Obtenido de Sociedad Colombiana de Pediatría: <https://scp.com.co/editorial/embarazo-en-adolescentes-problema-de-salud-publica-creciente-en-colombia/>
- Restrepo, E. (2019). Artilugios de la cultura: apuntes para una teoría postcultural. En *Cultura: centralidad, artilugios, etnografía*. Bogotá: Asociación colombiana de antropología. Colección Cuadernos mínimos.
- Rich, A. (1996). Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana. *Revista d'Estudis Feministes*.
- Richardson, L., & Pierre, E. A. (2019). La escritura. Un método de indagación. . En S. M. Bénard, *Autoetnografía Una metodología cualitativa* (págs. 45-82). México: Universidad Autónoma de Aguascalientes, El Colegio de San Luis, A.C.

- Rivera, G. E. (2013). Los estudios de género y su relación con la historia. Historiografía reciente 1990-2000. En S. B. Guardia, *Historia de las mujeres en America Latina* (págs. 373-388). Murcia: CEMHAL.
- RUV. (28 de febrero de 2021). *RUV Registro Único de Víctimas*. Obtenido de <https://cifras.unidadvictimas.gov.co/Cifras/#!/hechos>
- Sarlo, B. (2005). *Tiempo pasado Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Argentina: Siglo veintiuno Editores.
- Segato, R. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Spivak, G. C. (2008). ¿Puede hablar el subalterno? *Revista Colombiana de Antropología*, 297 - 364.
- Valencia, S. (2014). Teoría transfeminista para el análisis de la violencia machista y la reconstrucción no-violenta del tejido social en el México contemporáneo. *universitas humanística*, 65-88.
- Vargas, J., & Pérez, Á. D. (2018). Enfoque de Género en el acuerdo de paz entre el Gobierno Colombiano y las FARC-EP: transiciones necesarias para su implementación. *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, 389-414.
- Vidal, M. J. (2015). Relaciones de género en las parejas de lesbianas: una autoetnografía. *Aries, Anuario de Antrpologia Iberoamericana*.
- Williams, R. (2000). *Marxismo y Literatura*. Barcelona: Península.
- Wittig, M. (2006). *Pensamiento Heterosexual*. Barcelona: Egales.